

FEDERICO PÉRGOLA

SEXÓLOGOS EN EL MUNDO

TRES SIGLOS DE INVESTIGACIONES
SOBRE EL SEXO HUMANO EN OCCIDENTE



Sexólogos en el mundo

SEXÓLOGOS EN EL MUNDO

Tres siglos de investigaciones
sobre el sexo humano en Occidente

FEDERICO PÉRGOLA

Miembro Titular de la Academia de Ciencias de Buenos Aires

Director del Instituto de Historia de la Medicina FM/UBA

Pérgola, Federico Miguel

Sexólogos en el mundo : tres siglos de investigaciones sobre el sexo humano en Occidente / Federico Pérgola. - 1a ed. - Acassuso : El Guion Ediciones, 2016. 252 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-25118-8-3

1. Medicina. I. Título.
CDD 613.94

Corrección de estilo: Laura Pérgola

Diseño y diagramación: Recursos editoriales | www.recursoseditoriales.com



El Guion Ediciones

1ª edición: noviembre de 2016

© 2016, El Guion Ediciones

www.elguionediciones.com.ar

info@elguionediciones.com.ar

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Agradecimientos

A Emilce Di Leo que pasó la obra del bolígrafo al tpeo.

A Laura, mi hija, por su esmerada labor editorial.

Al Prof. Osvaldo Mazza que me alargó la vida.

A Theodor H. van del Velde (1873-1937) por animarse.

Introducción

No se puede discutir que el tema del sexo fue un problema recurrente de toda la humanidad. Desde el inicio ahistórico del hombre, muchas veces con anécdotas, otras como imposición religiosa, se trató de encauzar la relación entre el hombre y la mujer como materia de procreación pero mucho menos como expresión de satisfacción sexual, durante siglos negada a la mujer. Tal vez haya sido la domesticación de los grandes mamíferos —como habitualmente se cree— lo que haya dado la pauta de que el macho también tenía su participación en la aparición de la cría. En la prehistoria eran las Venus preñadas las representaciones más frecuentes de la mujer aunque no dejaron de hacerlo enhiestos falos, en dibujos y esculturas que habrán generado más de una fantasía en el sexo opuesto. Esa primera etapa, qué vaya a saber cuánto duró, fue del matriarcado, la segunda —quizá porque el hombre sabía de su presencia en la procreación— del patriarcado. Sin embargo, esa idea inicial sobre la ginococracia como la denomina Marañón¹, como después veremos la sospecha este mismo autor, es difícil de juzgar con los elementos que nos han legado.

Luego de un milenio de dogmatismo represor, la llegada de la Peste Negra causó una liberación del pensamiento humano y algunos artistas se animaron a presentar Eros con Tánatos en ciertos casos o bien los sonetos y escritos eróticos de Pietro Aretino (1492-1556) o los inigualables dibujos —representando el acto sexual— de Leonardo Da Vinci como el magnífico “De Coitu”, hasta llegar a la figura de Friedrich Nietzsche (1844-1900) que decretó “la muerte de Dios” y liberó muchas de las ataduras simbólicas. No todas y no a todos. La abstinencia que impuso el dogmatismo a ciertos

religiosos habitualmente desembocó en su alejamiento de la secta o la consumación de ciertos actos destinados a aplacar el instinto.

A partir del siglo XIX comienzan los estudios más o menos serios sobre la sexualidad. Fue un camino arduo y lento. En 1981 se estrenó la película *La guerre du feu (La guerra del fuego)*, del afamado director francés Jean-Jacques Annaud, que daba por sentado que fue la hembra humana, en la prehistoria, que se colocaba frente a frente con su pareja para el coito, es decir en la posición del misionero. Sin embargo, quien escribió el guión desconocía que esa posición la usaba el bonobo e, incluso, en algunas oportunidades los chimpancés y gorilas. Es probable que sea la ubicación de los genitales de la hembra quienes determinen la actitud e, incluso, se sostiene que su posición en decúbito dorsal facilitaba la persistencia del semen en la vagina. En efecto, Mazza² dice que ello tiene lugar porque en posición erguida la vulva de chimpancés y gorilas tiene una posición horizontal, mientras que las de la mujer, y otros creen que de la hembra bonobo, es vertical con lo cual se favorecería la penetración frontal.

Es notorio e indudable que indagar sobre la sexualidad del hombre prehistórico y sus antepasados es una real utopía. G. R. H. von Koenigswald³, que tuvo la fortuna de trabajar con Leakey, se permitía una humorada sobre la pareja de homínidos y así decía: “En un conocido cuadro que se encuentra actualmente en el Museo Haeckel de Jena, el pintor Gabriel Max trató de infundir vida a este *Pithecanthropus alalus*. Es un cuadro notabilísimo: Debajo de un árbol se halla sentada una mujer con las piernas cruzadas, poblada la cabeza con largos cabellos, colgantes y enmarañados, dando el pecho a un niño. Tiene la nariz aplastada, los labios gruesos, y los pies grandes con el dedo grueso notablemente separado. Cerca de ella se encuentra su cónyuge, con el abdomen muy desarrollado, la frente huida y la espalda muy velluda. Tiene una expresión bondadosa y atontada, como si se tratase de un empedernido bebedor. Esta pareja debió ser indudablemente muy

feliz, ya que la mujer no podía contradecir nunca al marido, dado que ambos carecían de lenguaje”.

Hace años que decidí abordar este tema pero entienda el lector que no se trata de un tratado de sexología sino el devenir de los estudios sobre el sexo, tal como lo consideraron destacados sexólogos a los que decidí citar. No es un tema completo, desde ya que no lo puede ser por la gran cantidad de estudiosos y científicos que se ocuparon de él. Si tengo que destacar una figura debo nombrar a Havelock Ellis, sobre todo por la época que lo hizo tratando de derribar tabúes tales como la masturbación y el lesbianismo a la que era adicta (¿esa es la palabra?) su mujer. Además manifestó algo taxativo: la sexualidad no tiene reglas fijas, es distinta en cada persona.

¿Cuál fue el rol, tal vez, más importante de los sexólogos de inicios del siglo XX? Fundamentalmente comenzar a modificar la situación de la mujer considerada procreadora y cuidadora de niños y, puertas adentro, trabajar en los quehaceres domésticos. Porque, incluso, quienes tuvieron una actitud crítica sobre los aspectos sexuales de ellas, como Otto Weininger, asumieron su carencia de pasividad. Anne-Marie Sohn⁴ describe perfectamente esa suave transición tanto en Francia como en Inglaterra.

Vuelvo a insistir de la restricción de personalidades de estudiosos y científicos que por desconocimiento o falta de tiempo no aparecen en esta obra. Otro factor, desde ya no desestimable, fue una paulatina liberación de las arduas tareas domésticas que tuvieron lugar —a través del tiempo— entre 1870 y 1970, como dice Sebastián Campanario⁵, mitigadas gracias a la introducción de la electricidad en la vida del hombre que mejoró y acortó los problemas cotidianos.

No busque el lector originalidad en este texto. Es más bien un resumen biográfico de algunos sexólogos. ¿Por qué algunos? Porque el tratamiento exhaustivo de la vida y la obra de todos ellos se convertiría en una obra ciclópea de varios y nutridos volúmenes. Además, no con un sentido de patriotismo inicuo sino por presencia en

el “arrabal del mundo”, como definiera el editor Peña Lillo a este lugar extremo, hemos otorgado un espacio a lo argentino. La oferta de sexólogos y, sobre todo sexólogas, es inconmensurable pero con una característica destacable: la mayor parte con dedicación exclusiva al tratamiento de los desórdenes del sexo y no al estudio de la sexualidad humana que es la característica que le hemos querido dar a este volumen. Esta es la causa de cierta selección —con sus errores, por supuesto— de los protagonistas.

No deseo terminar esta introducción sin transcribir las palabras del médico inglés Alfred Turrie⁶ porque, como podrá apreciar el lector, la mayoría de los sexólogos mirifican el orgasmo frente a la ternura y el amor. Turrie dice así: “Los tabúes de la época victoriana en torno a la sexualidad no han impedido el crecimiento explosivo de la población. Por otra parte, a partir de Freud, Marie Stopes, Kinsey y Masters y Johnson, se ha impuesto la creencia de que en el orgasmo, y particularmente en los orgasmos múltiples, está la cumbre de la felicidad. Pero la realidad es muy otra. Las culturas occidentales conservan un tabú aun más importante, el tabú de la ternura. Por supuesto, si esta puede conducir a la culminación sexual constituye un elemento bueno y necesario en las relaciones matrimoniales. Pero si por algún motivo no es posible el cumplimiento del acto sexual (y a medida que progresan los conocimientos tales motivos van desapareciendo), la felicidad del varón y de la mujer pueden hallar su plenitud en las demás esferas. La perfección de las técnicas de copulación ha inducido al culto por el orgasmo, denigrando todo lo demás. Al fin de cuentas, esta admirable cima de la cohabitación es solo un elemento de la vida matrimonial. Pero hay otros elementos que son importantes, y para muchas mujeres lo son tanto o más que el orgasmo. Si se diera a elegir entre un cónyuge potente, pero incapaz para la ternura (que es el verdadero indicio del amor), y otro cónyuge de cualidades opuestas, no nos quepa duda de cuál sería la elección de la mujer en la edad madura. Por su parte el varón equipara la potencia al éxito en otros campos,

en la conquista del poder, de la buena posición y del prestigio en nuestra <sociedad adquisitiva>. El culto por el orgasmo ha ocasionado mucho infortunio en las relaciones matrimoniales cuando no se han establecido correctamente las prioridades”.

Una reflexión final, tal vez fuera del tema. Hablando de procreación y no de sexología y dada la gravedad de la explosión demográfica mundial, ¿no sería hora de que los medios anticonceptivos alcancen mayor protagonismo?

Tampoco quiero omitir señalar que lo de sexólogos en el mundo tiene un sentido de abundancia. Reconociendo el beneficio que han significado para la pareja, sobre todo para la mujer.

Bibliografía

1. Marañón G, *Tres ensayos sobre la vida sexual* (3º edición), Buenos Aires, Biblioteca Científica de Ed. Claridad, 1928.
2. Mazza O, “La evolución sexual de la especie humana”, en *Medicina sexual humana. Un enfoque integrador*. Capítulo de medicina sexual. Sociedad Argentina de Urología, Buenos Aires, Dunken, 2015.
3. Von Koenigswald G. R. H., *Los hombres prehistóricos*, 2º edición, Barcelona, Omega, 1967.
4. Sohn A-M, “Los roles sexuales en Francia y en Inglaterra: una transición suave”, en *Historia de las mujeres. El siglo XX (5)*, dirección de Georges Duby y Michelle Perrot, Madrid, Taurus, 1993.
5. Campanario S, “Los tecnoescépticos y la visión de un mundo que avanza lento”, *La Nación/ Economía*, Buenos Aires, 21 de febrero de 2016.
6. Torrie A, “Problemas sexuales de la vejez”, *Revista Ciba-Geigy*, Basilea, Switzerland, abril 1972.

PRIMERA PARTE

Los inicios

CAPÍTULO I

La prehistoria

La historia se nutre y se documenta en forma fehaciente sobre la base de los testimonios. Fue la escritura la que cimentó, seguramente, esa documentación aunque mucho antes lo había hecho el arte. El arte prehistórico, por ejemplo, permitió el conocimiento de algunos aspectos de la vida de nuestros antecesores. No obstante, no podemos olvidar que la paleopatología ósea fue un elemento que facilitó el descubrimiento de enfermedades y prácticas en restos preservados de la labor del tiempo.

La historia sexual de esos escasos hombres prehistóricos, cuyo matiz reproductivo fue esencial para la especie, habitualmente no está reflejada en los libros de antropología, pero se puede vislumbrar por medio del arte rupestre y de las estatuillas.

Mientras nos encontrábamos pergeñando una obra de este tipo, surgió lo inesperado. Una noticia aparecida en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, el 14 de mayo de 2009, procedente de Berlín y titulada “La figura humana más antigua”, decía lo siguiente: “Arqueólogos alemanes descubrieron la estatuilla humana más antigua conocida. Se trata de una Venus con senos y vulva desproporcionados, tallada en marfil de mamut y con una antigüedad de unos 40.000 años.

El hallazgo ofrece nueva luz sobre las primeras expresiones artísticas del hombre primitivo en Europa y presumiblemente en el mundo, declaró Nicholas Conard, profesor de arqueología de la Universidad de Tubinga y responsable de las excavaciones.

La figura, de tan solo seis centímetros de longitud, fue hallada en septiembre de 2008 en unas excavaciones en la cueva de Hohle

Fels, cerca de la localidad de Schklingen, en el sureño estado alemán de Baden-Württemberg, aunque el descubrimiento se mantuvo en secreto hasta ahora.

Nos quedamos sin habla al verla, dijo Conard, al presentar por primera vez a la opinión pública a la figura, que calificó como “una pieza llena de energía y muy expresiva”.

Su compañero Pau Mellars escribe en un artículo que publicará mañana la revista científica *Nature* que la nueva Venus es casi pornográfica, teniendo en cuenta los valores estéticos y morales de la actualidad.

La Venus, que será expuesta a partir de septiembre en el Kunstgebäude de Stuttgart, fue descubierta rota en seis fragmentos a unos 20 metros de distancia de la boca de la cueva y le faltan el brazo y el hombro izquierdos”. ¿La serendipia tuvo lugar?

Es interesante la reflexión del arqueólogo de “casi pornográfica” en la cual, es probable, que tanto la exageración del tamaño mamario como de la vulva reflejaron la importancia de la reproducción y la lactancia. También es atinada la idea que de esa forma se la considera con la visión contemporánea. Pero también cómo podemos aceptar —y no volveremos sobre el tema— que esas representaciones, sobre todo vulgares, estarían indicando que la mujer era un objeto sexual lo cual desestimaría al matriarcado que parecerían representar. La opinión de los arqueólogos en la actualidad, es que estas Venus, que entre Francia y Rusia se encuentran en un centenar, están consideradas como amuletos de la fertilidad.

Nosotros estamos en un todo de acuerdo con lo que se expresa en la obra *Prehistoria*¹: “En Europa se conocen más de un centenar de Venus, principalmente del Gravetiense. Cada una de ellas es única, talladas a partir de piedra blanda o marfil, o esculpidas en arcilla cocida. Todas ellas representan mujeres, aunque a menudo de forma muy estilizada. Muchas parecen obesas o preñadas, y sus vientres, caderas y pechos están muy exagerados. Se ha argumentado que son símbolos o amuletos relaciondos con la fertilidad o

el nacimiento, signo de cierto estatus social, representaciones de una diosa madre u objetos destinados al intercambio entre grupos. Dada su amplia distribución geográfica y temporal, es improbable que tuvieran una única función”.

En otro orden de cosas, suponemos que algunos testimonios son superfluos y que nada o poco han tenido que ver con la realidad. Tal como uno de Relgis² que dice: “Entre los monumentos y objetos muy antiguos, que se refieren a esta especie, precursora inmediata de la humana (*Nota del autor*: así define al hombre prehistórico), pueden ser citados los vasos etruscos, alfarerías encontradas en el subsuelo de Italia.

Esos vasos tienen dibujos que representan varones y mujeres con las piernas cubierta de vello tupido y largo; a la terminación de la espina dorsal hay un apéndice, como una pequeña cola, igualmente velluda. Los varones llevaban barba, mientras que sus hombros y la espalda estaban cubiertos por una especie de crin. Las mujeres tenían inmensas y lujuriantes trenzas. De estos dibujos se puede deducir que los varones eran muy lascivos, manteniendo entre ellos relaciones antinaturales”. Ignoramos en que basa el autor esa reflexión porque sino tiene verdadero fundamento es difícil llegar a escribir un dislate mayor.

Nougier³ sostiene que, por datación radiactiva con C14, la mayor parte de los testimonios artísticos prehistóricos se ubican entre 15.000 y 10.000 años antes de nuestra era. En su obra, la primera de las ilustraciones en aparecer, muestra a la “Venus con el cuerno”, que se encuentra en el Museo de Saint-Germain en Laye (Francia) y procede de Laussel, Dordoña. Mide 43 cm y se fecha en el perigordense superior. Es de formas toscas, gruesa y aparenta estar deformada por sucesivas maternidades. Lo que ratifica, en cierto modo, que la sexualidad reproductiva —reclamada de muchas maneras por el cristianismo— era producto de la necesidad, realmente impensada, de perpetuar la especie humana sobre la Tierra.

Las estatuillas de Venus se sucedieron en forma constante. En el mismo museo citado anteriormente reposa de sus siglos a cuesta la de Menton, de formas poco estilizadas, regordeta, con enormes senos y grandes muslos que, en cierto modo, contrasta con la Venus de Lespugne, de *Muséé de l'Homme* de París, que mide solamente 14,5 cm., está tallada en un colmillo de mamut y, aunque sus muslos son exuberantes, predomina el vientre que pareciera aludir a su maternidad como también lo señalan sus mamas. Su antigüedad rondaría entre los 22.000 y los 20.000 años. Según de Martino⁴ “se considera actualmente que [...] se remontan a una época comprendida entre la fase final del auriñaciense [...] hace entre 22.000 y 18.000 años”.

Asimismo dice este autor: “Las ‘Venus esteatopigias’ fueron encontradas en gran número en los yacimientos de toda Europa central y oriental hasta Rusia y en Siberia, en la región del lago Baikal. Son de piedra, hueso, marfil y arcilla y la mayor parte fueron descubiertas, por desgracia, fuera de los estratos arqueológicos, así que la datación solo puede ser formulada por analogía estilística”.

La pequeña Venus de Trasimeno es de tiza, mide 37 mm y podría pertenecer al Paleolítico.

La Venus de Savignano (Módona) se halla en el Museo Pigo-rini de Roma y mide 22,5 cm. Es tosca y de poca validez artística aunque con mayor simetría que otras y su antigüedad pudiera ser similar a la Venus de Lespugne. Realizada en roca serpentina, probablemente de un canto rodado extraído del río Pájaro. Su cabeza y sus piernas terminan agudamente.

En el mismo museo romano se halla la Venus de Willendorf (*circa* 24.000 a. C.), tal vez, la más conocida de todas. Mide 10,5 cm y fue hallada en la localidad austriaca que le da nombre mientras se construía el ferrocarril. La esteatopigia es manifiesta y apoya sus brazos —que apenas se observan— sobre opulentos senos. Se esculpió en piedra caliza y luego se la pintó de ocre rojo, no

tiene rostro ya que toda la cabeza está cubierta de pelo, cosa que habitualmente ocurre con todas las figuras de este tipo. Otra característica común es que no se pueden mantener de pie y es probable que, por su tamaño, se llevaran en la mano.

Casi de la misma época es la Venus de Kostienki (*circa* 23.000 a. C.), también del Paleolítico, con sus voluminosos senos, hallada en Vorónezh, en el suroeste de Rusia, también de piedra y de 10 cm. de altura.

De Moravia (República Checa) es la Venus de Dolni-Vestonice, de 14 cm de alto, de fin del airuñaciense y de formas muy estilizadas. Esta pieza se encuentra en Viena (Austria), en el *Naturhistorisches Museum*. La cabeza y casi también la cara están cubiertas por un complejo peinado, que es lo que tal vez permanezca en la retina del observador por más tiempo.

La Venus de Sireuil llegó decapitada a la contemporaneidad y fue hallada por casualidad en una cueva rocosa de Dordoña, una de las regiones más ricas en restos paleolíticos. Difiere en sus formas, algo contorsionadas, del resto de las Venus⁵.

No conocemos las características de sus relaciones sexuales en su aspecto lúdico, como resulta lógico, ni tampoco las fantasías de ellos y ellas. Predominaba, eso es indudable, una faz procreativa con total desinformación sobre la forma de evitar la fecundación ya que el *coitus interruptus* debe haber hecho irrupción en la vida del hombre en una fase muy posterior.

El lector se preguntará: ¿qué tiene que ver esto con la sexología moderna? Estamos hablando del inicio de la “especie animal” como especie histórica a través de una expresión tan mínima y tan máxima como el arte rupestre, pero también indicando la necesidad de los pocos hombres que habitaban el planeta de aumentar su número. Ese incremento les daría poder. Y viene la comparación. El 31 de octubre de 2011, todos los periódicos y los informativos del mundo manifestaban que sería el día en que nacería el habitante que completaría los 7.000 millones de seres de esta especie

sobre el planeta, y lo peor que estaba por llegar, algún desafortunado relator informó que una de las soluciones de la superpoblación que se avecina estaría en la eliminación de los ancianos.

Bibliografía

1. *Prehistoria* (varios autores), Santiago de Chile, Cosar Ed., 2010.
2. Relgis Eugen, *Historia sexual de la humanidad*, Buenos Aires, Cenit, 1964. Nougier Louis-René, “Arte prehistórico”, en *Historia del arte*, Barcelona, Salvat, 1970.
3. Martino de P, *et al.*, *Historia universal del arte, Arte antiguo*, Vol. I, Valencia (España), Vita, 1980.
4. *Arte/Rama, desde los orígenes hasta el arte egipcio*, Vol. I, Buenos Aires, Codex, 1962.

SEGUNDA PARTE
Unos antecedentes inevitables

CAPÍTULO II

Paolo Mantegazza

Médico, antropólogo, iniciador de la moderna sexología y trotador del mundo. Muy poco después de haber obtenido el título de médico en su país natal, partió hacia Buenos Aires a bordo de la nave *Camila*. Poco duró su estadía en esta ciudad ya que se trasladó al Litoral y, después de una breve permanencia, se estableció en Salta. El clima del noroeste parece haberle sido propicio: contrajo matrimonio con Jacoba Tejeda, miembro de una tradicional familia del lugar.

Tal como lo imponía la época que le tocó vivir, el estudio de la condición femenina lo desarrollaba con cautela, tal como se aprecia en sus escritos.

Describió las características lugareñas de las enfermedades, su distribución epidemiológica, las plantas autóctonas con propiedades curativas, el hábito del mateísmo¹, las costumbres de los pobladores, la medicina de los indígenas, la política y sus consecuencias sobre el país, etc. Dejó valiosas observaciones publicadas en forma de *Cartas médicas*², y capítulos del libro *Viajes por el Río de la Plata y el interior de la Confederación Argentina*³, sobre la flora, la fauna y los hábitos nativos.

Se lo considera uno de los fundadores de la ciencia antropológica italiana que diera origen a figuras como las de Sergi y de Lombroso. En 1866, publicó en la revista *Archivos de Antropología y Etnografía*, por él fundada, un trabajo que tituló *Estudios sobre una serie de cráneos fueguinos*, donde se vislumbra la influencia de los pocos años de permanencia en nuestro país. De estos estudios saldrían sus “nuevos índices del cráneo”. Le alcanzó el tiempo

para esbozar una teoría sobre la sexualidad humana, en su libro *Fisiología del amor*⁴, que fuera publicado en Buenos Aires en una colección de título sugestivo: *Clásicos del amor*. No hace en él un estudio exhaustivo ni denota un rigor científico de reflexión deductiva, pero las épocas no eran propicias y tímidamente le da un sesgo amoroso, antecedente importante para lo que desarrolló — muchas décadas después— Havelock Ellis, que tuvo el significado de una liberación de la rígida educación sexual victoriana reinante en el mundo occidental. En este sentido fue un verdadero pionero aún no reconocido, a pesar de que Robinson⁵ publicó, hace varios años, esos trabajos en Estados Unidos. Su obra constituye un piélagos. En efecto, “Robinson refundió la *Medical Critic and Guide* de su padre con la *Medical Review of Reviews*, que en 1923, a la muerte de su hermano, pasó a dirigir. Asimismo, en 1935 y 1936 publicó las primeras ediciones norteamericanas de las obras de Paolo Mantegazza, el célebre sexólogo italiano del pasado siglo, y en 1939 las de Krafft-Ebing. Su extraordinaria *Encyclopedia Sexualis* (1936) era un compendio de casi todo el conocimiento sexual acumulado hasta entonces, desde la ‘A A A’, incierto mal que aquejaba a los varones egipcios, mencionado en el papiro de Ebers, hasta los ‘*Zwischenstufe*’ término con el que Hirschfeld designó a los homosexuales; más de 100 eruditos colaboraron en la enciclopedia.

En su concepción general sobre la importancia de las funciones sexuales, Robinson se adelantó a los educadores contemporáneos al afirmar: ‘El sexo es la fuente del mayor de los gozes humanos. Puesto que es así, no lo disipemos antes de tiempo; no contaminemos esta fuente con la enfermedad ni la profanemos con la ignorancia; no la desconozcamos con gazmoñería ni la desdoremos con frivolidad; no la mancillemos con soberbia ni la deshonremos con egoísmo. Solo conservando la integridad de esta fuente se la podrá renovar, y solo así podremos conseguir la suprema realización de la vida’. Texto ejemplar que no podríamos omitirlo.

Cuando el 17 de diciembre de 1872, en Florencia, Italia, Mantegazza publica su libro *Fisiología del amor*, se dirige al lector con estas palabras que demuestran la actitud que asume: el amor de la pareja. No obstante, tímidamente porque los tiempos no le eran favorables a los sexólogos, volvemos a insistir, escribirá con una excelente prosa su intención: “El amor me ha parecido el más potente y el menos estudiado de los afectos humanos: circundando y defendiendo por la triple selva de prejuicios, de misterios y de hipocresías, los hombres civilizados lo conocen a menudo por medio del hurto y de la vergüenza. Poetas, artistas, filósofos, legisladores, desgarran vuelta a vuelta al gran dios un trozo de sus vestidos y de sus carnes, y huyen a esconderlo como precioso botín de fruto prohibido. Estudiarlo como un fenómeno de la vida y como fuerza gigantesca, que se desenvuelve en miles de formas según las diversas razas y los diversos tiempos; estudiarlo como elemento de salud del individuo y de las generaciones, me han parecido una gran empresa; me ha parecido solo el tentarlo”. No podemos negarlo, la prosopopeya existe.

Un libro de poco más de 300 páginas, con 23 capítulos, es la obra de este italiano que bien podría haberse afincado en la Argentina si un proyecto por él presentado hubiera sido aceptado. Creemos que acertó en el regreso ya que formó parte de un grupo, tal vez errado en sus ideas lombrosianas por lo eugenésicas, pero que tuvo mucho éxito en su momento.

El primer capítulo que titula “Fisiología general del amor” describe, sobre todo, las distintas formas de reproducción de todos seres vivos, aun de los unicelulares. Sin dejar de recordar sus raíces cristianas, porque nombra varias veces La Biblia, la Iglesia, a Dios, etc., expresa que “si el amor es la más ardiente y la más humana de las pasiones, es asimismo, la más preciada. Sobre sus altares, cada facultad de la mente aporta sus tributos”. En un sentido parecido, el segundo capítulo, se refiere a “El amor de las plantas y de los animales”.

Sigue con “Los crepúsculos del amor que nace”, que lleva como subtítulo “Las buenas y las malas fuentes del amor”, donde despliega una verba poética tales como cuando menciona a Tasso en estas tres expresiones que lo caracterizaron; “El amor es deseo de belleza” – “El amor es codicia que abraza a aquellos que, por su complacencia hacia las particulares bellezas, son egoístas” – “El amor es unión por agrado de belleza”. Es evidente la cautela de Mantegazza para no sumergirse en aguas profundas.

El cuarto capítulo lo dedica a la seducción y por ello, poéticamente, lo titula “Las primeras armas del amor”. En un párrafo nos sitúa en cómo se consideraba a la mujer en el siglo XVIII: “A la mujer, por el contrario, la naturaleza le asigna un deber mucho más difícil y cruel” (*lógicamente la compara con el hombre*).

Debe negar todo lo que desea; debe luchar contra la voluptuosidad que la invade; debe apartar al que ama; cumplir sacrificios cuando no desearía pedir nada más que besos; ser avara cuando todo la impulsa a ser generosa; debe reunir todas sus pobres fuerzas para defender una puerta ferozmente asaltada y debe gritar fuerte ‘¡Aguardad!’ a quien desearía estrechar dulcemente en su seno”. Nos remeda a aquella que se quita rápidamente su ropa mientras pronuncia ¡No!; ¡No! Mantegazza también se ocupa de la coquetería, otra forma de la seducción de Darwin. Otro breve capítulo, el quinto, se ocupa de “El pudor”.

El sexto capítulo se titula “La virgen” y, a pesar de que en su comienzo, menciona levemente al hombre que lo es, todo el resto se ocupa de la mujer virgen con un sentido educativo y desmitificador como se evidenciar en la nota siguiente: “El hecho anatómico que constituye la virginidad tiene, sin embargo, el gravísimo inconveniente de ser entendido por todos, ya que el vulgo, orgulloso y feliz de poder resolver una cuestión de virtud con los ojos y con las manos, echa brutalmente sobre la más delicada balanza del mundo la espada de Breno. Discurran a su gusto los filósofos y sentimentalistas sobre la pureza del corazón y sobre las fronteras

de la virtud: para el vulgo no existen sino mujeres vírgenes o profanadas. Y la física con sus resistencias de elasticidad, la geometría con sus diámetros, resuelven un problema sobre el cual sudaron las mentes de muchos pensadores. En esta cuestión, gran parte de los hombres civiles es vulgo, y muchos que saben hasta llorar de ternura y volar muy alto, se detienen estupefactos ante la brutalidad de un hecho; se dan por vencidos, se envenenan la existencia, pensando que la mujer que han elegido por compañera de su vida no manchó con su sangre el altar del primer beso.

La ciencia afirma con gesto altivo que la virginidad, desde el punto de vista anatómico, tiene muchas formas distintas y puede faltar en mujeres que jamás han sentido el hálito de un hombre. Yo mismo, y con mis propios ojos, pues soy médico, he visto una niña de pocos años de vida a quien le faltaba el famoso sello en el cual la naturaleza parece encerrar y consagran a la virgen. Suspiré contemplándola, puesto que pensé que para ella la virtud y la inocencia serían inútiles un día frente a un hombre ignorante y brutal”.

Piense el lector cuántas mujeres habrán sufrido vejaciones ante la carencia de himen o la conformación de este con una gran escotadura en épocas que señalamos o anteriores a ella. *Fisiología del amor* fue una obra precursora y más que importante.

Del séptimo al décimo capítulo se suceden estos temas: “La conquista y la voluptuosidad”, “Cómo se conserva y cómo muere el amor” y “Las sublimes puerilidades del amor”. Observé que, en todo momento se habla de amor y no de acto sexual u orgasmo. Los tiempos eran otros.

“Fronteras del amor” con el subtítulo de “sus actuales relaciones con los sentidos”, constituye el capítulo undécimo y poco es lo que ha variado con las apreciaciones de hoy pese al conocimiento actual de las feromonas porque en un pasaje dice, descartando el del gusto, lo siguiente: “De los cuatro sentidos restantes el tacto tiene en el amor la máxima parte, el oído la mínima, la vista y el olfato, con muchas variaciones, están entre el tacto y el oído”. Sin

embargo lo acepta: “La vista es el primer mensajero del amor...”. Reproducimos que “el ojo es el primer ministro de la mente” porque creemos que es realmente muy exacta y bien lograda.

El siguiente tiene el mismo título pero está aclarado por el subtítulo que dice: “Sus relaciones con los otros sentimientos. Los celos”. Hace una referencia que se remonta al reino animal, pasando por los pueblos polígamos y poliandrios, defiende el amor y en cierto modo, desestima —si este sentimiento existe— generar odio.

El capítulo décimo tercero persiste con el mismo título y lo define con el subtítulo como “Sus relaciones con el pensamiento”. Algunas frases son realmente un profundo análisis cuando expresa por ejemplo: “El amor cesa de ser un estímulo del pensamiento y se trueca en su primer asesino no solo cuando es infeliz, sino cuando se ahoga en el pantano de la lujuria”.

Los títulos que sugiere entre los capítulos décimo cuarto y vigésimo son los siguientes: “La castidad con sus relaciones con el amor”, “El amor en el sexo”, “El amor en las edades” con el subtítulo “Los modos de amar”, “El infierno del amor”, “La vergüenza del amor” y “Las culpas y los delitos del amor”. Como observamos hace una neta separación entre amor y sexo, es decir que el sexo solamente orgásmico entraría en otra categoría.

El libro finaliza con capítulos de forma fundamentalmente sobre el matrimonio, que son el vigésimo primero: “Los derechos y los deberes del amor”, el vigésimo segundo: “Los pactos del amor” con el subtítulo de “Aforismos sobre el matrimonio”, y el vigésimo tercero: “Fragmentos de un código sobre el arte de amar y ser amado”. No olvidemos que sin caer en exageraciones, el sesgo del cristianismo se respira en toda la obra.

Varios investigadores se ocuparon en la Argentina de la intensa vida de Paolo Mantegazza y su actividad en nuestro país. Entre muchos otros, podemos citar los trabajos de Roberto Giusti⁶, Juan Dalma⁷, Vicente Oddo⁸, y Alfredo Kohn Loncarica, Argentino Landaburu y Carlos Ausbruch Moreno⁹. Es que a pesar

de su origen itálico estuvo inmerso en los problemas argentinos, se ocupó de su historia (escribió sobre Juan Manuel de Rosas), describió —como hemos dicho— la flora y las enfermedades regionales del país.

Entre 1865 y 1876, fue diputado y senador del Reino de Italia, es decir que colaboró en 1870 en la unificación de este país. En 1867 fue representante argentino en el Congreso Internacional de Estadística en Florencia.

Descendiente de una antigua familia lombarda cuyo nombre figuraba en la Cartuja de Pavía en el 1400, su madre Laura Solera lo dio a luz el 31 de octubre de 1831, en Monza, cerca de Milán. En 1853, recibió su diploma e inmediatamente recorrió Europa para dirigirse después a América del Sur. Llegó a la Argentina en 1854. Su labor como publicista se había iniciado antes de la graduación. En 1850 había publicado su primer trabajo científico que presentó en el Instituto Lombardo: *Las generaciones espontáneas*. Luego de visitar los países europeos más importantes, publicó en París su primer libro: *La fisiología del placer*.

En su siguiente viaje, donde contrajo enlace, arribó a nuestro país.

En 1857, fue contratado por la nueva Facultad de Matemáticas de Buenos Aires para dictar la cátedra de Historia Natural, pero al año siguiente regresó a Italia con el fin de traer un contingente de inmigrantes destinados a poblar la zona del Bermejo. El proyecto fracasó y, con él, su retorno. Vivió en Milán y en Pavía, en cuya Facultad de Medicina fue profesor de Patología General, y fundó un laboratorio experimental de esa materia.

Cuando enviudó a los 60 años (tuvo un matrimonio de 34 años con la salteña Tejada), se casó con la condesa María Fantoni¹⁰.

En dos oportunidades viajó nuevamente a la Argentina¹¹, pero ya su labor se había sedimentado en su patria: fundó en Florencia la primera cátedra italiana de antropología, como también un Archivo, una Sociedad y un Museo de Antropología.

Su labor docente fue interrumpida solamente por la muerte, que lo alcanzó en San Terenzo, golfo de La Spezia, Italia, el 28 de agosto de 1910.

Radicado en Salta, Mantegazza dividió su tiempo entre la atención de los enfermos y la observación de las afecciones regionales que consideró en la *Carta XXIV* del segundo tomo de una publicación. Sostiene que en esta región son frecuentes y graves las enfermedades del corazón, y agrega una crítica al uso de la digital, “soberano moderador del corazón y al que Forget llama ‘el remedio cardíaco por excelencia’, aunque jamás haya curado un corazón enfermo, ni en sus mejores días, y que ha echado a perder centenares de ventrículos y hasta riñones”. Razonamiento exacto el de Forget al nombrarla *moderadora del corazón* y una verdad parcial la de Mantegazza al decir que nunca había curado a lo que era una terapéutica de mantenimiento. Advierte que, cuando el pulso es irregular, es “natural” que tanto la sangría como la digital estén contraindicadas. Estas *Cartas* no deben ser consideradas un tratado de medicina, aunque la frecuente cita de otros médicos así podría señalarlo, como también la exposición de sus casos clínicos con menciones escuetas que completan los asertos de los médicos extranjeros.

Uno de los problemas de sanidad que merece su atención en la Argentina fue el bocio endémico y “su triste satélite”: el cretinismo¹².

Se le atribuye, y es probable que así sea, una observación prioritaria sobre la leishmaniasis cutánea (botón de Alepo). “Creo ser el primero que ha encontrado la verruga sobre la vertiente oriental de los Andes, esto es, en la República Argentina y más precisamente en los valles de la provincia de Salta. Hasta aquí se creía esta enfermedad exclusiva del Perú y solo de la vertiente occidental”. Señala la necesidad del diagnóstico diferencial con las “verrugas” chatas del periodo secundario de la sífilis y también con una verruga que se contagia —supone por vía hídrica— en Calama, Bolivia.

Dalma¹³, relacionándolas en cierto modo con estos conceptos, menciona las observaciones de Mantegazza que encierran ideas modernas. Así lo hace “sobre la medicina popular, aliada a veces, y no enemiga de la científica; sobre tendencia hereditaria de los embarazos gemelares; sobre el tratamiento dietético-alimentario del estreñimiento; sobre el interés bioantropológico que representa el estudio de la menarca en las distintas razas o grupos humanos; sobre discriminación entre lepra, psoriasis y elefantiasis, consideradas las tres, todavía, como enfermedades únicas; sobre la acción micelial de los parásitos en las plantas débiles, con deducciones referentes al organismo humano; sobre afinidad entre hombre y mono (faltan todavía varios años para la publicación de la segunda obra revolucionaria de Darwin); sobre el mecanismo de la termorregulación, con datos notables de fisiología experimental; sobre principios de higiene tropical, de los que algunos tienen todavía vigencia; sobre etiología de la pelagra en relación con el maíz; sobre la quinina no solo como curativa, sino también como preventiva de la fiebre palúdica y sobre varias otras plantas de acción símil, cuyo estudio valdría la pena retomar; sobre acción del yodo en el bocio endémico (y con tal propósito cita los trabajos de Lombroso); descripciones del botón de Alepo, cuya existencia en América fue Mantegazza quien la estableció primero; una descripción muy exacta del mal de montaña —la puna, el soroche— en las altitudes de la Cordillera; la constatación de la escasez de los casos de tuberculosis en esas regiones y de *La Carta XV* es un verdadero tratado de botánica médica, con nombres científicos de las especies que menciona, sus propiedades terapéuticas (muchas veces inflamadas de pasión científica), sus composiciones químicas, etc. Habida cuenta de que su mayor permanencia en nuestro país transcurrió en el noroeste, la tituló *Materia médica salteña. Los purgantes y el mechocacán. Eméticos, astringentes y antiperiódicos. El quebracho blanco. Emolientes, narcóticos, aromáticos y caústicos. Miscelánea farmacológica*”. Pero vaya si tuvo ideas modernas, suprimamos las eugenésicas, si había dado

curso a sus ideas sobre sexo liberando a la mujer de la sujeción dogmática a la que se la sometía.

Como verdadero científico, en todos sus trabajos tiene un importante número de citas bibliográficas. Como simple ejemplo analizamos su descripción de un arbusto. El floripondio, que es indígena de Jujuy y de Salta, “inunda de perfume después de la puesta del sol”, y revela Mantegazza que sufrió “vértigos por haber aspirado demasiado intensamente una de estas flores”. Sus hojas son narcóticas, las utilizó “en baños y en fomentos como narcótico local” y quedó satisfecho. También aquí acude a la cita bibliográfica: “Según Seeman, los indígenas en Darien y de Chocho dan a beber a sus hijos una decocción de semillas de floripondio, creyendo que en el delirio que provoca en ellos, adquieren el don de descubrir el oro”. Prosigue con experiencias realizadas en Nueva Granada y con la embriaguez de los omaguas con la misma planta.

En las *Cartas XVI, XVII, XVIII, XIX y XX*, del tomo II, el médico italiano se ocupa de la *Flora médica brasileña*.

Considera, como lo han hecho otros investigadores, que la sífilis existía en Europa antes del descubrimiento de América y atribuye a distintas etapas de la virulencia (no emplea este término) de la enfermedad, a su exacerbación posterior. Mantegazza era, como antropólogo, un pensador y jugaba en forma permanente con tesis diferentes sobre los aspectos de la salud.

Produjo gran cantidad de libros. Cuando su amigo Edmundo de Amicis publicó *Corazón (Cuore)* —que a menudo citaba— él escribió *Testa (Cabeza)*. Además de los *Viajes* y las *Cartas* a las que hemos hecho referencia, escribió la novela *Il Dio ignoto (El Dios desconocido)* y el libro descriptivo *Ricordi di Spagna e dell' America spagnuola*¹⁴.

En alguna oportunidad hemos comparado su labor en Sudamérica con la de Tocqueville en América del Norte¹⁵.

En la Universidad de Pavía organizó el primer laboratorio experimental europeo donde se realizó, también por vez primera,

injertos de órganos animales. Inventó el globilómetro, adminículo similar al hematocrito¹⁶.

Para Monserrat¹⁷, Mantegazza fue uno de los organizadores del desarrollo científico argentino. Según este autor, fue Juan María Gutiérrez —ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación— quien requirió sus servicios y a través del médico italiano llegaron contratados al país Bernardino Speluzzi, Emilio Rossetti y Peregrino Ströbel. Hemos tratado de no omitir estas breves referencias científicas sobre un Mantegazza posiblemente algo olvidado¹⁸.

Sus principales obras fueron *La fisiología del placer*, *Fisiología del odio*, *Higiene de la belleza*, *Higiene del trabajo*, *Testa: libro para la juventud*, *El evangelio de la salud*, *El siglo hipócrita*, *Orden y libertad*, *Fisiología de la mujer*, *El bien y el mal*, *Conócete a ti mismo*, entre otros.

Bibliografía

1. Pérgola F, “Mantegazza en la Argentina”, *Historia*, Buenos Aires, 15 (Nº 57), pp. 113-119, marzo-mayo 1995.
2. Mantegazza P, *Cartas médicas sobre la América meridional*, Buenos Aires, Ed. Coni, 1949.
3. Mantegazza P, *Viajes por el Río de la Plata y el interior de la Confederación Argentina*, Buenos Aires, Ed. Coni, 1916.
4. Mantegazza P, *Fisiología del amor*, Buenos Aires, Ed. Orientación Integral Humana, 1946.
5. “Dr. Víctor Robinson (historiadores de la medicina)”, *MD en español*, N. York, 13 (Nº 5), pp. 67-78, mayo de 1975.
6. Giusti F, “Pablo Mantegazza, un viajero amigo de la Argentina”, *La Prensa*, Buenos Aires, 15 de noviembre de 1931.
7. Dalma J, “Pablo Mantegazza y la Argentina”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, abril-junio de 1960, pp.177-191.

8. Oddo V, “Paolo Mantegazza y sus Cartas médicas sobre la América meridional”, *Primeras Jornadas de Historia de la Medicina de la Farmacia Iberoamericana*, tomo I, p. 95, Buenos Aires, 1971.
9. Landaburu J, Kohn Loncarica, G y Ausbruch Moreno, “Las ideas fisiológicas de Paolo Mantegazza, *ibídem*, pp. 17-26.
10. Solá M, “Pablo Mantegazza y Jacoba Tejada”, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, N° 1011, 16 de febrero de 1918.
11. “Actualidad italiana”, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 141, 15 de junio de 1901.
12. Pérgola F, “Giornalismo e medicina: una teoria dell’epoca coloniale sulla genesi del gozzo”, *Il Nostro Mondo*, 15 de junio de 1965.
13. Dalma J, “Pablo Mantegazza, médico ítalo-argentino”, *Archivos de Historia de la Medicina Argentina*, Buenos Aires, Año 2, vol. 1, N° 3, mayo-agosto de 1972.
14. Cutolo VO, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino* (tomo IV), Buenos Aires, Elche, 1975.
15. García Puga A y Pérgola F, “Sudamérica en la visión de Tocqueville y de Mantegazza”. *Historia*, Buenos Aires, 17 (N° 66): 73-91, junio-agosto 1997.
16. Buzzi A y Pérgola F, *Pablo Mantegazza (1831-1910). Clásicos Argentinos de Medicina y Cirugía* (tomo III), Buenos Aires, Ediciones del Sur, 2010.
17. Monserrat M, “La influencia italiana en el desarrollo científico argentino”, *Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 305, pp. 8-19, diciembre 1992.
18. Pérgola F, *Historia de la medicina argentina. Desde la época de la dominación hispánica hasta la actualidad*, Buenos Aires, Eudeba, 2014.

CAPÍTULO III

Samuel-Auguste André David Tissot

Sin desconocer que la civilización grecolatina se ocupó de los temas del sexo aunque fuera de una manera ligera, tuvo luego un gran intervalo —mil años de Edad Media— donde el estudio de los mismos se ocultó, incluso con grandes reprimendas, por el dogmatismo religioso de Occidente. Es por ello que iniciamos este capítulo con un primer aporte, curioso por cierto, que tuvo lugar poco después de finalizado el Barroco. En la “Introducción” hemos señalado algunos aportes informales durante el Renacimiento.

En pleno Barroco surgirá el hito que vamos a desentrañar. En efecto, en 1707 aparece en Francia un panfleto inglés titulado *Onania or Heinous Cunie of Self Pollution*, de carácter anónimo. En él se advertía sobre los peligros morales y físicos de la masturbación. El anónimo texto tuvo una enorme difusión, fue traducido a varios idiomas y generó gran revuelo, incluso, entre los médicos.

Muchos años después, un reputado médico suizo, de apellido Tissot, consideró al panfleto como un verdadero caos de reflexiones con consideraciones triviales en sus aspectos teológicos y morales y se dispuso a escribir un trabajo científico sobre el tema. La opinión de este libelo —como veremos a continuación— había calado fuertemente en él.

Todas las críticas que podemos hacerle a este personaje están seguramente (tal vez justificadamente) atenuadas por la época que le tocó vivir. No podemos olvidar que durante el Barroco y parte de la Ilustración, es decir siglos XVII y XVIII, en Italia se habían castrado entre cuatro y cinco mil niños cuyas edades iban entre los siete y los nueve años con el fin de que “i castrati” pudieran cantar

los temas religiosos en las Iglesias Católicas donde no lo podían hacer las mujeres. El primero de estos niños mutilados cruelmente para tener voz afeminada fue en 1560. El último que lo hizo bajo estas condiciones en una iglesia tuvo lugar en 1922 y se llamaba Alessandro Moreschi. Esa era la opinión sobre las mujeres: no cantar en una iglesia y esta sobre los hombres: “carne de cañón”.

Samuel Auguste André David Tissot, cuyo nombre se escribió de distintas maneras a través del tiempo, nació en el cantón de Vaud de Grancy, Suiza, el 20 de marzo de 1728 y era hijo de Pierre Tissot y de Jeanne-Charlotte Grenus. Estudió en la Facultad de Medicina de Montpellier y se recibió el 18 de abril de 1749, a los 22 años de edad. En 1755, se casó con Charlotte Dapples con la que tuvo un hijo que murió a temprana edad.

Ejerció la medicina en Lausana y su fama desbordó a su país ya que asistió al rey de Polonia quien le propuso ser su médico de Cámara pero Tissot no aceptó. Calvinista protestante, fue también asesor del Vaticano. En 1787 fue felicitado por Napoleón Bonaparte. Su fama fue tal que algunos lo consideraron la figura médica más importante del siglo XVIII y se lo consideró “el médico de los príncipes y el príncipe de los médicos”.

A raíz del panfleto anónimo de medio siglo atrás, en 1760 Tissot publicó *L'Onanisme (El onanismo)*. Lo curioso es que él también consideraba peligrosa (hasta pecaminosa) la práctica masturbatoria y sostenía que la verdad estaba en él, en un médico, un “científico”. Apabulla a sus pacientes —hombres jóvenes habitualmente— para que confiesen (aquí vemos la labor del cristianismo y de la culpa) si habían cometido tal hecho.

Havelock Ellis (ver capítulo XIV) en su obra *El impulso sexual* cita a Tissot cuando se refiere a las criadas y la introducción de niños y adolescentes de ambos sexos en prácticas consideradas en ese entonces pecaminosas y terribles para la salud y así dice: “Más de un siglo antes, Tissot, en su famosa obra sobre el onanismo, hablaba de la frecuencia con que las criadas corrompían a los jó-

venes enseñándoles a masturbarse, y antes, en Inglaterra, el autor de *Onania* refiere muchos casos de esto”. Resulta importante que adelantemos que el anónimo citado le restaba total importancia a esta costumbre.

Tissot consideraba que la pérdida seminal (en realidad para él un humor) causaría “una reducción perceptible de la fuerza, de la memoria, e incluso de la razón, visión borrosa, todos los trastornos nerviosos, todos los tipos de gota y reumatismo, el debilitamiento de los órganos de la generación, sangre en la orina, alteraciones del apetito, dolores de cabeza y un gran número de otros trastornos”. Casi nada. Incluso confiesa haber sido afecto a esta práctica siendo muy joven y por muy poco tiempo.

Su libro, que apareció en su versión francesa en octubre del año citado, es para Loredó¹ uno de los primeros textos con nociones modernas sobre la salud: “el cuidado de uno mismo”, presente en la cultura greco latina clásica. Su versión inglesa llevó el título *Onania, a Treatise on the Diseases Produced by Onanism*. Según Rajtman y Álvarez², “en 1891, el doctor Brady se convirtió en una de las primeras autoridades que rechazó el concepto de que la masturbación era un acto pernicioso”.

Se debía tomar conciencia que la abominable masturbación era dañina. Tissot lo sostenía, era causa de grave enfermedad.

Lozano Pascual y Ledo Suárez³ hacen un análisis del discurso del libro de Tissot y dicen esto: “No hay que olvidar tampoco la enorme importancia del cristianismo y la problematización moral del sexo. Una de las cuestiones que destaca Foucault es la tensión constante desde el cristianismo primitivo entre las prohibiciones de la sexualidad y la necesidad de confesar la verdad. El proceso de configuración de la identidad, de formas de subjetividad, a través de procesos de autorrevelación como la confesión, hace que la identidad personal se solape con la identidad sexual (Foucault⁴, 1984/2006)”. Lo curioso y grave es que este efecto de la confesión sobre las prácticas sexuales permaneció hasta mediados

del siglo XX, cuando los sacerdotes durante la confesión preguntaban: “si hacía algo solo (onanismo), con chicas o con chicos” a niños menores de 10 años.

En realidad Tissot no admite la masturbación como pecado pero sí como algo irracional por la pérdida de semen como serían consideradas también las poluciones nocturnas, como luego veremos.

Tissot publicó varios libros, entre ellos *Traité des Nerfs et de leurs enfermedades (Tratamiento de los nervios y los trastornos nerviosos)*, donde dedicó un capítulo de 83 páginas a la migraña. Se lo consideraba una autoridad en esa afección. Otro libro suyo, de 1761, muy bien considerado, fue *Avio au peuple sur sa santé*.

Condenó a la sangría, fue adicto a los remedios naturales y empleó valeriana para tratar la epilepsia. La quina fue otro de sus medicamentos preferidos.

Murió el 13 de junio de 1797 de tuberculosis en Lausana y también su mujer el mismo año y por la misma causa. Tenía una visión mecanicista del cuerpo humano y una deformación de la idea del onanismo. Una avenida de Lausana lleva su nombre.

Es evidente que la masturbación, en esa época o con ese pensamiento, era una práctica masculina. Sin embargo, otras opiniones de esta práctica, con respecto a las mujeres, difieren completamente: ellas también lo hacían. Refiriéndose a al sexo femenino dice Sara F. Matthews Grieco⁵, en esa misma época, que: “La única forma de masturbación autorizada, tanto por los confesores católicos como por los médicos, era la automanipulación femenina ya fuera en preparación para el coito (para facilitar la penetración), ya fuera para una eyaculación y retiro precoz del marido, a fin de lograr el orgasmo, <abrir> la boca de la matriz y liberar el <semen femenino> que, de acuerdo con las autoridades médicas del siglo XVII, era tan útil al acto de la procreación como el del varón. Aunque el <derecho al orgasmo> de la mujer siguió siendo objeto de discusión en los manuales de confesión hasta bien entrado el siglo XVIII, la mayoría de los teólogos aceptaba la teoría médica de Galeno en

relación con la deseabilidad de la satisfacción femenina: ¿le había dado Dios a la mujer esta fuente de placer sin una finalidad?”.

Realmente no se entiende. Si la mujer eyaculaba —hecho considerado realidad en la actualidad como una forma de lubricación del canal vaginal— por qué se le negó el placer sexual durante tanto tiempo, en especial en esa época, y por qué no entró en iguales condiciones con el hombre en cuanto al onanismo.

Una breve digresión. En la actualidad se considera que solamente aproximadamente el 30 % de las mujeres tiene posibilidad de eyacular a través de las glándulas de Skene (habitualmente son dos), situadas en el cuello de la matriz que, durante el orgasmo, eliminan un líquido donde se encuentran fosfatasas ácidas, creatinina, glucosa, fructosa, proteínas... Se las denomina la próstata femenina. Una cantidad menor de él sirven para lubricar y no constituyen una real eyaculación, como hemos señalado.

Bibliografía

1. Loredó JC, “La confesión en la prehistoria de la psicología”, *Anuario de psicología*, 36 (1): 99-116, 2005.
2. Rajtman M y Álvarez G, “Algunos mitos sexuales”, en *Medicina sexual humana. Un enfoque integrador, Capítulo de medicina sexual*, Buenos Aires, Dunken, 2015.
3. Lozano Pascual JM y Ledo Suárez G, “Apuntes sobre la Génesis del espacio psicológico en la obra *El onanismo* de Samuel Auguste Tissot (1760)”, *Revista de historia de la psicología*, 29 (3/4 octubre): 101-106, 2008.
4. Foucault M, *Historia de la sexualidad*, Madrid, Siglo XXI, 2005.
5. Matthews Grieco SF, “El cuerpo, apariencia y sexualidad”, en Duby G y Perrot M (directores), *Historia de las mujeres* (tomo 3), Madrid, Taurus, 1992.

TERCERA PARTE
Los tres últimos siglos

CAPÍTULO IV

Richard Freiherr von Krafft-Ebing

Ignoramos si Richard Krafft-Ebing recibió influencia de Tissot pero, aunque supongamos que no lo hubiera leído, circunstancia poco probable, interpretó sobre la sexología la idea de la época: toda distancia con el sexo reproductivo era pecaminosa. Lo cierto es que desde la publicación de *Psychopathia sexualis*, y durante muchas décadas se mantuvieron parámetros muy estrictos sobre la práctica sexual donde, hasta la masturbación, era causa de graves trastornos mentales, señalando solamente algunos de ellos.

Krafft-Ebing nació el 14 de agosto de 1840 en Mannheim, Alemania, y estudió medicina en la Universidad de Heidelberg, donde recibió su título en 1863. Ejerció como psicólogo y psiquiatra y fue profesor de las Universidades de Viena (1889-1902) y de Graz (1872-1889) (tenía también la nacionalidad austriaca). Por poco tiempo también ejerció como profesor de psiquiatría en Estrasburgo y fue miembro de la Academia Alemana de Ciencias Naturales Leopoldinas.

En 1879 publicó *Text-book of Insanity (Texto-libro de la locura)*, donde promovió la terapia de los presos con trastornos mentales.

En la Universidad de Graz también se desempeñó como superintendente médico del asilo mental Feldhof donde insinuó que el tratamiento médico debía sustituir a los enfermos psíquicos con prisión menor. En 1886 fundó un sanatorio para ese tipo de pacientes y recibió una clientela selecta. El libro arriba mencionado fue un estudio médico-forense.

En 1889 se contactó con Freud y así como este último tenía sus libros, Krafft-Ebing lo apoyó para que lograra una cátedra en la

Universidad de Viena. Carl Gustav Jung también leyó sus obras y fue influenciado por ellas.

Psychopathia Sexualis lleva un subtítulo esclarecedor: *Eine Klinisch-Forensische Studie (Un estudio clínico-forense)* y está dedicado totalmente a las perversiones sexuales, tal como se consideraban en esa época. De su impacto editorial habla el hecho de que, a los nueve años de su aparición, Georges Carré realiza la octava edición en francés de la obra, mientras que el número de casos clínicos —tal como estaba armada la obra— fue ampliándose por el autor de tal manera que, en su duodécima actualización, tenía 238 citados.

Consideraba, como Tissot, que el sexo debería ser puramente para la procreación, por eso también condenó al onanismo sosteniendo que esa práctica inducía a la homosexualidad al realizarla tempranamente. La homosexualidad era, para él, una “inversión sexual” del cerebro. La situó como una anomalía de la diferenciación y luego veremos como consideró diversos grupos.

En una edición española de la obra¹ del año 2000, con solamente la reproducción de 69 historias clínicas, se puede leer en la historia titulada “onanismo patológico” lo siguiente: “No sentía amistad o amor por las personas con quienes tenía relaciones sexuales. Quedaba satisfecho únicamente cuando representaba el papel pasivo, cuando lo masturbaban. Una vez el acto terminado, no tenía ningún respeto hacía el hombre y, si acaso llegaba a respetarlo, cesaba de practicar la masturbación con él. Más tarde llegó a serle indiferente si era él quien masturbaba o lo masturbaban. Prefería una mano fuerte y rasposa.

El paciente estaba seguro de que, en caso de haber sido llevado por el mal camino, habría desembocado en un modo natural de satisfacción de sus deseos sexuales. Nunca sintió amor hacia su propio sexo, a pesar de que se masturbaba con el pensamiento de hombres cariñosos. Al principio se sintió inclinado sensualmente hacia el sexo opuesto. Le gustaba el baile y se sentía bien con mu-

jeros, pero se sentía más atraído por el tipo que por la cara. Había tenido erecciones al ver mujeres que le gustaban. Nunca trató de copular por miedo a la infección; no sabía si era potente o no con las mujeres. Pensaba que no podría serlo, porque sus sentimientos hacia las mujeres se habían enfriado, sobre todo en los últimos años.

Mientras que antes, en sus sueños sensuales, aparecían tanto hombres como mujeres, últimamente solo había soñado con hombres; no era capaz de recordar ningún sueño reciente de relaciones sexuales con una mujer. En el teatro, en el circo y en el ballet la figura femenina siempre le había interesado. En los museos, las estatuas femeninas y masculinas le interesaban por igual.

El paciente era un gran fumador, bebedor de cerveza, gustaba del trato con los hombres, era un atleta y practicaba el patinaje. Los caballeretes de aspecto relamido le resultaban repugnantes y nunca había sentido deseo alguno de agradar a los hombres; incluso habría preferido gustar a las mujeres.

Se sentía mal, puesto que el onanismo dominaba su vida. La masturbación, que hasta entonces había practicado sin que le diera problemas, empezaba ahora a mostrarle su lado negativo.

Desde julio de 1889 había sufrido de neuralgia testicular. El dolor aparecía sobre todo de noche y de noche también le daban temblores (aumento de la excitabilidad refleja).

El sueño no lo descansaba y despertaba con dolor en los testículos. Se daba con mayor frecuencia al onanismo. Tenía miedo de las secuelas del hábito”.

Tal vez este no sea el caso para ejemplificar porque se mezcla otra práctica sexual pero es el único de onanismo de esta reedición del libro de Krafft Ebing. Única por otra parte como ejemplo de masturbación.

Entre los numerosos tipos de sexualidad o aberraciones sexuales menciona: homicidio sexual, necrofilia, sadismo, masoquismo, sadismo/masoquismo, coprolagnia, fetichismo, exhibicionismo, ninfomanía, satirismo, bestialismo, etc., algunos de ellos con variantes.

Se considera a Krafft-Ebing como iniciador y sistematizador de las, en ese entonces, denominadas patologías sexuales, algunas de ellas consideradas en la actualidad como normales y otras consideradas como parafilias. No olvidemos que para Tissot la masturbación conducía a la locura y Krafft-Ebing no estaba lejos de esa calificación. Popularizó los términos sadismo y masoquismo. El primero por el marqués de Sade y el segundo por Leopold von Sacher-Masoch. Detestaba que leyeran su libro los lectores laicos como llamaba a los legos, sus escritos eran para médicos, psiquiatras, forenses y jueces.

En la última edición que produjo de *Psychopathia* caracterizó estas categorías de “neurosis cerebrales”, como les decía:

1. *Paradoxia*. Excitación sexual que ocurre independientemente de procesos fisiológicos genitales.
2. *Anestesia*. Ausencia de instinto sexual.
3. *Hiperestesia*. Aumento del deseo sexual, satiriasis.
4. *Parestesias*. Perversión del instinto sexual por estímulos inadecuados.

Siguiendo a Charles Darwin sostenía que el instinto sexual era una fuerza poderosa, parte esencial de la naturaleza humana y tal vez por eso, o por la influencia de Albert Moll, a quien luego veremos, al final de su vida sus estudios fueron más contemplativos. Richard era el mayor de cuatro hermanos, de una familia aristocrática y aunque creía que ambos sexos eran iguales en su parte sexual para él, las mujeres eran pasivas y tenían poca o ninguna pasión si son “física o mentalmente normales y adecuadamente educadas”.

Distinguió cuatro formas de perversión:

1. Sentimiento sexual contrario o inversión del género. En siglo XX, homosexualidad, bisexualidad, androginia, travestismo y transexualidad.
2. Fetichismo. Obsesión erótica en cierta parte del cuerpo o con objetos.

3. Sadismo.

4. Masoquismo.

En su libro *La inversión sexual*, Havelock Ellis² detalla sus ideas: “Krafft-Ebing dividió la sexualidad adquirida en cuatro grupos: 1º Mera perversión del instinto sexual. 2º *Eviratio* y *defeminatio*, en las cuales la personalidad del individuo experimenta un cambio de posición en armonía con cambio del instinto sexual. 3º Transición a la *metamorphosis sexualis paranoica*, en la cual el cambio es tan completo que a veces el individuo llega a imaginarse que ha sufrido un cambio físico de sexo. 4º *Metamorphosis sexualis paranoica* que implica una alucinación sistemática de cambio de sexo. También admite Krafft-Ebing cuatro grupos en la forma congénita. 1º *Hermafroditismo psicosexual*, en el cual, aun predominando el instinto homosexual, el individuo conserva vestigios del instinto normal heterosexual. 2º *Homosexualidad exclusiva*, sin resto ninguno de heterosexualidad. 3º *Efeminiato* y *virismo*, cuando la disposición psíquica corresponde por completo a la anormalidad del instinto. 4º *Androgynia* y *gynandria*, en la cual la forma general del cuerpo corresponde, en cierto grado, con el instinto sexual anormal y la disposición psíquica [...]

El mayor servicio prestado por Krafft-Ebing ha sido el entusiasmo clínico que llevó al estudio de la perversión sexual. Animado por la firme convicción de que estaba conquistando un extenso y olvidado campo de psicología morbosa que, por derecho, corresponde al médico, acumuló, sin ceder a ningún sentimiento de falso pudor, una enorme masa de historias detalladas y su reputación indujo a muchos anormales sexuales a enviarle autobiografías, con la esperanza de beneficiar a sus compañeros de infortunio [...]

Debe considerarse a Krafft-Ebing como un gran clínico de la inversión sexual más bien que psicólogo. Al mismo tiempo, conviene examinar su actitud respecto al fenómeno. Consideraba la inversión como un signo funcional de degeneración, como una manifestación parcial de un estado neuropático y psicopático de origen hereditario en la mayoría de los casos”.

Muchos lo consideran el verdadero fundador de los conceptos modernos sobre sexología pese a su opinión crítica —como hemos visto— sobre la masturbación y la homosexualidad. Con el tiempo, se hizo más indulgente para la homosexualidad y, en 1890, se opuso a su penalización y fue uno de los primeros en firmar la petición de Hirschfeld y abogar por la abolición de la sección 175 del código jurídico alemán que la definía como un “vicio contra la naturaleza” punible. Krafft-Ebing admitió que su anterior posición había sido demasiado severa. Vinculó la sexualidad con la sociabilidad y creía que la anestesia sexual coincidía con una carencia de sentimientos altruistas.

Como dice Gloor³: “Aunque no podamos concluir que la frustración de los impulsos sexuales explique todos los conflictos intrapsíquicos, tampoco es legítimo ignorar su importancia. Existe una vaga curiosidad por las cuestiones sexuales entre el público, pero este interés suele ser ingenuo o mal encauzado, como lo demuestran el mercado de la literatura pornográfica y, por otra parte, el interés por la planificación familiar y por la educación sexual escolar”.

Los términos homosexualidad y heterosexualidad, introducidas en 1869 por Karl Maria Kertbeny, que no eran corrientes en el siglo XIX, fueron reintroducidos por Krafft-Ebing y Albert Moll en 1890. ¿Quién fue Moll? De religión judía, Moll nació en Lissa el 4 de mayo de 1862 y falleció en Berlín el 2 de septiembre de 1939, el mismo mes y año del inicio de la Segunda Guerra Mundial. Sostuvo que Krafft-Ebing había sido el iniciador de la sexología (otros consideran que también lo fueron, junto con él, Moll y Havellock Ellis). En su libro *Untersuchungen über libido sexualis* (*La investigación sobre la libido sexual*) Moll no desestimó seguir sus pasos y tal es su importancia que otros investigadores en la materia lo consideran, pese a las opiniones anteriores, que la moderna sexología la fundan Iwan Bloch (1872-1922), Magnus Hirschfeld (1868-1935) y él.

Moll dedicó su vida al hipnotismo y fue gran crítico del misticismo, el ocultismo y el espiritismo. En su libro *Ciencia cristiana, medicina y ocultismo*, que publicó en 1902, tiene expresiones contrarias a estas tres.

Colocó con carácter de normalidad tanto a la masturbación como a la homosexualidad.

Sobre la sexualidad infantil publicó *Tres ensayos sobre la teoría sexual* y tuvo un gran encontronazo con Sigmund Freud en la Sociedad Psicológica. Ambos tenían ideas distintas.

Tanto Krafft-Ebing como Moll reconocieron como perjudicial para la salud la abstinencia sexual como la insatisfacción en las relaciones sexuales. Moll, por su parte, pensaba que la relación homosexual no era perjudicial para la salud. “En 1891 publicó el doctor Albert Moll, de Berlín, un trabajo titulado *Die Konträre Sexualempfindung*. Más tarde este trabajo ha sido ampliado, y la tercera edición (1899), que forma un tomo de 650 páginas, puede considerarse como el más completo y razonado de cuantos han aparecido sobre la inversión sexual [...] Aborda el problema que, dado el abundante material reunido es ya de primera importancia: la naturaleza y las causas de la inversión sexual. Discute el fenómeno más bien como psicólogo que como médico”.⁴

Bibliografía

1. Krafft -Ebing R von, *Psychopatía sexualis*, Valencia, La Máscara, 2000.
2. Ellis H, *La inversión sexual*, Buenos Aires, Partenón, 1949.
3. Gloor PA, “Problemas sexuales enmascarados”, *Revista CIBA*, abril 1972, pp. 4-5, Basilea (Suiza).
4. Ellis H, *Op. cit.*, cita 2.

CAPÍTULO V

Max Hühner

En 1921, la casa editora Davis Company de Filadelfia, Estados Unidos, publicó en castellano el libro de Max Hühner titulado *Tesis práctica sobre perturbaciones de la función sexual en el hombre y en la mujer*¹. Tuvimos ciertas dudas de colocar a este ginecólogo y urólogo en la lista de sexólogos pero, la lectura de su libro, las dispó. En efecto, a través de su examen se observa que incursiona sobre gran número de problemas sexuales, incluso con ideas muy parecidas a Tissot con respecto a la masturbación ensayando tratamientos exóticos —para evitarla— tales como la instilación de nitrato de plata en cantidades progresivas y nombrando otras que él no empleó (electricidad, Ciencia Cristiana, hipnotismo).

En el prólogo de la obra dice: “La gran mayoría de desórdenes sexuales que llegan a ser observados por el médico, y los que, al mismo tiempo, son susceptibles al tratamiento, son aquellos que son clasificados bajo el título de Neurosis Sexuales, y son estos, por consiguiente, los que requieren más nuestra principal atención [...] A fin de que el trabajo sea lo más práctico posible, desde el principio al final, se da muy especial atención al tratamiento; habiendo sido también mi intención, el tratar cada asunto separadamente y en forma completa y definitiva, de tal modo, que los lectores que pudieran estar interesados en solamente un asunto, no se vean obligados a recurrir a otros capítulos de la obra a fin de obtener alguna complementaria información acerca del mismo particular”. Texto que revela el ordenamiento psicológico del autor, seguro de sus conocimientos.

Los 18 capítulos que la componen señalan que no estuvimos equivocados en considerar a Hühner un sexólogo. A saber: Capítulo I: “La masturbación”, Capítulo II: “Masturbación en el hombre grande”, Capítulo III: “Masturbación en la mujer adulta”, Capítulo IV: “Impotencia en el hombre”, Capítulo V: “Impotencia funcional”, Capítulo VI: “Impotencia psíquica”, Capítulo VII: “Poluciones en el varón”, Capítulo VIII: “Priapismo”, Capítulo IX: “Satiriasis”, Capítulo X: “Ninfomanía”, Capítulo XI: “Frigidez”, Capítulo XII: “Vaginismo”, Capítulo XIII: “Dispareunia”, Capítulo XIV: “Ausencia de orgasmo en la mujer durante el coito”, Capítulo XV: “Enuresis”, Capítulo XVI: “El *coitus interruptus* (Retirada) y sus perniciosas consecuencias”, Capítulo XVII: “Continencia” y Capítulo XVIII: “Algunas raras manifestaciones de neurosis sexual”.

Llama la atención que todavía en las primeras décadas del siglo XX se siguiera con la condena bíblica al *coitus interruptus* y es por eso que señalamos de Hühner cabalgaba en sus ideas sobre la sexualidad humana más cerca de Tissot que de los renovadores que, a granel, aparecieron antes de la mitad de ese siglo. Sobre esta práctica dice: “[...] constituye una de las aberraciones sexuales más antiguas y comunes. Es asunto de importancia tal (por muy pocos apreciada), que a pesar de que Bangs y otros autores han venido llamando la atención, desde muchos años atrás, sobre los perniciosos resultados que le son propios, y de haberme yo mismo ocupado recientemente de algunas de sus interesantes consecuencias, decido dedicarle aquí un capítulo completo”.

Agrega toda una serie de calamidades que en forma de ítems señalamos: “síntomas cardíacos debido a prácticas sexuales contranaturales”; “síntomas de ciática originados por la práctica del *coitus interruptus*”; “postración nerviosa ocasionada por la práctica de retirada”; “dolores del segmento peneano, impotencia completa y neurastenia general”; “síntomas gastrointestinales e impotencia”.

En algunas ocasiones menciona a Krafft-Ebing y en ningún momento hace referencia a la homosexualidad aunque sí lo hace

con el satirismo y, como dato curioso, dedica un ítem a las vaginas demasiado grandes.

El capítulo XVII que denomina “Continencia”, como hemos aclarado, debe ser objeto de una reflexión importante por la época en que Hühner ejercía la medicina. En él dice el autor: “Constituye la continencia un asunto de importancia vital, no tan solo para los especialistas génito-urinaros y para los neurólogos, sino para todos los especialistas y médicos de familia, por la sencilla razón de que no hay órgano o función del cuerpo que sea inmune a los estragos propios de la sífilis. Y sin embargo, a pesar de su importancia, es asunto al que apenas se le presta la debida atención. Basta con examinar los libros de texto acerca de las enfermedades venéreas, para ver que al lado de las prolijas discusiones en ellos contenidas, sobre los terribles resultados de la cópula ilícita, son muy pocos los que dedican un simple capítulo a la continencia. Años atrás examiné la mayoría de los libros de texto relativos a fisiología escritos en inglés, y no dí en ellos con dato o información alguna de si la continencia es o no fisiológica”. Estas palabras están destinadas a lo que denomina “la cópula ilícita”, es decir, aquella que tiene lugar con prostitutas que sostiene que pueden engañar al ofertante. Pero este médico ginecólogo no se detiene aquí porque también inculpa a tiernas doncellas, “criadas” y mujeres casadas (respetables como las llama) que han contraído el mal con su cónyuge y lo pasan a su amante. En fin... Pero no se crea que el doctor Hühner era un pacato porque sostiene que “el coito no tiene solo por objeto la procreación”. Esas eran las épocas en que había vivido Hühner ya que recién despuntaba el siglo XX, el del asombro² y faltaban dos décadas para la aparición de la penicilina que solucionaría, en gran parte, el problema de la sífilis y de la gonorrea, que gozaba de cruentos tratamientos para evitar la estrechez de la uretra en el varón. Las prevenciones que tomaba el sexólogo eran más que importantes.

Antes de este libro fue autor y publicó *La esterilidad en el hombre y en la mujer y su tratamiento*. No hemos podido recabar datos biográficos sobre la fecha de nacimiento de Max Hühner pero sí conocemos que fue en Berlín. Sabemos, porque está en la portada de su obra, que fue cirujano de vías génito-urinarias de la Clínica del Hospital “Bellevue” y ginecólogo ayudante en el Dispensario del Hospital “Mt. Sinaí” de la ciudad de Nueva York para, en ocasión de publicar el libro, ser jefe de la Clínica del Departamento Génito-Urinario del citado hospital “Mt. Sinaí”.

Bibliografía

1. Hühner M, *Tesis práctica sobre perturbaciones de la función sexual en el hombre y en la mujer*, Ed. Davis Company, 1921.
2. Pégola F y Pégola L, *Historia de la medicina del siglo XX, el del asombro*, Buenos Aires, Eudeba, 2016.

CAPÍTULO VI

Albert Eulenburg

Tal vez sea justo reconocer que, frente a la creación de los sexólogos de la primera generación, el aporte de Albert Eulenburg fue escaso. En Berlín, como en el resto de Europa, durante la mitad del siglo XIX era muy poco lo que se podía escapar de los cánones impuestos sobre todo por el dogmatismo religioso.

En época en que las especialidades médicas eran muy pocas, Eulenburg transitó por varias: después de recibido como médico se dedicó a la medicina interna en una clínica que compartió junto con Paul Guttman, en 1863 —con tan solo 23 años— fue designado profesor de farmacología de la Universidad de Greifswald y en 1882 ingresó como profesor asociado de neurología en la Universidad de Berlín, ciudad donde instaló una clínica para el tratamiento de las enfermedades nerviosas.

¿Cuál fue su aporte para la sexología? Probablemente por la influencia de su última especialidad y el clima que se vivía en Alemania y Austria se interesó por el sadismo y el masoquismo abrevando, en parte, en la obra de Richard von Krafft-Ebing.

En 1913, fundó junto con Magnus Hirschfeld e Iwan Bloch la Sociedad Médica de Sexología y Eugenesia, de la cual fue su primer presidente y, un año después junto con el segundo de los nombrados comenzaron con la publicación de la *Revista de Sexología*, en una nueva edición ya que desde 1908 había sido dirigida por Hirschfeld y solamente había publicado una docena de artículos.

Eulenburg nació el 10 de agosto de 1840 —el mismo año que Krafft-Ebing— en Berlín, como hemos dicho, hijo del médico judío Michael Moritz Eulenburg y de la segunda mujer de este,

llamada Auguste. En 1847, a la muerte de su abuelo, la familia se convirtió al protestantismo.

Estudió medicina en Berlín, Berna y Zurich y en 1861 —con tan solo 21 años de edad— recibió su título de médico. Había tenido como mentores en su carrera a figuras tales como Johannes Peter Müller (1801-1848), Ludwing Traube (1818-1876) y Albrecht Graefe (1828-1870).

Poco tiempo después de diplomado obtuvo el premio Astley Cooper, junto con Guttmann en 1877, denominado *La patología del simpático*. Luego producirá la *Enciclopedia de toda la medicina* que, en su 3º edición (1894-1901), fue editada en 26 volúmenes y que resumía toda la medicina conocida hasta el momento. Descubrió la distrofia muscular congénita de la paramiotonía que lleva su epónimo (enfermedad de Eulenburg).

Otros de sus trabajos referidos a la sexología fueron:

- *La neuropatía sexual. Neurosis y psicosis. Genitales de hombres y mujeres* (Leipzig, 1895).
- *La moralidad y la sexualidad. Incursiones éticas sexuales en áreas de la filosofía y ética modernas* (Bonn, 1916).
- *El marqués de Sade* (trabajo presentado en el Club de Psicología de Berlín, 1899).

Su obra princeps que también se tradujo como *Real-Enciclopedia de toda la medicina* ya había sido editada en Viena en 1880-1883, en 15 volúmenes. Había también efectuado el prólogo de algunos libros de sexólogos.

Eulenburg falleció en su Berlín natal el 3 de julio de 1917.

CAPÍTULO VII

Sigmund Freud

Sigmund Freud, Padre del Psicoanálisis, fue el único progenitor de esa criatura y también de su técnica exploratoria. Basó una buena parte de ella, sino toda, en la sexualidad humana. Conoció a Krafft-Ebing pero no fue tan estricto como él en su primera etapa en abarcar toda la sexualidad no procreativa como malsana, aunque tal vez en sus comienzos haya mirado con ojos desafiantes a la masturbación. Pero fue más lejos: comenzó a indagar al hombre —desde el punto de vista sexual— desde su nacimiento. Su complejo de Edipo, al que debemos agregarle el de Electra, lo dicen todo. Es indudable que quiso darle al oscurantismo del sexo y al del inconsciente visos de racionalidad, la misma que hizo que su segundo nombre Schamo (Salomón) perdiera influencia para evitar la característica de la religión judía que —según su idea— pretendía quitarle preponderancia en su labor médica.

La prosa modélica de Omar López Mato¹ nos dice: “Le tocó vivir a este checo (pues Příbor, su ciudad natal, era parte del Imperio Austrohúngaro, pero hoy queda en la república checa) la época más brillante de un Imperio que tenía los días contados. Estudió filosofía con Franz Brentano, psicología con Ernst Brücke y zoología con Carl Friedrich Wilhelm Claus, un ferviente darwiniano. Todos dejaron su influencia en la concepción del psicoanálisis, hasta su maestro de biología Carl Claus, con quien pasó mucho tiempo disecando anguilas en busca del elusivo aparato reproductor masculino, que al final no encontró. Toda una paradoja para el gran promotor de la sexualidad en el siglo XX.

En 1886 viajó a París, para conocer las técnicas de hipnosis del doctor Jean-Martin Charcot, como lo dejó consignado en varios comentarios que calificaban a este galeno como un ‘gran artista’.

Poco antes de este viaje había dado a conocer un trabajo sobre los efectos terapéuticos de la cocaína (entre ellos, como anestésico), tema al que se dedicó con un gran entusiasmo y lo llevó a ser poco cauto y hasta generoso en la administración de este estimulante. Freud recomendó su uso en exceso y desaprensión. Su amigo Ernst von Fleische-Marxon fue víctima de este precipitado exitismo, y Freud lamentó de por vida el suicidio de este joven, que de la adicción a la morfina, pasó a la adicción a la cocaína y de allí al suicidio”.

Aunque recibiera cierta influencia de Jean Martin Charcot (1825-1893) con la hipnosis, que Freud pronto abandonó, y de Pierre Janet (1859-1947) con su acercamiento a la escuela psicodinámica, los primeros sus trabajos se refirieron —bajo la influencia del primero de ellos— sobre todo a la neurología, comenzando con histología y anatomía del cerebro y luego con temas clínicos de neuropatología². Entre 1891 y 1893, realizó monografías sobre parálisis infantil que culminaron en el libro *Handbruch*, de Nothnagel. Ya en 1873 publicó en una revista *Carta sobre el bachillerato*, dirigida a su amigo Emil Fluss. En el mismo mes del fallecimiento de su maestro Charcot hizo lo propio con una extensa nota necrológica (*Wien. Med. Wschr.*, 43 (37): 1513-1520, 1893). Por esa época dio a luz: “Estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas (*Arc. Neurol.*, 26 (77): 29-43, 1893) y también “Un caso de curación hipnótica”.

Luego se adentró en los temas psiquiátricos con José Breuer y publicó *Estudios sobre la histeria* (1895) y “Obsesiones y fobias”, para una revista de neurología también en 1895. Fue en ese año citado en último término cuando escribió *Proyecto de una psicología para neurólogos*, que recién se publicó en 1950, donde señala discordancias con Charcot en el tema de las neurosis³.

Pero el método de asociación libre, como lo denominara en 1896, y fuera el psicoanálisis fue absolutamente suyo. La idea de afianzar su propuesta surge en esa misma fecha cuando da a luz el trabajo “La herencia y la etiología de la neurosis” (*Rev. Neurol.*, 4 (6): 161-169, March 30, 1896), que culminará en 1998 con “La sexualidad en la etiología de la neurosis”, en tres números de la revista *Wien. Klin. Wschr.*, donde comienza a esbozar sus teorías, sobre todo en los niños.

Tiempo después, en 1900, inicio del siglo XX (aunque bien podría tratarse del fin del XIX), Freud publica *La interpretación de los sueños*, que marcó un importante hito dentro de la psicología.

La siguiente publicación importante fue *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (1905), donde define una fase oral, una fase anal y otra fase fálica. Con ciertos resquemores de una sociedad pacata, dos años después, ya que los acontecimientos se sucedían vertiginosamente, se forma en Viena la primera sociedad psicoanalítica que atrae a jóvenes médicos que conforman los que serían los miembros originales: Alfred Adler, Karl Abraham, Max Eitington, Sandor Ferenczi, Carl Jung, Otto Rank y Wilhelm Stekel.

A través de las décadas siguientes pasó por dos etapas bien delimitadas: primero sus trabajos sobre la libido sexual, la segunda sobre su inclinación hacia la sociología, tal vez esta última como reflejo de la persecución de los judíos en Austria. Su tardío viaje a Inglaterra lo puso a resguardo aunque murió en Londres de 1939. Dicen que al llegar a la isla se autodefinió diciendo: “Soy un viejo judío”.

Próximo a su fin, había pedido a su médico que lo sedara antes de morir.

“El día 21 de septiembre, Freud le tomó la mano a su médico y le dijo: ‘Mi querido Schur, seguramente recuerda nuestra primera conversación. Entonces prometió no abandonarme cuando llegara el momento. Ahora solo queda la tortura que ya no tiene sentido’.

Schur relata: “Le indiqué que no había olvidado mi promesa. Suspiró aliviado, sostuvo mi mano un momento más y dijo: ‘*Ich*

danke ke Ihnen ('le agradezco'). Después de un momento de vacilación agregó: *Sagen Sie es der Anna* ('cuénteselo a Anna'). Todo esto fue dicho sin sentimentalismo, sin autocompasión y con plena conciencia de la realidad'.

El 1° de septiembre, Alemania invadió Polonia. El día 3, Inglaterra y Francia declararon la guerra a Hitler. Freud murió el 23 de septiembre a las tres de la madrugada⁴⁹.

Elemento esencial de la teoría psicoanalítica, las pulsiones sexuales, para Freud, se inician con el nacimiento. La energía sexual o esa libido sexual instintiva se desarrolla en cinco etapas. Cualquier frustración en uno de esos períodos generaría una ansiedad que podría persistir en la adultez como una neurosis. Las raíces de una neurosis, por ejemplo, podrían estar en el comportamiento de la sexualidad del niño. Así lo creía Freud y consideró estas etapas:

1. *Fase oral*. Se extiende entre el nacimiento y el primer año de vida. El niño identifica su propio cuerpo (siente el dolor) y paulatinamente desarrollará su Yo. La oralidad está referida a la boca, lógicamente, y además de mamar quiere llevar todo a la boca: juguetes, sus dedos, papel, objetos que tiene cerca... El destete lleva a que tome conciencia de sí mismo pero ya en esa etapa comienza a darle valor a la comida más sólida.

2. *Fase anal*. Corresponde a los dos o tres años siguientes. La energía pulsional (zona erógena) se dirige al otro extremo del aparato digestivo. Es una etapa donde se reacomoda para la higiene personal porque, en algún momento, hasta puede manipular las heces. Extremar la higiene por parte de los padres —según la escuela psicoanalítica— puede dar lugar en el futuro a una obsesión por la pulcritud, si el caso es contrario al descuido y al desorden.

3. *Fase fálica*. Es la que sucede entre los 3 y los 6 años. Los niños toman conciencia de su cuerpo, se investigan, muestran entre ellos sus genitales, también entre varones y mujeres. Ex-

ploran su cuerpo. Aquí para Freud aparecen los complejos de Edipo, para los dos sexos; como el de Electra, solamente para niñas y obra de Carl Jung. Complejos que no tratamos porque no hacen al carácter de esta obra.

4. *Período de latencia*. Correspondería a edades que van entre los 7 y los 10 años. Freud considera que en estos años el niño dirige sus impulsos libidinales hacia la educación, sus amigos, sus pasatiempos, etc., todas actividades externas y no ligadas al sexo.

5. *Fase genital*. Abarca la pubertad y la edad adulta. El púber comienza con la independencia de sus padres que corresponde a la llamada “edad del pavo”. El adolescente se pone insoportable y rebelde, no obstante, Margaret Mead dice que ese proceso es de los jóvenes de la sociedad occidental y que ella no lo ha visto en los de las regiones de Oceanía donde realizó sus trabajos antropológicos.

Florencio Escardó⁵⁻⁶, nuestro recordado pediatra quien tomara de René Spitz el término “hospitalismo” y luchara para que los niños no permanecieran internados sin sus padres o allegados, no aceptaba la teoría psicoanalítica de la sexualidad de los niños y así decía: “Hacia fines del siglo XIX Sigmund Freud, médico vienés, inventa la sexualidad infantil y la describe según un modelo cumplido y acabado, igual para todos: el bebé nace ya con una definida potencia sexual que se va desarrollando por etapas y focalizaciones que el imaginativo doctor de Viena fija con precisión en el tiempo y la topografía; si el curso evolutivo no se cumple como está previsto según la teoría, el potencial energético (bautizado ahora como libido) se estanca y tenemos la indiscutible raíz de las neurosis, las psicosis y aun de las aberraciones posteriores. El bebé es desde el vamos un perverso que se implanta en su familia portador de terribles potencialidades. Si es varón deseará a su madre y para poseerla deseará que su padre se muera, es decir, lo matará, psicológicamente hablando; si es nena amará y deseará a su padre con el correlativo deseo de que su

madre se muera para tenerlo para ella sola y, además, de postre, sentirá una definida envidia por determinado órgano paterno, lo cual dará origen, con harta razón, a graves conflictos con su feminidad y con la elección de su posible esposo o amante. Y he aquí introducidos en la cultura los complejos de Edipo y Electra que para mayor complicación pueden ser directos o invertidos. Como la sociedad y, en el caso, la familia interviene consciente o inconscientemente en el dramático proceso, queda armado el elenco en el cual va a jugarse —según don Sigmundo— todo el porvenir psíquico, emocional y sexual de cada sujeto.

Deseo subrayar enfáticamente que Freud inventó todo ese complejo tejido, ya que no está apoyado en la menor probada observación pediátrica, ni ajustado, siquiera sea de lejos, al desarrollo neuro-orgánico establecido por la fisiología de la edad evolutiva”.

Más temprano que tarde algunas teorías de Freud suscitaron el debate. Una de ellas fue el significado que tenía en las mujeres la carencia de pene que publicó en tres artículos fundamentales entre 1923 y 1925, que tuvieron gran repercusión entre las analistas mujeres. A su vez, otras analistas jóvenes también publicaron ensayos sobre el tema, a veces como contrapunto, otras para expresar su desacuerdo.

En lo referido a la asociación teórica del clítoris con el glán—idea de Freud— una de ellas no lo trata bien al decir: “La figura de la madre sexualmente activa —sea sujeto, objeto o rival— es la figura dominante. Freud ni siquiera siente que sea necesario complementar esta imagen con la del padre sexualmente activo, que da por supuesta; la tiranía sexual rapaz del padre se convertiría en la piedra angular de su ensayo antropológico especulativo *Tótem y tabú*: ‘un padre violento y celoso que guarda todas las mujeres para él’, no muy diferente del megalomaniaco Freud que, en 1895, soñó que poseía a todas las mujeres, hijas y pacientes por igual”.⁷

Es interesante, en la misma cita anterior, la reproducción de la opinión de la analista kleiniana británica Hanna Segal que expresaba: “Creo que la teoría de Freud en cuanto a que las niñas pequeñas piensan que tienen un pene y después descubren que no, es una tontería. Por otro lado, Freud fue el primero en tratar a las mujeres como seres humanos en el sentido que concedió un sitio adecuado a la sexualidad femenina. No las consideraba seres asexuales. E incluso más importante, el psicoanálisis es la primera profesión organizada en que desde un principio las mujeres fueron tratadas igual que los hombres...”. Efectivamente, sus discípulas fueron Helene Deutsch, Jeanne Lampl de Groot, Ruth Mack Brunswick y Marie Bonaparte. Tuvo quien lo criticó hasta su viaje a Estados Unidos, entre 1924 y 1930, que fue Karen Horney. En efecto, esta última —junto con Ernest Jones y Melaine Klein, a los que se agregaría la parisina Janine Chasseguet-Smirgel— no estaban de acuerdo con el monismo fálico de Freud.

Otra mujer con una idea crítica sobre el orgasmo vaginal es Shere Hite⁸ (*ver capítulo XIX*). Así expresa en una de sus obras: “Freud fue padre fundador del orgasmo vaginal. Elaboró la teoría de que el orgasmo clitórico (orgasmo causado por estímulo clitórico) era adolescente y que, al llegar a la pubertad, cuando las mujeres empezaban a tener relaciones sexuales con los hombres, las mujeres deberían transferir el centro del orgasmo a la vagina. La vagina, se suponía, era capaz de producir un orgasmo paralelo, pero más maduro que el del clítoris. Presumiblemente, este orgasmo producido vaginalmente se daría, sin embargo, solo cuando la mujer hubiese acertado a dominar mayores e importantes conflictos, y logrado una identidad ‘bien integrada’, ‘femenina’. De la mujer que solo mediante la estimulación del clítoris podía sentir el orgasmo se decía que era ‘inmadura’, y que no había resuelto ‘conflictos’ fundamentales relativos a los impulsos sexuales. Desde luego, una vez establecida esta definición de nuestra sexualidad, no es extraño que Freud descubriera un ‘tremendo’ problema de

‘figidez’ en las mujeres”. Agrega Hite que tales teorías se basaban en una biología defectuosa.

Al finalizar el capítulo sobre “El feminismo y el psicoanálisis” de su obra *Las mujeres de Freud*, Appignanesi y Forrester⁹ dicen: “Llegar a la conclusión que la importancia de Freud para la historia de las mujeres de este siglo (se refieren al XX) reside en haber sido el primer empleador en otorgar igualdad de oportunidades sería insuficiente. Como este libro ha demostrado, en la importancia de las analistas mujeres —y pacientes— en la historia del psicoanálisis hay algo más que un liberalismo un tanto inusitado y equitativo que provee acceso a la nueva profesión. El desarrollo de la teoría psicoanalítica fue inseparable del papel distintivo e importante desempeñado en su creación por las pacientes y luego las analistas mujeres. El pensamiento contemporáneo de qué es la mujer está tan impregnado del discurso que Freud y sus mujeres inventaron que es imposible concebir un lenguaje futuro de la sexualidad que no invoque el nombre de Freud. La relación amorosa del siglo XX con Freud pudo haber seguido los esquemas de idealización y degradación que él mismo escribió tan bien, pero sigue siendo, con todo, una relación amorosa”.

La sexualidad de la etapa adulta ya no es solitaria como la mayor parte de la pubertad sino que está consensuada con otros individuos y entra la relación afectiva, amorosa y familiar. Desde ya que este esquema freudiano desató y lo sigue haciendo toda clase de críticas, sobre todo científicas y antropológicas. No obstante, toda satisfacción extragenital está prohibida considerándose una perversión.

Un siglo después de que Freud publicara *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*, en 2006, la Organización Panamericana de la Salud se refirió a la sexualidad considerándola de importancia fundamental para el ser humano, basada en el sexo, que incluye el género, las identidades del sexo y género, la orientación sexual, el erotismo, la vinculación afectiva, el amor y la reproducción. Se

experimenta o se expresa en forma de pensamientos, fantasías, deseos, creencias, actitudes, valores, actividades, prácticas, roles y relaciones, como resultado de la interacción de factores biológicos, psicológicos, socioeconómicos, culturales, éticos y religiosos o espirituales. Con estas palabras y sin ninguna crítica puntual se establece categóricamente cómo se concibe la sexualidad en el siglo XXI. Sin embargo, en ningún momento estas palabras se enfrentan con la del psicoanálisis de Freud que no consideró la sexualidad solamente en términos reproductivos sino que las pulsiones pueden dirigirse a cualquier objeto. Consideraba nociva a la masturbación pero no a la homosexualidad que defendía de una tendencia narcisista. Ya en este siglo tuvo un gran crítico de sus teorías¹⁰. Otros manifiestan sus quejas por la importancia extrema que le otorgó a la sexualidad sobre otras expresiones, las artísticas por ejemplo (se dice que, como el mayor de sus hermanos, impidió que se escuchara música a la que no era adepto).

Personalidad descollante, llegó al mundo que lo veneró 6 de mayo de 1856. “Nacido en la pequeña ciudad industrial de Freiberg, Moravia (entonces perteneciente a Austria y ahora a Checoslovaquia), en una familia judía de medios limitados, Freud se distinguió pronto por su mente brillante, por su tenacidad al seguir los estudios y por su innato deseo de sobresalir. Su curiosidad científica, acompañada por una inclinación enérgica a la independencia intelectual a cualquier precio, se desarrolló pronto y le acompañó a lo largo de toda su vida causándole determinados sentimientos de soledad que, por una parte, parecía acariciar y, por otra, lamentar.¹¹

En forma parecida se refiere Elvio Fachinelli¹² cuando expresa: “Es el primogénito (después de la partida de los hermanastros para Inglaterra) de una familia judía semipobre, semiburguesa y que cifra todas sus esperanzas en él. Como estudiante, su vida es la de un muchacho que se prepara esforzadamente para una futura profesión liberal, porque esta deberá ser la recompensa por

el sacrificio de los suyos. Son los años transcurridos en una habitación ‘larga y angosta, separada del resto de la casa, con una ventana que daba hacia la calle’. ‘En todos los años de colegio y universidad —cuenta Jones— el único cambio que se produjo en aquella habitación fue la sucesiva aparición de anaqueles repletos de libros. Durante la adolescencia hasta cenaba en la habitación, para no perder nada de tiempo dedicado al estudio. Tenía para él una lámpara de aceite, mientras que en los otros dormitorios solo había candelas’. He aquí, en un estilo dickensiano, el núcleo *heroico* de un muchacho que sabe que solo puede contar con la cultura para realizar mañana sus hazañas”. Es evidente que esa cultura —por otra parte no ajena a muchos de los habitantes de esa Viena— dio sus frutos.

Y luego comenzará el estudio universitario. “Como estudiante de medicina, realizó el aprendizaje en la investigación científica de la fisiología bajo la dirección de Ernest Brücke, que pertenecía al círculo de investigadores influidos por Johann Müller. No obstante, los intereses de Freud abarcaban un campo más amplio que el de la medicina y, así, siguió los cursos de filosofía que daba Franz Brentano, estudioso de Aristóteles y un enérgico defensor de la intencionalidad en la motivación humana. La traducción de un libro del filósofo inglés John Stuart Mill le procuró otra influencia filosófica. Después de haberse graduado en medicina en 1881, Freud preocupado por dificultades financieras, se volvió hacia la neurología, realizó investigaciones en el instituto psiquiátrico de Meynert y llegó a ser profesor privado en 1885. En los dos años siguientes publicó dos libros, uno sobre la parálisis cerebral infantil y otro sobre las afasias. En 1886 estudió en París bajo la anuencia de Charcot y a su regreso a Viena se transformó en un vigoroso defensor del valor de la hipnosis. Recibió mucha influencia del internista vienés Joseph Breuer (1842-1925), que en 1880 había tratado con éxito a una joven mujer afectada por síntomas histéricos con una nueva cura, la llamada catarsis. Después de

un segundo período de estudio en Nancy, Francia, en 1889, bajo Hyppolyte-Marie Bernheim, Freud llegó a convencerse de que, la sugestión era el fundamento psicológico de la hipnosis”.¹³

A partir de esa fecha, Freud se ocupó de pergeñar lo que sería el psicoanálisis.

Un siglo y algo más, después de sus teorías y con la llegada de los marcadores cerebrales y los psicofármacos, el camino parece ser otro. “Freud fue un enorme publicista —como dice López Mato¹⁴—, pero *no* un científico. Le faltó precisión, seguimiento y análisis objetivo de sus hipótesis. Como parte de sus teorías eran imposibles de demostrar, inculcó un espíritu casi fundamentalista en sus seguidores, a quienes dotó de una esgrima verbal para desvalorizar a todo aquel que intentase evidenciar sus inconsistencias. Freud marcó un camino, el fervor de los psicoanalistas lo hizo difícil de transitar y lo llevó a un callejón sin salida.

La teoría de los cuatro humores, de los antiguos griegos, también tiene su atractivo e intuitivamente evoca un fenómeno observable, pero nadie lo ha podido comprobar. Sin embargo, esta teoría subsistió por el sometimiento de los médicos al dogma en la época previa al método científico. A fuerza de repetición, hasta las estupideces más fenomenales parecen una verdad revelada...

El complejo de Edipo le ha hecho creer a media humanidad que todos deseamos matar al progenitor del mismo sexo. ¿Qué prueba existe sobre la verdadera existencia de esta tendencia? ¡Ninguna! Sin embargo, aparece como una atractiva construcción que da una precaria explicación a fenómenos de muy difícil demostración. ¿Existe acaso algún camino bioquímico o neurológico que explique tal complejo? ¿Qué estructura mental, anatómica o neurológica autoriza este ‘asesinato psicológico’?”.

Después de más de un siglo de existencia, esta teoría tuvo furiosos defensores o furiosos detractores. Tal vez en el último tiempo sus heridas no cierran y sería bueno recordar las palabras de dos décadas atrás escritas por un destacado psicoanalista argentino,

Jorge García Badaracco¹⁵, que escribió: “Más de una vez se ha hablado de la ‘muerte del psicoanálisis’ o de su ‘agonía’. Pero se podría decir aquello de ‘los muertos que vos matáis gozan de buena salud’, y no decir nada más. Sin embargo, mucha gente que lee sobre la muerte del psicoanálisis sin saber lo que es verdaderamente, puede creer que murió, sin profundizar sobre qué o quién murió. Porque la confusión es muy grande cuando el que escribe sobre la muerte del psicoanálisis sin saber de qué está hablando. Habla de la muerte de algo a lo que mucha gente se refiere sin la profundidad necesaria e inherente a la naturaleza del tema que trata. Entonces todo es de una gran superficialidad y solo puede producir un efecto de seudoinformación desde la misma desinformación.

Alguna vez se ha dicho que el psicoanálisis es un ‘trauma interminable’, una forma de ‘muerte’, y que analizarse significa ‘morir y renacer’. Afirmaciones como esta son una falacia, porque lo que sí podemos decir es que la vida misma, desde el punto de vista psicológico, es un morir y renacer y que la experiencia analítica permite, a veces, tomar conciencia de esta dimensión de la vida, que para muchos seres pasa inadvertida.

También se suele decir que el neurótico cree a veces que su enfermedad lo convierte en un hombre excepcional y que el psicoanálisis puede reducirlo a ser un hombre cualquiera; podemos decir que es cierto que algunas personas, ya sean poetas, escritores, temen que si se psicoanalizan pueden perder algo valioso de ellos mismos, pero esto es solo un temor, una fantasía. Más aún: la genialidad puede estar atrapada en la neurosis y podrá desplegarse más libremente cuando a través del psicoanálisis una persona pueda utilizar mejor sus recursos intelectuales”.

Sin la lozanía de mediados del siglo XX el psicoanálisis sigue siendo una técnica que persiste aunque sus teorías sobre la sexualidad del niño sean las más cuestionadas.

Freud provenía de una sociedad bajo la influencia de por siglos de una sexualidad procreativa y, en cierta forma, reprimida sobre

todo para la mujer. “Su mayor aporte fue considerar a las desviaciones sexuales como enfermedades o síntomas y les quitó el mote de aborrecibles. Excepto en los últimos años de su vida, también consideró patológica a la masturbación y la consideró causa de neurastenia. Intentó persuadir a sus enfermos para que no se masturbaran, eliminando las terribles cauterizaciones del extremo de la uretra en el hombre o del clítoris en la mujer que empleaba Krafft-Ebing. Incluso, consideró a la homosexualidad como originada en la inmadurez de la personalidad y le quitó el sayo de enfermedad de los pecadores. Supo escuchar a sus enfermos y les habló, evitando prejuizarlos por sus actitudes. Para la época en que actuaba no fue poco mérito”¹⁶. Todavía quedaría mucho por hacer.

Bibliografía

1. López Mato O, *Iatros*, Buenos Aires, Olmo, 2015.
2. Sigmund Freud. *Obras Completas* (tomo I), Madrid, Losada, 1997.
3. Sigmund Freud. *Obras Completas* (tomo II), Madrid, Losada, 1997.
4. Woscoboinik J. “Sigmund Freud. Tenacidad y fortaleza”, *La Nación*, Buenos Aires, 21 de septiembre de 1997.
5. Escardó F, “Los niños y Sigmund Freud”, *La Nación*, Buenos Aires, 7 de junio de 1980.
6. Pérgola F, *Historia de la medicina argentina. Desde la época de la dominación hispánica hasta la actualidad*, Buenos Aires, Eudeba, 2015.
7. Appignanesi L y Forrester J, *Las mujeres de Freud*, Buenos Aires, Planeta, 1992.
8. Hite S, *El informe Hite* (3º edición), Barcelona, Plaza & Jones, mayo de 1985

9. Appignanesi L y Forrester J, *Op. cit.*, supra, cita 7.
10. Breger L, *Freud, el genio y sus sombras*, Barcelona, Javier Vergara, 2001.
11. Freedman AM, Kaplan HI y Sadoch BJ, *Tratado de psiquiatría* (tomo I), Barcelona, Salvat, 1982.
12. Fachinelli E y Piersanti F, *Freud y Pavlov*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
13. Freedman AM, *et al.*, *Op. cit.*, supra, cita 11.
14. López Mato O, *Op. cit.*, cita 1.
15. García Baradacco J, “Las crisis del psicoanálisis”, *La Nación*, Buenos Aires, 19 de marzo de 1995.
16. Pégola F, “La sexualidad en la senescencia”, *Geriatría práctica*, Buenos Aires, 6 (9): 14-20, 1996.

CAPÍTULO VIII

Wilhem Stekel

Wilhem Stekel fue el discípulo más amado por Sigmund Freud que, más pronto que tarde, pasará a ser el más desestimado y deberá pasar por las horcas caudinas. En un comienzo, dado su renombre, el maestro lo asistió por un problema de impotencia sexual, cierta recurrencia a la masturbación y fetichismo, aunque solamente el primero de los nombrados es el acto cierto revelado —con evidente violación del secreto médico— por el mismo Freud. En ese comienzo amoroso Stekel decía de él que “era mi Cristo, yo su apóstol”. Incluso solamente era ese discípulo quien lo llamaba por su apellido mientras que todos los demás le decían *Herr Professor*. Por su parte Freud lo señalaba como su colega y reconocía sobre quien le había permitido la comprensión del simbolismo onírico.

En efecto, en *La interpretación de los sueños*, obra de Freud, Stekel manifestó sus opiniones sobre las dudas obsesivas y otros procesos, entre ellas, como hemos señalado, del simbolismo.

Por otra parte, según Ernest Jones, “Stekel podrá darse el honor, junto con Freud, de haber fundado la primera sociedad psicoanalítica”.

Cuando Alfred Adler (1870-1937) se separó del grupo, Freud le manifestó, dirigiéndose a él: “He engrandecido a un pigmeo, pero no me he fijado en un gigante que tenía al lado”. El vínculo se enfrió cuando Freud promovió la designación de Carl Gustav Jung (1875-1961), quien formaba su propia escuela posteriormente, como presidente de la Internacional Psicoanalítica. Adler y Stekel se opusieron a tal nombramiento. Luego este último comenzó a provocarlo y

en las sesiones de los miércoles —según Freud— mentía sobre sus dichos que el maestro conocía por haberlo psicoanalizado. Fue en esos tiempos cuando cuestionaba que lo había analizado 48 veces durante ocho semanas por un cuadro de impotencia.

En esa misma disputa *Herr Professor* se comunicó con el editor de la revista *Zentralblatt* anunciándole que Stekel no dirigiría más esa publicación pero no tuvo éxito puesto que este “le dijo que esperara hasta el tomo que finalizaba ese año porque luego no saldría más”. Freud aducía que Stekel había abandonado, por su estado, la revista.

En 1908, Freud junto con Stekel y Max Kahane (1866-1923), Rudolf Reitler (1865-1917) y Adler habían fundado la Sociedad Psicológica de los Miércoles que se convertiría en la *Wiener Psychoanalytische Vereinigung* (WPV). En 1912 Stekel renunció a esta revista.

Stekel decía: “Freud tenía el complejo de la horda primitiva. Él es el viejo, temeroso de sus discípulos” y, además, que aparentemente dirigía la Sociedad Psicoanalítica con total autoritarismo: o estás conmigo o estás contra mí. El 30 de diciembre de 1908 en una carta dirigida a Jung lo trató de “cerdo absoluto”.

En el mismo año citado, Freud prologó el libro de Stekel titulado *Los estado de angustia nerviosa y su tratamiento* con estas palabras: “Puedo afirmar que la obra del doctor Stekel se funda en copiosa experiencia y que está destinada a oficiar de estímulo para que otros médicos confirmen con su propia labor nuestras concepciones sobre la etiología de dichos estados. En muchas de sus páginas este libro abre inesperadas perspectivas hacia las realidades de la existencia que suelen ocultarse tras los síntomas neuróticos. Seguramente convencerá a los colegas que su posición de que su función ante las orientaciones y explicaciones aquí anunciadas necesariamente deberán repercutir sobre su entendimiento de estos fenómenos y sobre su acción terapéutica frente a los ellos. Viena, marzo de 1908”.¹

Un análisis del discurso denota que, además de un elogio más bien tímido para Stekel, no deja de alabar y reafirmar su sistema terapéutico que, como es suyo, es infalible.

En 1912, Freud expresó “Stekel va a su manera”. Años después le decía a Wortis: “Stekel es un hombre sin escrúpulos, sin consideración para los demás, de ambiciones de las más mezquinas, del tamaño de un guisante”.

Wilhem Stekel nació el 18 de marzo de 1868 en Bujon, Bucovina (Polonia), en el seno de una familia judía. Trabajó en Austria y adquirió su nacionalidad. Murió el 25 de junio de 1940. Padece una gangrena diabética en un pie y estaba atemorizado por el avance nazi sobre París, a pesar de que vivía en Londres y por ambos motivos se suicidó inyectándose una elevada dosis de insulina.

Su cuerpo fue incinerado en el crematorio Golders Green el 29 de ese mismo mes.

Se casó en dos oportunidades y tuvo dos hijos. Su segunda mujer, Hilda Binder Stekel murió en 1969. Fue un incansable publicista. Produjo alrededor de 50 libros y fue un gran divulgador científico a través de artículos periodísticos y es así que, en la década del cincuenta, en nuestro país, su apellido resonaba en los medios científicos y en aquellos con afición a la lectura. Tal vez emparejado con su maestro.

Entre algunas de sus obras podemos citar:

1917. *La masturbación y la homosexualidad.*

1920. *La impotencia del hombre: los trastornos mentales de la función sexual masculina.*

1921. *La frigidez sexual de las mujeres: una psicopatología de la vida amorosa de la hembra.*

1922. *El amor bisexual: la neurosis homosexual.*

1922. *Disfraces de amor. Sketches psicoanalíticos.*

1928. *La compulsión y la duda.*

Ya en 1895 había publicado *Über Coitus im Kindersalter (Acerca del coito en la infancia)* ensayo que apareció en una revista.

Fue analista de sus colegas Otto Gross y A.S. Neill y probablemente sirvió de ejemplo al escritor Italo Svevo para su libro *La conciencia de Zeno*.

Creó el término “parafilia” que reemplazaría al de perversión e ideó una técnica psicoanalítica de corto plazo que denominó análisis activo, de menor duración que, en realidad, se ajusta mucho a algunos tipos actuales.

Con respecto al fetichismo y a la perversión creía que muchas de estas últimas actitudes eran mecanismos de defensa de la moral. Señaló, en diversos estados, la importancia de la represión religiosa y decía que el fetichismo era la religión inconsciente del individuo.

Estudió el impulso que lleva a la persona a la creación y aseguraba que en cada niño existía un artista creativo.

Sostuvo que tanto la masturbación como el coito *interruptus* eran inofensivos y no causaban daño alguno. Casi obligó a Freud a tener que aceptar que la que la ansiedad podía ser sostenida por raíces psicológicas que podrían o no nacer de un conflicto sexual.

En 1922, parte de un trabajo que titula *Omanie und Honosexuality*, que denominó *Bi-Sexual Love*, publicado ese año en inglés pero que había aparecido en 1920 en alemán, tiene definiciones que lo alejan aún más de Freud. Sostiene que tanto la monosexualidad (evidentemente así llama a la heterosexualidad) como la homosexualidad son tendencias neuróticas y que, eso sí, que esta última es más neurótica y anormal.

Todas las personas serían para Stekel bisexuales y la monosexualidad no existe. Cree que Freud simplifica el problema o se hace a un lado cuando pretende dividir a los humanos en homosexuales y heterosexuales. En todos se combinarían ambos géneros con distinto grado de incidencia. Ideas que también había iniciado Gregorio Marañón en 1915 y que culminaron en 1930 con su texto *Evolución de la sexualidad y los estados intersexuales*.

En 1950 se publicó en inglés su libro *Auto-erotism A Psychiatric Study of Omanism and Neurosis* (*Autoerotismo: un estudio psiquiátrico*

sobre onanismo y neurosis) y ese mismo año su autobiografía. En 2007, Jaap Bos y Leander Groenendijk publicaron una biografía que titularon *The Self-Marginalization of Wilhlem Stekel*. Su título lo dice todo.

Uno de los libros más conocidos de Stekel², que llegó rápidamente al público general, fue *La mujer frígida*, con un subtítulo por demás elocuente *Psicopatología de la vida amorosa de la mujer*, que tiene un importante condimento: habla del amor en tiempos que todo se reducía al orgasmo. El enfoque es fundamentalmente psicoanalítico y comprende 16 capítulos que luego pasaremos a analizar, porque *A modo de prólogo* introduce “La evolución, los métodos y los peligros del psicoanálisis” que da bastante tela para cortar y causar el enojo de Sigmund Freud. Habla de sus métodos y los progresos del psicoanálisis activo, “enteramente distinto en la actualidad del psicoanálisis ortodoxo iniciado por Freud y sus discípulos”. En realidad esa introducción se corresponde con una conferencia que ofreció en Sainte Anne el 28 de junio de 1932.

Manifiesta también que el psicoanálisis es un descubrimiento mitad francés y mitad vienés. En el primero de los casos menciona a Mesmer, a Charcot con su hipnotismo, y a Bernheim; en el segundo a Pierre Janet y a Freud. Luego se adentrará en las controversias entre este último y sus seguidores, a la que no fue ajeno el mismo Stekel, mencionando a Adler y Jung, entre otros. *A Herr Proffesor* no le deja de atribuir el término “libido”, aunque el lo vuelca al que le parece más lógico: “instinto sexual”.

Luego su crítica se dirige al psicoanálisis ortodoxo y expresa: “Debo admitir que el psicoanálisis no es un remedio general, no se pueden curar todos los casos y es muy importante tener visión para ahorrar los reproches del enfermo que dirá con razón: ‘Usted me ha prometido la curación; y ahora, después de todos los sacrificios de tiempo y de dinero, no he mejorado.’” Es evidente que, en la actualidad, ningún médico sería tan omnipotente para decirle a su paciente “yo lo voy a curar” pero, en fin, eran otras épocas y distintas peleas entre psicoanalistas.

Luego, ya en el tema de la sexología, en las últimas 15 páginas de las 35 que ocupa este prólogo, relata interesantes casos clínicos de difícil solución ligados a la sexualidad humana. Curiosamente en dos de los casos el himen es el protagonista.

El primer capítulo se denomina “Aspecto general de la cuestión”, donde atribuye la frigidez (dispareunia), como así también la impotencia en el hombre, a la vida moderna, encontrando estas alteraciones con menor frecuencia “en las gentes del pueblo” y más en los “estratos superiores y cultos de la humanidad”. Sostiene que el individuo se enamora desde su infancia, que el niño es bisexual y cambia “frecuentemente de objeto” y que “parece que el adulto tiene que enamorarse periódicamente”, lo cual supone entrar en controversia con los dogmas religiosos judeocristianos. Stekel va más lejos aún y considera neuróticos a aquellos que permanecen fieles a su primer amor o los que refieren que nunca se han enamorado (“estos seres nos muestran el fenómeno de la inhibición de las emociones”).

Un título sugestivo, propio de la actualidad, lleva el segundo capítulo: “El flechazo” donde, lógicamente, describe el amor a primera vista que, con criterio, dice que puede ser “al primer sonido de su voz o al amor ‘olfativo’” (feromonas que no se conocían en la época). Luego hace un detallado informe sobre las cualidades físicas tanto de la mujer como del hombre. Algunos comentarios, examinados por expertos, podrían caer en el ridículo: “Hombres que han reprimido completamente el elemento homosexual, pueden sentir disgusto ante las mujeres velludas”, y otros conceptos entre calvos y afeitados. Otra perla que no deseamos dejar pasar: “El tamaño de la nariz permite conclusiones sobre el tamaño del sexo”, es de suponer en el varón.

Finaliza con seis historias, que denomina observaciones, sobre parafilias, pedófilos y masturbadores.

El siguiente capítulo, el tercero, es sobre “Condiciones individuales del amor” y, como comprobamos, Stekel se acerca parsimo-

niosamente al tema central. Retoma aquí la relación del niño con sus padres y la repercusión de esa primera etapa de la vida sobre el resto de su existencia, como es lógico, sobre la vida sexual. No podrían faltar aquí los complejos de Edipo y de Electra. En otro párrafo expresará lo que Otto Weininger repetirá con otras palabras: “La vida sentimental de cada mujer oscila entre la Virgen María y la prostituta”. Termina con 16 observaciones que, como ocurre con frecuencia, son casi en su totalidad referidas a hombres.

Las primeras aventuras amorosas que ocurren después de la pubertad, tanto en el varón como en la mujer, son el motivo del cuarto capítulo que titula “El traumatismo sexual del adulto”, título talvez poco compatible con lo que puede suceder que sea un hermoso despertar de la vida. Asegura Stekel que no se referirá a los niños pero, realmente, no deja de hacerlo: los de las clases sociales inferiores experimentan numerosos traumatismos por la “moral menos severa de ese ambiente”. Aquellos que han sufrido un problema de esa naturaleza reaccionan a veces mal “con una enfermedad contra la primera aventura sexual” y, en estos casos, se ocupa de aquellos “entre los 17 y los 24 años”. Iniciación que está demostrando la impronta de tiempos pasados.

En esta sección realiza siete observaciones donde relata, mayormente, ofensas recibidas por mujeres en su noche de bodas que son el motivo de la frigidez sexual. El tema del título del libro está más cercano. Y efectivamente, el quinto capítulo se llama “Psicología de la mujer frígida”. Veinticuatro observaciones y comentarios sobre la homosexualidad o bisexualidad femenina, infantilismo sexual, etc., y, por supuesto, declaraciones mendaces de ellas frente al psicoanalista dan cuenta del complejo problema que se emprende. La vergüenza que le ocasiona a la mujer confesar sus coitos satisfactorios por su o sus orgasmos es otro de los problemas que asume Stekel.

“Complementos”, que es como se denomina el sexto capítulo, descubre amantes, el camino que abre el primero de los orgasmos,

hechos fortuitos que fuerzan a este último, etc., revelados en una serie de cuatro historias clínicas psiquiátricas, una de estas con una extensión de una novela corta que, sin embargo, no culmina allí sino que continúa con una carta que la paciente le hace llegar a su médico.

El séptimo capítulo lleva por título “Fijaciones infantiles”. Es probable que en este tema haya sido importante la influencia de Sigmund Freud. Once observaciones, dos de ellas muy extensas, refuerzan sus ideas.

“Desde su nacimiento —dice Stekel— todo ser se encuentra sometido a una dominación que se podría llamar ‘voluptuosidad del placer’.

Según Marcinowski, tendríamos que distinguir entre las naturalezas activas y pasivas, que obran de modo diferente en la obtención del placer”, y ese es el motivo del capítulo octavo denominado “Voluntad del displacer”. Donde también señala que la mujer llega a su orgasmo más violento en su ‘voluntad de sumisión.’” En lo que nombra como “voluntad del displacer” incluye, por ejemplo en la mujer, dolores vaginales o lumbares como una forma de negarse al orgasmo. También menudean las historias de observaciones, como las llama.

El capítulo noveno se titula “Amor imaginario” y sospechará el lector que el título de la obra, desmenuzado hábilmente, da para subtítulos (o capítulos) varios.

“La lucha de los sexos” es el tema del décimo capítulo donde Stekel sostiene que nunca se comprenderá “el problema de la mujer frígida si no nos damos cuenta de la lucha permanente que existe entre ambos sexos”. Entrando en terrenos de psicología pura se anima a expresar: “No existe el amor sin odio, y no hay odio sin amor”. Entre los amantes hacer “gozar” al otro es dominarlo, agrega. Con más de una docena de interesantes observaciones, con las consabidas disquisiciones a cargo del autor es, tal vez, el capítulo más fangoso, enredado, que da pábulo a varias interpretaciones

sobre una sociedad que el transcurrir de un siglo ha sepultado.

Otro capítulo singular es el undécimo. Se denomina “Confesiones”, y en él Stekel vuelca extensas historias de vida de mujeres no todas justamente frías. Las seis observaciones son extensísimas, que quizá no revelen que sus tratamientos psicoanalíticos fueran acotados. Uno de ellos ocupa más de la mitad de ese extenso tema.

“La edad crítica de la mujer”, el siguiente capítulo, es singularmente corto y no aporta nada singular —para repetir el adjetivo— en la época en que la vida era singularmente corta (ídem). La falta de menstruación repercutía como una señal nefasta.

El capítulo décimo tercero tiene un título sugestivo: “El análisis de una mesalina” y se refiere a la mujer fría que, tratando de lograr el orgasmo —que sí lo alcanza con la masturbación—, cae en el lecho de muchos hombres. Reproduce una larga confesión de una mujer en este trance y, a continuación, hace referencia al tema que trata el libro.

Los tres últimos capítulos sobre los que no haremos disquisición alguna son: “Fragmento del análisis de una transvertida”, “Intervenciones médico-quirúrgicas” y “Conclusiones y perspectivas”.

Bibliografía

1. Tamayo L, Coloquio a cien años de la *Traumdeutung*, La interpretación de los sueños hoy, Wilhelm Stekel: intérprete de los sueños, www.psiconet.com/mexico/coloquio/stekel.htm.
2. Stekel W, *La mujer fría*, Buenos Aires, Imán, 1951.

CAPÍTULO IX

Magnus Hirschfeld

Poco antes del comienzo del siglo XX los homosexuales, sumamente desestimados en esa época, tuvieron en Magnus Hirschfeld un anónimo defensor. ¿Por qué anónimo? Porque siendo médico de cabecera en Magdeburgo editó, en 1896, en forma anónima el libro *Safo y Sócrates* (con el seudónimo de Th. Ramien) sobre la homosexualidad y lo que él consideraba —ya en esa época— una realidad amorosa. El abogaba por la defensa de la homosexualidad y, de tal forma, puede considerarse uno de los pioneros de esa posición.

Había comenzado como periodista en París pero luego lo atrajo el ejercicio de la medicina. En esa misma cruzada que había iniciado, en 1897 fundó el Comité Científico Humanitario (*Wissenschaftlich humanitäres Komitee*) cuya finalidad era defender los derechos de los homosexuales y propender a lograr la anulación del artículo 175 de la ley alemana que los condenaba. Su idea no era emotiva o piadosa con respecto a ellos porque el eslogan del Comité era sumamente claro: “Justicia a través de la ciencia”.

El artículo o parágrafo 175 del Código Penal Alemán tuvo una prolongada vigencia: entre el 1º de enero de 1872 hasta el 11 de junio de 1994 y penaba las relaciones homosexuales entre personas del sexo masculino. El artículo decía lo siguiente: “La fornicación contra natura realizada entre hombres o de personas con animales se castigará con pena de cárcel, también se podrán retirar los derechos civiles”.

En 1935, el régimen hitleriano endureció el alcance de la pena que era de seis meses de cárcel y se la llevó a cinco años. Todo

acto obsceno sufriría esa misma condena pero había agravantes que castigaban con trabajos forzados y con penas entre uno y diez años. Para el régimen nazi, la homosexualidad era considerada una degeneración de la raza. Recordemos que, desde el siglo XIII, el sexo anal entre hombres se consideraba un pecado y se convirtió en un hecho que culminaba con la pena de muerte.

La República Democrática Alemana aceptó como propio el artículo 175 en 1950, pero ya la condena alcanzaba a las lesbianas. Recién en 1988 el artículo se eliminó definitivamente. Mientras tanto, la República Federal de Alemania mantuvo los artículos 175 y 175a (con sus agregados) en la misma forma que el nazismo durante 20 años y con algunas reformas de 1969 y 1973 donde se penaba actos con varones menores de 18 años, que fueron eliminados en 1994.

Todo hace pensar que la empresa acometida por Hirschfeld fue infructuosa porque, incluso para la medicina, la práctica fue despojada de su característica de enfermedad mental en 1973 (DSM).

Hirschfeld, de ascendencia judía, nació en Kolberg (actualmente Kolobrzeg, Polonia), Alemania, el 14 de mayo de 1868 —el mismo año que Stekel— y murió, curiosamente en el día de su cumpleaños, en 1935.

Hijo de un médico famoso, llamado Hermann, en 1887/88 estudió filosofía y filología en Breslau y, a partir de ese último año y hasta 1892, medicina en Estrasburgo, Munich, Heidelberg y Berlín. Luego, ya con su título de médico, residió durante ocho meses en los Estados Unidos, concurrendo a la Exposición Universal de Chicago y, con su práctica periodística, mantenía con artículos que enviaba a revistas alemanas. Al regresar comenzó a trabajar como neurólogo en Magdeburgo y, en 1896, se instaló en Berlín-Charlottenburg. En 1892 presentó su tesis doctoral en Berlín que tituló: “Sobre enfermedades del sistema nervioso a causa de la influenza”.

En 1896 fue redactor del periódico semanal donde tomaba temas varios de la forma de conducir una vida saludable con curas

naturales que se titulaba *El doctor de casa* (*Der Hausdokter*), actividad que suspendió en 1900.

Cuando fundó el Comité Científico Humanitario, en 1897 y que presidió hasta 1929, no estaba solo. Lo acompañaban el editor Max Spohr, el abogado Edward Oberg y el escritor Franz Joseph von Bülow. Aunque en el seno del mismo comité hubo voces disonantes que terminaron abandonándolo, se reunieron cerca de 5.000 firmas y figuras prominentes del momento, tales como Albert Einstein, Hermann Hesse, Thomas Mann, Rainier María Rilke, Stefan Zuverg, Richard von Krafft-Ebing y Martin Buber, entre muchos otros, que le prestaron su apoyo. El proyecto de derogación del artículo 175 fue llevado, en 1898, al Reichstag pero un apoyo tibio se logró solamente por parte del Partido Socialdemócrata. Se presentaría nuevamente y hacia la segunda década del siglo XX se habían hecho algunos proyectos que naufragaron con la llegada al poder del partido nazi.

Entre 1903 y 1904, se preocupó por definir la actitud sexual de obreros y estudiantes, en un afán de lograr conocimientos de la homosexualidad en las distintas capas sociales y, tal vez con ciertos prejuicios logrados en esos encuentros, es cofundador en Berlín de la Asociación Médica de Sexología y Eugenesia (*Ärztliche Gesellschaft für Sexualwissenschaft und Eugenik*).

Además, los sinsabores que sufrió Hirschfeld por su osadía de defender a los indefendibles de esa época no fueron pocos. Uno de los mayores escándalos que tuvo lugar entre 1906 y 1909, fue cuando se ventiló el juicio por difamación debido a la demanda del general Kuno von Moltke al periodista Maximiliano Harden luego que este último, en un artículo, lo acusó de haber mantenido relaciones homosexuales con el príncipe Philip von Eulenburg, por esa época el mejor amigo del Kaiser. Hirschfeld, como médico y testigo calificado aseguró que Moltke era gay porque comprendía que ello ayudaría a legalizar el problema, declarando que “la homosexualidad era parte del plan de la naturaleza y una

creación igual que el amor normal”. Su pronunciamiento indignó a casi toda Alemania: el periódico *Die Vossische Zeitung* lo tildó de “monstruo que actuó para otros monstruos en nombre de una pseudociencia”, se lo comprendió a su vez como homosexual y, aunque el jurado falló a favor del periodista, luego el veredicto fue anulado y Harden condenado por difamación.

Por otra parte, el príncipe Eulenberg era un fervoroso antisemita y esa fue la causa de una acusación más ríspida sobre Hirschfeld que vio los alrededores de su casa con carteles que decían “Dr. Hirschfeld un peligro público: los judíos son nuestra ruina”. La idea del sexólogo de lograr algún apoyo para la lucha le había jugado en contra.

Cronológicamente, luego sería el momento de la Primera Guerra Mundial a la cual, en un comienzo, Hirschfeld adhirió con un sentido nacionalista. Ya en 1915 su actitud era pacifista y un año después, redactaba panfletos en pos de una paz que llegaría luego de miles de víctimas.

En 1920 sufre un grave atentado, luego de una conferencia que pronuncia en Munich, en manos del grupo nacionalista *völkische Rowdies*.

En 1926, es invitado por la Rusia Soviética a visitar Moscú y Leningrado que seguramente no sería del agrado de los grupos antisemitas que se estaban conformando.

En 1921, se empeñó en organizar el Primer Congreso para la Reforma Sexual que diera nacimiento a la Liga Mundial para la Reforma Sexual que se disolvió después de la reunión de Brno en 1932 y cuyos libros y registros fueron destruidos por los nazis un año después. Como dato curioso comentamos que fueron dos médicos concurrentes a los cuatro congresos que realizó la Liga quienes realizaron la primera operación mundial de cambio de sexo. Ellos se llamaban Felix Abraham y Ludwig Levy-Lenz.

La labor de Hirschfeld en el sentido de la lucha emprendida fue incansable. En 1919, co-escribió y actuó en la película que

también financió a través de su Instituto de Sexología que se titulaba *Anders al, mosir Andern* (*Diferente de los otros*, cuyo título nos exime de todo comentario).

En 1922, nuevamente en defensa de los homosexuales y de su misma condición, publica en la revista gay de Berlín llamada *Die Freundschaft*. En ella hace una acotación que intenta valorizar su lucha que el tiempo la vislumbraría perdida y así dice: “Yo [...] puedo decir que si los homosexuales en Berlín ahora conceden esta restauración única de la vida, que se debe principalmente a nuestro movimiento esclarecedor, sin querer hallar culpables por algunos de los excesos que han surgido con el tiempo”.

El movimiento citado finalmente fracasaría en manos del nazismo pero también debemos decir que la fama como sexólogo de Hirschfeld se vio disminuida por su enfoque parcial de la sexualidad humana: la homosexualidad. No obstante, sus seguidores lo apodaron “el Einstein del sexo”. Tenemos que aceptar que, experto en relaciones públicas, su predica a través de charlas, artículos, incluso una película, etc., fue constante.

Referido al instituto mencionado, fue también el 6 de julio del mismo año que Hirschfeld adquirió una villa en Berlín para él que llamaría *Institut für Sexualwissenschaft* (Instituto de Investigación Sexual o de Sexología). Biblioteca, archivos, museos rodeaban un plantel de médicos donde sobresalían los psiquiatras Felix Abraham y Arthur Kronfeld, el dermatólogo y endocrinólogo Bernhard Schapiro, el dermatólogo Friedrich Wertheim, el ginecólogo Ludwig Levy-Lenz, entre otros. Demás está señalar que pacientes que querían comprender su sexualidad de toda Europa concurren al instituto que, además, tenía la particularidad de tener departamentos para dar en alquiler por corto o largo tiempo a quien deseara permanecer en él. Entre quienes así lo hicieron se contaron Walter Benjamín, Dorchen Richter (transexual que recibió cirugía), la bailarina Anita Berber, Lili Elbe y hasta un miembro del Parlamento Alemán y un oficial de Prensa del Partido Comunista de Alemania.

El Partido Nazi toma el poder en Alemania y una de sus primeras medidas fue quemar los libros y los archivos del instituto. En ese momento Hirschfeld había partido de Alemania en una gira que abarcaría Estados Unidos, Japón, China, Indonesia; India, Filipinas, Egipto y Palestina. Al regresar a Europa se detiene por breve tiempo en Atenas, luego pasa varias semanas en Viena y, en agosto de 1932, se instala en Zurich, Suiza. En esta última ciudad vuelca sus experiencias en un libro que titula *Hombres y mujeres: el viaje por el mundo de un sexólogo* (1935, Nueva York).

Instalado en la cercanía de su país, espera la oportunidad de volver pero el 14 de mayo de 1933, cuando cumplía 65 años, llegó a París y se instaló en un lujoso departamento situado en el 24 Avenue Charles Floquet. Un año y medio después viajó a Niza donde continuó con su hábito por la escritura y terminó el que sería su último libro: *L'Ame et l'amour, psychologie sexologique (El espíritu y el amor, psicología sexológica)*.

Una crisis cardíaca puso fin a su vida en su departamento de las mansiones de Gloria I (63 Promenade des Anglais).

Su cuerpo fue incinerado y sus cenizas depositadas en el cementerio Caucade en Niza. Recordemos que su muerte, como ya dijimos, había acaecido el 14 de mayo de 1935, el día de su cumpleaños número 67.

Atrás habían quedado sus fiestas gay y, según se sospechaba sus innumerables parejas. También la hostilidad de un grupo de homosexuales masculinos y lesbianas que querían mantener su condición en la intimidad y nada querían saber de entrar a la murmuración pública. Al final eran minoría pero el Comité Científico Humanitario y Hirschfeld perturbaban. Luego llegarían los nazis que, incluso, lo llegaron a golpear junto con su amante Karl Giese que, en 1938, se suicidó. Lo más curioso de todo esto es que Hirschfeld nunca tomó una posición sionista y, al contrario, tuvo expresiones contra esa misma idea, el etnocentrismo judío y lo que consideraba un despropósito: el odio "racial" entre árabes y judíos.

Además del gran número de artículos sobre sexualidad humana que Hirschfeld publicó podemos citar los siguientes libros entre muchos más:

* *The Homosexuality of Men and Women* (*La homosexualidad de hombres y mujeres*, 1914).

* *The transvestites: The Erotic Drive to Cross-Dress* (*Los travestis. El erótico recorrido hacia la Cruz Vestida*, 1910).

* *Men and Women: The World Journey of a Sexologist* (*Los hombres y las mujeres. La Jornada Mundial de un Sexólogo*, 1933).

* *The Sexual History of the World War* (*La historia sexual de la Primera Guerra Mundial*, 1930).

Polémico, discutido (él mismo utilizaba el sobrenombre de Tía Magnesia), no podemos dejar de catalogarlo como una persona muy valiente para defender su postura en la época que lo hizo. El historiador Dustin Goltz le otorga, a él y su grupo, de haber aportado “la primera defensa de los derechos de homosexuales y transexuales”.

CAPÍTULO X

Iwan Bloch

Iwan o Ivan Bloch ha sido llamado, por lo menos en su Alemania natal, el primer sexólogo y resulta en cierto modo llamativo encontrar el motivo de tal designación en virtud del gran grupo de médicos e investigadores que, en esa época, se ocuparon de tal tema. ¿Sería porque fue un gran escritor? No olvidemos las palabras algo irónicas, como ocurría casi siempre con su verba, de José Ingenieros —nuestro italoargentino— que expresaba: “Escriban libros muchachos, nadie los lee pero dan prestigio”, o bien porque habrá ocurrido apenas despuntaba el siglo XIX, en 1906/7, cuando publicó el libro *Das Sexualleben unseres Zeit in Seinen Beziehungen zur modernen Kultur* que traducido al castellano, sonaría como *La vida sexual de nuestro tiempo en sus relaciones con la civilización moderna*. Seguramente nos inclinamos por lo segundo, en primer lugar por la fecha indicada y luego porque fue uno de los iniciadores de la lucha por el feminismo y, sobre todo, por la despenalización de los homosexuales.

Por ambos motivos se lo consideró, como dijimos, el fundador de la ciencia sexual (*sexualursens-Chaft*) y tenía cierto motivo: era un sexólogo y dermatólogo que en esa época —probablemente por el chancro sifilítico y su secundarismo— constituían los especialistas en enfermedades venéreas ligadas generalmente al sexo. Esa profesión, le daba bastante tela para cortar sobre el tema y así lo entendió Bloch, ya reconocido por sus investigaciones sobre la lúes y la gonorrea.

Coetáneo de Magnus Hirschfeld, las ideas de este, que compartió después de un tiempo, lo hicieron abogar por la abolición del párrafo 175 del Código Penal alemán que, como hemos visto

en el capítulo anterior, condenaba las relaciones homosexuales. Incluso coincidió con aquel en que los problemas psicológicos que este grupo tan cuestionado podía padecer se debían al estigma del ocultamiento y persecución a que eran sometidos.

Bloch nació en Delmenhorat, Gran Ducado de Oldenburg, Alemania, el 8 de abril de 1872. En 1899, con el seudónimo de Eugène Duren, publicó *Marqués de Sade: su vida y su trabajo*. Posteriormente lo haría con *Los 120 días de Sodoma* del Marqués de Sade, ya que había hallado el manuscrito. Iniciado en el tema en forma fortuita con una contribución literaria, en 1903/4, comenzó con la labor médica sexológica a través de los dos tomos de *Contribuciones a una etiología de la Psychopathia sexualis* donde descarta el vínculo de las afecciones venéreas con la degeneración, sostiene que las perversiones se desarrollan en todas las culturas y que, evidentemente, tienen características fisiológicas.¹

En 1907, da a luz *La vida Sexual de nuestro tiempo...*, que hemos mencionado al inicio y que es considerado lo más completo escrito hasta ese entonces sobre el tema. El éxito de la obra fue total: 11 ediciones tuvieron lugar durante la primera década, se traduce a varios idiomas, la versión española de 1924 lleva el prólogo de Gregorio Marañón, que la califica “el arquetipo del tratado científico” y Hirschfeld después de leerla comienza en 1908 con la primera revista dedicada a la sexología: *Zeitschrift für Sexualwissenschaft*. Entonces sí, es real, con esos textos escritos entre 1903 y 1907 se puede decir que fue el primer sexólogo. No obstante, su figura quedó siempre en un segundo plano aunque el propio Freud haya reconocido como válido el enfoque que le otorgó a la vida sexual humana.

Luego, siguiendo los hechos cronológicamente, le tocaría participar de la cruenta Primera Guerra Mundial como militar. Los hechos vividos lo dejaron deprimido, perdió el entusiasmo inicial por lo cual algunos de sus proyectos naufragaron tal como la segunda parte de su obra sobre prostitución, que quedó a medias.

Su fama de intelectual era proverbial: hablaba 12 idiomas (entre ellos, por su antigüedad: sánscrito, hebreo y latín) y, poco antes de morir, tenía in mente un emprendimiento: estudiar matemáticas para interpretar las teorías de Einstein. En su biblioteca había más de 40.000 libros.

Habíamos señalado el estrés que le causó la conflagración mundial de la que tuvo que participar y, aunque tal vez no haya sido la causa, su vida se prolongó durante poco más de unos años después de ese evento. En efecto, aquejado por insuficiencia cardiaca, padeció luego una trombosis arterial por lo cual le debieron amputar una pierna y poco tiempo después la otra. Tenía 50 años de edad cuando falleció el 21 de abril de 1922. Su tumba se conserva en el cementerio judío de Berlín-WeiBensee. Además de las obras mencionadas en el texto podemos citar las siguientes:

* *El origen de la sífilis* (1901).

* *La vida sexual en Inglaterra, con especial consideración de Londres* (1901/03).

* *Historia de las costumbres de Inglaterra* (1912).

* *El origen de la moderna prostitución* (1912).

* *La prostitución II* (obra póstuma, 1925).

Publicó más de 20 trabajos en revistas científicas sobre su especialidad.

Como curiosidad: tenía la costumbre de escribir de pie con un atril, mientras tanto se balanceaba adelante y hacia atrás, haciendo ruido con las llaves y las monedas que guardaba en sus bolsillos.²

Bibliografía

1. Llorca Díaz Á, “La obra sexológica de Iwan Bloch”, *Revista Española de sexología*, Madrid, N° 74-75, 1996.
2. Id., *Ibidem*.

CAPÍTULO XI

Max Marcuse

Max Marcuse no solo se destacó como un sexólogo en la iniciación de esta rama de la antropología sino que, además, fomentó la impresión y difusión de todo tipo de aclaraciones y fundamentos de lo que sería un cambio drástico en la vida del hombre moderno: el acabado conocimiento de la sexualidad y, sobre todo, la llegada a quien le estaba vedada en parte de vida sexual: la mujer. Creo que no estamos exagerando en nuestras apreciaciones, sobre todo, situándonos históricamente en las primeras décadas del siglo XX.

Marcuse nació el 14 de abril de 1877 en Berlín, en el seno de una familia judía. Su padre Carl Marcuse (1831-1906) era un próspero hombre de negocios y su madre Johanna, hija del propietario de un molino. La educación de Max estaba consolidada. Comenzó sus estudios en la escuela Sophie en 1895 y completó su secundario en el Friedrich-Wilhelm-Gymnasium en 1895. A partir de esa fecha y en cinco años se recibió de médico, estudiando en Berlín con Hertwig, Klemperer y Waldeyer; en Würzburg con Geigel y Reidinger y con Hegar y Selleheim en Friburgo. Viajó a Berna y, en 1902, regresó a Alemania donde presentó su tesis de Doctorado sobre un tema dermatológico.

En 1905, participó junto con la filósofa Helene Stöcker (1869-1943) en la fundación de la Liga de Protección a la Madre (*Bund für Mutterschutz*), cuya intención era dedicarse a ayudar a las madres solteras y a los niños nacidos fuera del matrimonio. Abogaba además —¡en que época!— por la despenalización del aborto. Al naufragar esta experiencia, Marcuse siguió con la publicación de

una revista nacida de la Liga: *Problemas Sexuales* (*Sexual-Probleme*). Durante los siete años que tuvo vigencia, publicaron en sus páginas Freud y Stekel.

En esos años contrajo matrimonio con Frida Kohl, de su misma religión y tuvo su primer hijo que murió al poco tiempo de nacer.

Su experiencia como médico dermatólogo y especialista en enfermedades venéreas estaba consolidada por varios establecimientos por donde había actuado: una clínica privada en Berlín, un hospital municipal en Frankfurt y, finalmente, nuevamente en Berlín (1904-1905). Se puede observar que la impronta especialista en enfermedades venéreas y sexólogo se daba con frecuencia, tal como venimos diciendo.

Su afán por crear o participar en sociedades médicas destinadas al estudio y difusión de los conocimientos (algo así como lo que hoy se denomina extensión universitaria) no cesaría nunca en la vida de este médico. En 1913, con la participación del psiquiatra Albert Moll y el economista Julius Wolf (1862-1937) crea la Asociación Internacional de Investigación Sexual (*Internationale Gesellschaft für Sexualdorschung*). Ya un año antes lo había hecho con la Asociación Médica de Sexología y Eugenesia (*Arztliche Gellelschaft für Sexualwissenschaft und Eugenik*) junto con Magnus Hirschfeld, Iwam Bloch, Albert Eulenburg y Karl Abraham (1877-1925). Esta sociedad realizó tres congresos: en 1920 en Berlín sobre “Secreciones internas y sexualidad”, en 1923 también en esa ciudad con el tema “Constitución y sexualidad” y, en 1926, repitió la sede y el título fue “Constitución y Carácter”.

Por su parte, la Asociación Internacional de Investigación Sexual había realizado dos eventos de esta naturaleza: el primero en Berlín en 1926 y el segundo en Londres en 1930. Fue Marcuse quien editó sus órganos oficiales: *Archivo de Investigación Sexual* (*Archiv für Sexualforschung*, 1914-1915) y la *Revista de Sexología* (*Zeitschrift für Sexualwissenschaft*, 1919-1932). Luego haría lo

propio con los *Tratados desde el terreno de la Investigación Sexual* y las *Actas del Primer Congreso de Investigación Sexual*. Su labor como editor fue intensa y de ella se ocupó la psicóloga y sexóloga Angeles Llorca Díaz¹.

Durante la Primera Guerra Mundial, Marcuse trabajó en el lazareto de la reserva de Frankfurt Oder como médico.

Su labor como publicista, abarcando tanto problemas sexuales como aquellos psicológicos y de convivencia, fue permanente. En 1917 publicó en Stuttgart *El comercio matrimonial preventivo, su extensión, motivación y método*. Curiosamente por la época, insistía en temas candentes de nuestros días: control de la natalidad, importancia de la mezcla de “razas” (hoy no utilizaría esta última palabra) y el aporte judío a las parejas mixtas.

Un año después, en 1918, publicó *Transformaciones del pensamiento y voluntad de reproductores*. La producción seguiría con *Diccionario de sexología* (1923) que aumenta el contexto en su segunda edición en 1926. En 1926/27 publica los cinco tomos de las actas del Primer Congreso de Investigación Sexual y, en 1927, *El matrimonio, su fisiología, psicología, higiene y eugenesia*, donde se ocupa de tres capítulos: “El significado del climaterio masculino para el matrimonio y la relación de pareja”, “Matrimonio entre parientes y matrimonio mixto” y “El comercio sexual preventivo matrimonial”.

Mientras se ocupaba de todas estas ediciones, escribió unas 500 reseñas de otros sexólogos.

En abril y en mayo de 1933 los nazis quemaron sus libros y sospechando aquello que poco después vendría, en julio de ese mismo año Marcuse emigró con su hijo mayor a Palestina. Muchos de sus parientes murieron en los campos de concentración.

En 1936 contrajo matrimonio nuevamente y en 1962 publicó su última obra: *Guía para la sexualidad y la erótica*. Durante todos esos años trabajó como sexólogo en Tel- Aviv. Falleció en Jerusalén el 27 de junio de 1963.

Su segundo hijo que nació en 1920 y falleció en 2006 fue embajador de Israel en la República Federal Alemana y el tercero y menor estudió medicina veterinaria, se doctoró con la tesis “La inseminación artificial del ganado”, en la Universidad de Berna en 1962, y trabajó en el ministerio de Agricultura de Israel.

Llorca Díaz² dice que fundaba, para que sus lecciones fueran determinantes, en “Abrir paso a la liberación de peligros y necesidades sexuales, depurar las relaciones sexuales para hacerlas mas alegres, sanas y honestas; contribuir a la reforma de los males económicos y sociales —a cuyas consecuencias pertenecían la renuncia sexual, la prostitución, las enfermedades venéreas, las perversiones ‘y otros fenómenos de la degeneración’— y el cuidado de la no proliferación de individuos antisociales e incapacitados. Sin embargo, para él no se trata de planteamiento de metas utópicas sino que todas estas tareas habrían de encuadrarse en lo que denomina una política sexual real”.

Bibliografía

1. Llorca Díaz A, “El sexólogo Max Marcuse y su trabajo como editor de obras sexológicas”, *Anuario de Sexología*, Nº 3, pp. 161-171, 1997.
2. Id. *Ibídem*

CAPÍTULO XII

Wilhelm Reich

Personaje estrafalario, si los hubo, polémico y audaz, Wilhelm Reich arremetió contra la recatada sociedad europea de hace un siglo. Si nos basáramos en algunas teorías psicoanalíticas podríamos atribuirle una neurosis con sus orígenes a temprana edad. Hijo de un exitoso granjero de religión judía, de la que había adjurado, el niño Wilhelm de tan solo ocho años de edad había hecho lo propio y se había declarado un “ateo empedernido”. Pero las situaciones no apropiadas para su edad habían sido otras.

En su autobiografía titulada *Pasión de juventud*, con edición póstuma en 1988, efectúa un relato morboso que le provocó “sensaciones eróticas de enorme intensidad”, al presenciar —con tan solo cuatro años— el acto sexual entre el ama de llaves y el cochero. Pero había más: tenía 13 años cuando descubrió a su madre teniendo sexo con uno de los preceptores mucho más joven que ella cuando su padre estaba ausente y bajo la complicidad de su abuela materna. Confesó que tenía impulsos de unirse a la pareja pero que, por otra parte, se horrorizaba. Esta situación se la contó a su progenitor que pensó en matar a tiros al intruso. Acto seguido —realmente parece una obra teatral— la madre se suicidó ingiriendo veneno, hecho que una de las esposas de Reich, Ilse Ollendorf, dice que, efectivamente, su infidencia había generado la muerte de la madre.

A todo esto, el padre que maltrataba tanto a su esposa como a él, trató de acabar con su vida sumergiéndose en agua helada pero sin el resultado esperado y falleció de tuberculosis cuatro años después. Los golpes que le propinaba su padre, según dirá, lo dejaron marcado para toda la vida.

Reich relata que tuvo su primera experiencia sexual, con su cocinera, a los 11 años de edad.

Reich nació el 24 de marzo de 1897 en Dobrzanica, Galizia, Imperio Austro-húngaro. Estudió medicina en Viena y también se interesó marcadamente por el marxismo. Como luego veremos, intentó el sincretismo entre esta última teoría política y el psicoanálisis. Su intervención en la Primera Guerra Mundial, conflicto de terribles combates, deben haber influido en ambas decisiones.

En 1922, Freud lo designa primer médico asistente de su reciente creación: el Policlínico Psicoanalítico. *Herr Professor* había expresado que era su discípulo más brillante. Ya en esa época comenzó a desarrollar sus ideas sobre una suerte de amor libre de la especie humana, porque no se llamaba así en esa época, que se acercaba ciertamente al instinto del chimpancé bonobo y, tal vez ello, le haya valido el título de “padre de la revolución sexual”. Sostenía que la persona sana disfruta del sexo sin traumas ni inhibiciones porque no le interesaba la charlanoterapia (¿sería una alusión al psicoanálisis?). Le otorgó importancia al movimiento coital de la cadera, según él involuntario, incontrolable y repetido, al que hoy se le da importancia para el orgasmo femenino. Sostenía que “la salud mental de una persona se puede medir por su potencial orgásmico” o que “la psique de una persona y su musculatura voluntaria son funcionalmente equivalentes”. En este último sentido instaba a sus pacientes a torcer el cuerpo, a estirarlo, con tanto esfuerzo que, en algunos pacientes, provocaba llanto o vómitos, y con ello se favorecía la energía vital, circunstancia extendida en Oriente (*chi* o *baraka*). Poco tiempo después desarrollará su teoría princeps que luego comentaremos.

Además de su importante acercamiento a Freud, que terminó en malos términos, también interesó con su teoría a Albert Einstein a quien entrevistó. Por su dedicación antropológica por la sexualidad humana se carteó (cinco veces en total) con Bronislaw Malinowski. Ya recibido de médico, en 1922, se formó durante

dos años en psiquiatría con Julius von Wagner-Jauregg (premio Nobel de Medicina en 1927 por sus estudios sobre las enzimas de la respiración) y con Paul Schilder. Fue en 1929 que conoció a Freud pero ya en 1920, antes de graduarse, había pertenecido al círculo psicoanalítico de Viena. Aunque ya había publicado artículos sobre medicina, en 1925 lo hace con su primer libro *El carácter compulsivo* y en 1927 da a luz la primera versión de *La función del orgasmo* que dedica a Freud.

La lectura de los trabajos de Malinowski lo llevaron a sostener que la cultura es un todo funcional (moral, religión, sexo, familia, etc.). Para Reich el pecado original de los católicos no es solo el miedo a sí mismo, es además y sobre todo el impulso erótico, un instinto más profundo que la personalidad o la comunidad. El hombre comienza a protegerse de sí mismo: “Pienso, soy neurótico”.

Expulsado de la Escuela Psicoanalítica por sus ideas avanzadas, en 1930 se trasladó a Berlín y se convirtió en un miembro activo del Partido Comunista. Quería a Freud y a Marx: sabía que el primero no sabía nada de teoría política y el segundo no tenía la menor idea de política psicológica. Su idea era la que mantendría siempre: guerra a la represión. Se deberían dejar liberados los “impulsos biológicos primarios”. Sus heroínas eran “esas cortesanas que se rebelan contra el yugo del matrimonio obligatorio y que insisten en su derecho a la autodeterminación sexual”. Insistía en liberar a las jóvenes de la autoridad o las “ideas parenterales”. Animó la práctica sexual de los adolescentes.

En 1931, fundó en Berlín la *Sexpol* (*Verlag für sexualpolitik*), un grupo en el seno del movimiento obrero con fines médicos ambulatorios pero que, en realidad, estaba destinado a la “liberación sexual del pueblo trabajador”, reprimido por el capitalismo. De esa época fueron sus obras *Análisis del carácter* (1933) y *Materialismo dialéctico y psicoanálisis* (1934), siempre en busca del sincretismo.

Representante de la izquierda freudiana, algunos consideran su pensamiento como antecesor del de Herbert Marcuse (1898-1979)

y algo parecido a Erich Fromm (1900-1980). A Pesar de que se lo consideró un loco, su figura en los años 60 del siglo pasado, fue rehabilitada por el movimiento estudiantil europeo. Para Reich la minusvalía de la energía libidinal originaba todo tipo de síntomas psíquicos o somáticos.

Es en Alemania cuando comienza con su teoría (que luego se convirtiera en dudosa realidad) del orgón, energía vital que nace en el organismo y en el orgasmo, de allí su nombre. Del orgasmo procede la energía vital, que es su fuerza motora, que es azul, medible y omnipresente. Pero no queda ahí: en 1940 construye el Primer Acumulador de Energía Orgónica que consiste en una caja de madera u otro elemento orgánico que reviste con otra caja de metal, que es el encargado de almacenar la energía que del exterior absorberá. En el caso del cáncer se acumulaban energías u orgones negativos. Creó el Instituto del Orgón, su editorial y el Organón, el hogar de los acumuladores. Cuando recibió su acusación de enfermedad mental, ya en Estados Unidos, se le secuestraron 300 de estos aparatos. En 1935 afirmaba que había descubierto el “bión”, una vesícula microscópica, a caballo entre “la sustancia viva y la sustancia no viva”.

El 13 de enero de 1941, Reich visitó a Einstein en Princeton, Nueva Jersey, hablaron durante cinco horas y el sabio le dio su palabra de que probaría el orgón. Einstein fue escéptico porque comprobó que su temperatura era la propia de su laboratorio. Reich le comunicó por medio de una carta de 25 páginas que creía que a “la convección desde el techo” se le unirían los “gérmenes del aire” y el “movimiento browniano” que desarticulaba el estudio. Einstein no creyó en absoluto en él. En 1953, Reich publicó *El asunto con Einstein*, posiblemente sin su permiso.

Pero todavía fue más lejos: sus explicaciones sobre el orgón, con adeptos todavía en la actualidad, llegaron a que cultivara agua oceánica en embrión de huevo, donde veía desarrollar vesículas amarillas junto con el color azulado del mar que, incluso, la ener-

gía que se producía ennegreció su piel por debajo de la ropa. Incluso, comentó, que expandió esa energía sobre cultivos en zonas desérticas y obtuvo crecimiento de vegetales por arriba de los 30 cm. de altura. A esta altura de los acontecimientos en el mundo científico se lo veía frente a un cuadro delirante.

Desarrolló también lo que llamó Vegetoterapia Caracteroanalítica, para liberar las tensiones que consideraba eran producto de impulsos sexuales y emociones reprimidas, generadas por cada individuo para cubrirse del mundo exterior. El cuerpo, según su teoría, estaba dividido en siete sectores donde la energía se acumulaba y se almacenaba. Los masajes y los ejercicios la eliminaban. Allí estarían —como elemento necesario para el tratamiento de sus pacientes— los 300 acumuladores que la FDA norteamericana secuestró en 1947 y que no guardaban nada de energía. Reich fue acusado de estafador.

Lo habíamos dejado en Alemania. Cuando publicó *Psicología de las masas del fascismo*, en 1933, abandonó ese país con el agravante de que su hija Anna había sido detenida por la Gestapo (no olvidemos que era judío). Expulsado de Copenhague (Dinamarca) y Oslo (Noruega) por presión del gobierno nazi, en 1939 llega a los Estados Unidos que es donde sucede un final inesperado. Había huido de la Gestapo pero debió afrontar la Caza de Brujas de Mc Carthy en ese país —no olvidemos su relación con el marxismo— donde se le diagnostica esquizofrenia progresiva y, el 23 de octubre de 1956, sus manuscritos son incinerados en el horno *ad hoc* de Gansevoort de Nueva York. Falleció en la cárcel de una crisis cardíaca un año después: el 3 de noviembre de 1957 en Lewisburg, Pensilvania.

Su obra fue muy extensa e importante, sobre todo, cuando no se ocupó tan intensamente del Orgón. Muchas obras se editaron después de su muerte, como ya hemos mencionado, tal como *El asesinato de Cristo* (1960), *La función del orgasmo* (1942), donde no deja de lado a la energía vital y, en el primer capítulo, desarrolla

todos los estudios y seminarios que realizó en Viena entre 1919 y 1922, es decir, antes de encontrarse con Freud.

En 1939, publica la 2ª edición aumentada de *Madurez sexual, continencia, moral conyugal*, con otro título: *La sexualidad en el combate cultural*. En 1945, una nueva edición de esta última obra tiene el rótulo a ocuparse con cierta extensión del problema de la sexualidad humana y consideramos que es la que más lo acerca al tema que nos afecta.

En 1949, en la 4ª edición de *La revolución sexual*¹ se lamentaba de que lo expulsaban de las organizaciones porque defendía “los derechos de los niños y de los adolescentes al amor natural”. En ese mismo año, señalaba que en Estados Unidos estaba librando la batalla enconada y difícil para el reconocimiento de la revolución biológica que afecta a la humanidad desde hace algunos decenios.

Hacía ya unos años que Estados Unidos le había brindado su acogida y en ese libro editado en marzo de 1949, en Forest Hill, Nueva York, así se expresaba: “El movimiento para la higiene mental en los Estados Unidos está ya en la conciencia del público. Se admite hoy aquí *que el futuro de la humanidad depende de la solución que se dé al problema de la estructura del carácter del individuo*. Durante los últimos años en particular, el concepto de autorregulación ha tomado amplios vuelos en la educación de los niños y empieza a tener resonancia en las masas. Es verdad que aquí, como en todas partes, hay hipócritas sexuales en las altas esferas, funcionarios del gobierno que se enfurecen cuando oyen hablar de autodirección. Estos son los políticos de la peor especie entre los hambrientos del poder. Pero ya no se ponen en duda el avance del movimiento de higiene mental y la *afirmación* de la sexualidad biológica natural de niños y adolescentes. Este movimiento ya no puede ser detenido. A la ideología negadora de vida se enfrenta la que afirma la vida.

No digo que se haya alcanzado la victoria; habrá todavía virulencia en las décadas venideras. Lo que digo es que la afirmación

fundamental de la vida de amor *natural* está en alza y no puede ser detenida a pesar de los muchos y peligrosos enemigos de la vida. Salvo error por mi parte, los Estados Unidos son el único país en que 'la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad' (*life, liberty and pursuit of happiness*) son elementos básicos de la constitución. Yo aseguro al lector que me doy perfecta cuenta de que existen corrientes reaccionarias en los Estados Unidos. Pero aquí, como en ninguna parte del mundo, es posible tomar partido por la búsqueda de la felicidad y los derechos de la vida. El libro de Alexander Neill, *The Problem Family*, que postula el principio de la economía sexual en la educación, se vendió por miles de ejemplares inmediatamente después de su publicación. Mi libro *La revolución sexual* ha recibido también muy buena acogida. En los Estados Unidos hay organizaciones influyentes y reconocidas de padres y profesores que defienden el principio de autodirección y también el de la economía sexual en la educación del niño. En las universidades, se tratan los temas sexuales en los cursos sobre los principios de la vida. Aquí o allí surge la duda, el silencio e incluso la hostilidad; pero la higiene sexual es ya una conquista de masas".

Es interesante analizar los prólogos de las diferentes ediciones porque se expone sobre problemas del momento, como hemos podido ver sobre su análisis de Estados Unidos en 1949, que luego le diera la espalda.

En 1944, en el prólogo de la 3ª edición, realiza una importante defensa de la Unión Soviética y resalta la sustitución de la familia patriarcal autoritaria por una forma natural de conjunción entre hombre y mujer. Se puede considerar un prólogo panfletario.

En la 2ª edición, en 1936, como no podría ser de otra manera, vislumbra una próxima guerra mundial cuando Italia ha invadido Abisinia. Relaciona los trastornos psíquicos con las alteraciones que sufren los dictadores.

En la sociedad autoritaria, la manera de pensar de la mayoría de la gente corresponde a los intereses de los jefes políticos y económicos.

No hay prólogo —o por lo menos no se encuentra— en la primera edición de *La revolución sexual*.

La cuarta edición tiene una primera parte que titula “*El fiasco del moralismo sexual*”. Los siete capítulos que le corresponden son dignos de mencionarlos y hacer un breve resumen de los hechos más salientes porque revelan un pensamiento más coherente de un Reich sexólogo.

El primero de ellos, lo tituló “Fundamentos clínicos de la economía sexual”, donde se refiere, sobre todo, al carácter neurótico que se inicia con problemas ocurridos en la niñez que, según Reich, se configuran entre los cuatro y los cinco años y agrega un buen tratamiento “libera las energías vegetativas de su fijación a la coraza”.

Algunos párrafos del relato generan cierta confusión cuando se refiere al amor libre. “Los individuos que consiguen la capacidad orgástica, se inclinan por las relaciones monógamas mucho más que aquellos cuyo desahogo natural está frenado. Sin embargo, la actitud monógama de los primeros no se basa en la inhibición de los impulsos polígamos o sobre consideraciones de tipo moral, sino sobre todos los principios de economía sexual que abogan por la repetición de deseo siempre fascinante de experimentar un intenso placer con la misma persona”.

No omita la crítica a Hitler y al nazismo. Y en esa primera parte destaca permanentemente lo que llama “economía sexual” y considera que los jóvenes sienten (¡en esos años!) como una desgracia ser todavía vírgenes a “la edad de dieciocho, veinte o veintidós años” y pronostica que dentro de algún tiempo, será algo normal que una mujer soltera, de quince o dieciséis años, tenga relaciones sexuales.

El capítulo dos lo denomina “El fracaso de la reforma sexual”, donde “propone eliminar las condiciones de la sexualidad que, en última instancia, brotan de hechos económicos y se manifiestan trastornos psíquicos en los miembros de la sociedad”. Es un mani-

fiesto marxista y dice que, en Alemania, por aborto y entre 1920 y 1932 murieron 2.000 mujeres por año y ocurrieron 75.000 infecciones graves en las mismas circunstancias. Evidente defensor del aborto reglamentado, todo el capítulo lo dedica al tema.

“La institución del matrimonio autoritario como fuente de contradicciones en la vida sexual”, es el título del tercero. Habla de la castidad extraconyugal de la mujer y el autoritarismo del hombre pero resalta la estricta fidelidad conyugal de la primera a partir de esa característica varonil. Denomina a la familia como “la fábrica de ideología autoritaria”. No omite una crítica a la Iglesia por la monogamia de la mujer, con evidencia tácita que no la admite en el hombre.

El capítulo cuarto, que nombra como “La influencia sexual conservadora”, vuelve a mostrar su matiz marxista al referirse a la represión sexual de la sociedad autoritaria. Aboga por la libre sexualidad del adolescente y critica a un tal profesor Gruber que dice que la absorción del semen es una fuente proteica y que, cuando disminuye su cantidad, se atrofian los testículos. Destaca la labor del “humanista y socialista liberal de Magnus Hirschfeld” que propone una Reforma Sexual que esté emparentada con el amor libre tanto para el hombre como la mujer. Propone la liberación de la Iglesia y del Estado y la educación sexual para el niño.

En “La familia autoritaria como aparato de educación”, que corresponde al capítulo quinto, y tal como su nombre lo indica, fustiga a las prohibiciones de la familia patriarcal, en especial, sobre la masturbación.

El sexto capítulo, que titula “El problema de la pubertad”, reitera la práctica de la masturbación pero la relaciona con el sentimiento de culpa que surge de algunas religiones.

Arribamos finalmente al capítulo séptimo, el último de la primera parte que denomina “El matrimonio coercitivo y las relaciones sexuales duraderas” que destaca algo que sexólogos de este siglo XXI, como Regina Navarro Lins² ha citado: “en toda

relación sexual —tarde o temprano, con mucha o poca frecuencia— aparecen períodos de débil atracción sensual, o incluso de indiferencia”. Esa es también la opinión de Reich quien da cuenta que los estímulos a menudo aparecen del exterior como demuestra el aumento proporcional de los divorcios que, entre 1915 y 1925, se incrementaron en el centro de Europa de uno de cada 20 matrimonios a uno de cada cinco.

La segunda parte de *La revolución sexual*, que denomina *La lucha por la nueva forma de vida en la Unión Soviética*, está dedicada a resaltar la política marxista, la abolición de la familia, la revolución sexual, el amortiguamiento de la revolución sexual, la liberación del control de la natalidad y de la homosexualidad, las comunas juveniles, la sexualidad infantil y sus problemas, etc., que no abordaremos porque no corresponde en esta obra.

Así era Wilhlem Reich, ¿tenía el genio del perturbado mental? Su obra, toda su obra, ocasionó una gran humarada y fue el más pintoresco de todos los sexólogos.

Bibliografía

1. Reich W, *La revolución sexual para una estructura de carácter autónomo del hombre*, México, Planeta, 1985.
2. Navarro Lins R, *La cama reb/velada. Pasado, presente y futuro del sexo y del amor*, Buenos Aires, Del nuevo extremo, 2005.

CAPÍTULO XIII

Otto Weininger

No resultaría de ninguna manera novedoso señalar que el grupo de intelectuales que habitaba en forma permanente u ocasional por la Viena de principios del siglo XX, hasta la irrupción del nazismo, conformaba una élite. Nos referimos —y es nuestra intención— a médicos, psiquiatras, sociólogos, etc., algunos con importantes rasgos de extravagancia. Y uno de ellos, dotado de una gran inteligencia y capacidad de trabajo fue Otto Weininger.

Comenzaremos transcribiendo, como lógica presentación, de la Cátedra Ferrater Mora las palabras sobre su obra: “Weininger recibió, entre otras, la influencia de Kant y Nietzsche. Weininger se dio a conocer sobre todo por su libro sobre el sexo y el carácter, en el cual presentó, al hilo de una interpretación de datos fisiológicos y psicológicos, una metafísica de los sexos. La inferioridad femenina no es, según Weininger, el resultado accidental de la evolución de la cultura, sino el resultado de una polaridad esencial en la cual lo femenino representa la pasividad y la contingencia de lo masculino. Ello no significa, empero, que solo el varón represente el polo positivo y solo la hembra el negativo; lo masculino y lo femenino son categorías últimas que pueden aplicarse a toda la realidad. Las consideraciones sobre Weininger sobre el sexo y el carácter, lo llevaron, además, a una filosofía pesimista de la cultura (cuando menos de la cultura actual), así como a un intento de superación de las dificultades de la civilización mediante una acentuación de lo genial”¹. Resta aclarar que su suicidio a los 23 años y con toda la obra y la cultura que lo acompañaban dan cuenta evidente que la adolescencia, hace poco más de un siglo, terminaba a edades mucho más tempranas.

Hijo de Leopold Weininger y de Adelheid, familia de religión judía —luego aclararemos por qué lo destacamos—, Otto nació el 3 de abril de 1880, en Viena, en ese momento parte del Imperio Austro-húngaro. En 1898, finalizó sus estudios secundarios y ese mismo año, en octubre, ingresó en la Universidad de Viena para estudiar filosofía y psicología, pero a sus 18 años esas dos disciplinas le parecían poco y siguió cursos de ciencias naturales y de matemática. En el ínterin no descuidaba los idiomas: griego, latín, francés e inglés; más tarde agregaría español e italiano y ya tenía conocimientos de sueco y de danés. Habíamos advertido de su capacidad de trabajo pero también de su inteligencia.

En 1901, consecuente con sus estudios, presenta su tesis *Geschlecht und Charakter (Sexo y carácter)*, en un primer momento titulada *Eros y Psique*, que presenta a los profesores Friedrich Jodl y Laurenz Müllner que es aceptada al año siguiente, fecha en que se entrevista con Sigmund Freud que no le propone una recomendación para su publicación.

Weininger no se amilana, le añade tres capítulos más: XII, “La naturaleza de la mujer y su significación en el universo”; XIII, “El judaísmo” y XIV, “La mujer y la humanidad”, y el libro *Sexo y carácter* es editado. La obra es bien aceptada pero el recibimiento no es el que esperaba su autor. Paul Moebius, que pasará sin pena ni gloria, autor de *La deficiencia fisiológica de la mujer*, lo ataca duramente. No obstante, el vienés Ludwig Wittgenstein (1889-1951), años después, alaba la obra aunque discrepa en algunos aspectos de esta.

Ya en esa época Weininger se había convertido al protestantismo y, curiosamente, su capítulo sobre el judaísmo era de una dureza absoluta. Entre otros conceptos dice: “Los judíos parecen tener cierto parentesco antropológico con las dos razas mencionadas, los negros y los mongoles. Recuerdan a los negros por el pelo ensortijado, y a los mongoles por la forma del esqueleto facial de tipo chino o malayo, así por la coloración amarillenta de la piel”. Es de lo más extraño ya que él era judío. Omitamos la idea de

“raza”, en la actualidad perimida. La diatriba antisemita es insistente: después de unas consideraciones que no me atrevo a repetir, sostenía que los arios no eran antisemitas (felizmente para él no llegó a conocer que pasó tres décadas más tarde), y afirmaba: “El socialismo es ario (Owen, Carlyle, Ruskin, Fichte), el comunismo judío (Marx)”. Como veremos estas ideas no quedaron como una oscura idea irracional. Se cree que Adolfo Hitler basó su libro *Mein Kampf* —aunque podría haber sido Rudolf Hess quien lo tipeaba— teniendo como importante mentor a Weininger. Fue en realidad un verdadero *Biedermann* (en referencia a Gottlieb Biedermaier), a quienes “se los consideraba (y todavía se los considera) como un factor que habilitó la llegada de Hitler al poder”². No obstante este dislate de Weininger se lo considera un precoz e importante pensador y autor de una obra que es un fiel disparador de una personalidad extraña, tal como lo fue para la filosofía contemporánea. Compuso un trabajo que lo pintó misógino y, desde ya, antisemita.

Poco tiempo después de su muerte uno de sus amigos, E. Lucka³ lo describe de esta manera: “Creo que jamás lo poseyó un sentimiento dichoso ni conoció el puro y apacible abandono natural y él advertía perfectamente tal incapacidad suya para la ventura. Con frecuencia me sorprendió cómo le atormentaban, sin tregua, sus propias teorías... Había experimentado en alto grado la necesidad de amar irreflexivamente, pero tenía demasiada lealtad hacia sí mismo como para no perseguir en su alma, con análisis despiadado, los últimos motivos, descomponer su sentimiento en sus orígenes y juzgarlo éticamente. Weininger no era de los que predicaban moral y construyen teorías pero viven ajenos a ellas. Cada principio considerado por él como verdadero, cada postulado establecido, se lo imponía, ante todo, a sí mismo. Consiguió vivir su filosofía, y, cuando se vio impotente para ello, se quitó voluntariamente la vida”.

Esa filosofía que había emprendido con pasión comenzó con el positivismo, sobre todo con una faceta especial: el empiriocriticis-

mo. Con jóvenes de su edad se reunía para leer y comentar la *Crítica de la experiencia pura* de Avenarius. Pero duró poco en la corta edad de Weininger, porque pronto viró hacia las ideas kantianas con profundización de lo metafísico. En su obra no se desestima la biología y la antropología.

Casi dos décadas después otro de su grupo, su amigo Artur Gerber lo describe así en *Ecce Homo*, prefacio de *Taschenbuch und Briefe an einen Freund* (Viena, 1922): “Nadie que alguna vez haya visto su rostro podría olvidarlo. La gran cúpula de su frente lo marcó. La cara era peculiar por causa de sus grandes ojos; su mirada parecía abarcar todo. A pesar de su juventud su rostro no mostraba hermosura, no era agraciado. Nunca se lo vio reír o sonreír. Solo se lo veía relajado al aire libre en primavera donde se podía convertir en un ser alegre y brillante. Así se lo podrá hallar en algunos conciertos. En los momentos que pasamos juntos o sobre todo cuando exponía una idea que le interesaba, sus ojos reflejaban felicidad. De lo contrario, su rostro era impenetrable. Era difícil conocer que pasaba en lo profundo de su alma. Tenso en sus músculos faciales, contraída su expresión, mostraban un dolor insoportable. Le pregunté la causa, el problema de ellos y la respuesta era con evasivas o con ideas vagas.

Sus modales ocasionalmente podrían provocar sorpresa, a menudo una sonrisa pero poco le preocupaban las traiciones y prejuicios.

Su personalidad parecía más consolidada por las noches. Su cuerpo parecía acceder y había algo de fantasmal en su figura...”.

Puede ser que su extrema juventud haya influido en un pensamiento errado con respecto al sexo y a la mujer, como luego veremos en el análisis de su libro, lo mismo podemos pensar que lo hayan hecho las ideas reinantes en esa zona de Europa con respecto a su antisemitismo, pero no podemos dejar de sostener que Weininger se había metido en aguas profundas al cuestionar ideas religiosas de dos mil años de antigüedad. Tenía solamente 20 años

y la revolución sexual estaba en marcha. *Sexo y carácter* aportaría una pequeña parte: haría meditar.

Sexo y carácter aparece en mayo de 1903 y ese mismo año, en noviembre, ve la luz la segunda edición. En 1904, cuando Weininger ya no existía, tienen lugar cuatro ediciones más y exactamente dos décadas después, en 1923, llegan a 25, sin contar las traducciones a seis o siete idiomas.

Weininger había desistido de su éxito, tal vez no lo hubiera imaginado y algunos suponen que cierta decepción inicial lo compulsó a tomar la extrema decisión.

La obra, en su primera edición, que publicó la editorial Losada en Buenos Aires, en enero de 2004, traducida por Felipe Jiménez de Asúa y que lleva el comentario de Francisco Romero, quien inicia su *Noticia sobre el autor* con estas palabras: “Filósofo precoz y suicida, Weininger ha sido y seguirá siendo motivo de interés para quienes unen al gusto por la filosofía la apasionada curiosidad por el hombre y por el drama de su existencia. Producto principal de su extraordinaria mente de pensador, y al mismo tiempo algo así como doloroso testimonio o documento de su propia vida, este libro constituye uno de los más extraordinarios ‘casos’ de la filosofía contemporánea. El lector difícilmente podrá separar los dos incentivos, el que deriva de la doctrina riquísima y profunda (piénsese lo que piense de algunas de sus tesis capitales), y el que proviene de su vida conturbada y voluntariamente rota en plena juventud, si tiene presente que todos estos pensamientos se concibieron alrededor de los veinte años, y que el filósofo cayó acaso víctima de su propio libro, como en algún lugar del mismo sugiere”.

Testimonio que da pábulo a las opiniones que hemos vertido oportunamente.

Weininger, dividió los 14 capítulos de *Sexo y carácter* en dos partes: la primera, que denomina preparatoria, sobre “la diversidad sexual”; la segunda, que llama principal donde trata sobre “los

tipos sexuales”. Ya en una breve introducción, haciendo una analogía con los animales, adelanta una idea que desarrollará en esa primera parte que podríamos llamar “biológica” y así dice: “En base a las analogías dictadas, estamos obligados a admitir que es muy improbable que la naturaleza haya establecido un límite neto entre todo lo masculino, de una parte, y todo lo femenino, de otra, y que un ser vivo pueda ser fácilmente definido a este respecto colocándolo a un lado o a otro de la línea divisoria. La gramática no es tan severa en ningún caso”.

El primer capítulo lleva por título “Machos y hembras”. En su inicio insiste en caracteres masculinos en la mujer (vello fino, habitualmente incoloro, sobre el labio superior que remeda al bigote) y los femeninos en el hombre (corpúsculos que rodean a la mamila). Después define los estados intersexuales, insistiendo en que “el macho y la hembra son algo así como dos sustancias que se mezclan en diferentes proporciones. Determina entonces seres varoniles y seres femeniles. Todo ocurre en 1900 y, sin definir criterios, dice “el afán por la estadística, característico de nuestra época industrial, y que la diferencia de los precedentes se ha despertado...”.

Más curioso resulta el título del capítulo segundo: “Arrenoplasma y teliplasma”. El afán de lectura de este casi adolescente nos muestra que abrevó hasta en los trabajos de Havelock Ellis aunque sus argumentos en cuanto a los conocimientos biológicos (nos referimos a los celulares), que estaban en pañales sin el microscopio electrónico, todavía son precarios en ese momento. De allí que determinamos errores conceptuales.

“La ley de la atracción sexual” es el título del tercer capítulo y, como su nombre lo indica habla de esa condición entre los seres vivos sexualmente diferenciados. Conforme a sus ideas originales “el hombre y la mujer son tipos que en la realidad nunca están representados en forma de pureza, de modo que jamás podemos decir que por la atracción sexual un ser estrictamente masculino y

un ser estrictamente femenino tratan de aproximarse”. A partir de ese concepto y pasando por Darwin y por una serie de fórmulas donde se mezclan las calificaciones de hembra como H y macho, lógicamente, como M, se suscitan leyes que tratan de confirmar esas primeras afirmaciones. Las leyes que surgen de sus estudios se mezclan con vegetales y otras especies animales en una forma de confirmación.

Evidencian que tenía amplios conocimientos de biología.

El cuarto capítulo entra ya en temas polémicos, en la época en que se desarrolla: “Homosexualidad y pederastia”. No podía faltar en sus descripciones el hecho que animales de un mismo sexo —vacunos son los que menciona Weininger—, como los toros, practican una especie de homosexualidad (por lo menos los afrontes) sin penetración.

En otro pasaje del capítulo expresa: “La tendencia hacia la homosexualidad, aunque sea muy débil, que existe en todos los seres humanos y que corresponde al mayor o menor desarrollo de los caracteres del otro sexo, se demuestra claramente por el hecho de que en los años anteriores a la pubertad, todavía domina una relativa indiferenciación y la secreción interna de las glándulas genitales no ha conducido aún al organismo hacia la unilateralidad sexual, tienen lugar esas ‘cálidas amistades de juventud’ que nunca carecen completamente de un sentido sexual, tanto en los individuos masculinos como en los femeninos”.⁴

¿No se podrá confundir afecto/compañerismo con atracción sexual? ¿Qué diría el lóbulo frontal del cerebro? Pero Weininger es categórico: “Ninguna amistad entre los hombres está totalmente desprovista de un elemento de sexualidad por muy penoso que esto resulte al pensamiento y aunque parezca contrario a la idea de amistad”.

El libro continúa con un capítulo, el quinto, que denomina “Caracterología y morfología” donde vuelca los mismos conceptos de la homosexualidad masculina sobre aspectos del carácter y la

psicología: “los hombres afeminados tienen imperiosa necesidad de casarse”, “están orgullosos de sus físicos”, “son muy pulcros...”. Además el autor no carece de lecturas que van desde Hume y Mach hasta Currier, St. Hilaire y Darwin, justificando las palabras con las que comenzamos el capítulo: Weininger en los diccionarios de filosofía.

El capítulo VI, “Las mujeres emancipadas”, se refiere a un puñado de ellas que tuvieron autoridad y descollaron. Hace alguna referencia al lesbianismo y sobre todo a esa mujer emancipada, dura, casi varonil. Creemos que arriesgó un comentario que tal vez nunca se haya comprobado, al decir: “La escritora Daniela Stern fue la amante de Franz Liszt, cuya vida y obra tienen en sí un poco de femenino, y su amistad con Wagner, quien tampoco era completamente masculino y quizás algo pederasta, tenía tanto carácter homosexual como la cálida admiración que el rey Luis II de Baviera sentía por aquél último”. Llama la atención el gran respeto, ambivalencia de opinión extraña en una época en que la homosexualidad no era bien vista, que tenía Weininger sobre Wagner. Se ocupa también de la intencionalidad de la mujer escritora que adopta un seudónimo masculino y pone el ejemplo de George Sand. Así también señala el antecedente histórico del movimiento feminista tan ventilado en la actualidad, expresando: “Como cualquier otro movimiento de la historia, el feminista estaba también convencido de que era la primera vez que se planteaba, que era nuevo, que jamás había existido; y sus defensoras mantenían que la mujer había languidecido hasta entonces en las tinieblas, sujeta por cadenas, mientras que ahora comenzaba a comprender y a exigir sus derechos naturales. Pero, como para todos los movimientos de la historia, también es posible descubrir para este amplios antecedentes. El problema feminista fue también planteado en la Antigüedad y en el Medievo, no solo desde el punto de vista social, sino también a favor de la emancipación espiritual, a la cual contribuyeron tanto las mujeres intelectuales

con sus trabajos, como los entusiastas panegiristas de ambos sexos con sus disquisiciones teóricas”.

Finalmente, abordamos la segunda parte de la obra que el autor califica como “principal”, la denomina “Los tipos sexuales”.

El primer capítulo se identifica como “El hombre y la mujer”.

Casi podríamos señalar, como Weininger lo confiesa al final del capítulo, que tiene una intención introductoria sobre el resto de los siguientes capítulos. No obstante, lo inicia con fundamentos biológicos sobre la división, que no acepta que sea definitiva, entre uno y otro sexo.

“Sexualidad masculina y femenina” es la presentación del segundo capítulo que lleva como acápite una frase de Kant: “La mujer no traiciona sus secretos”, a la que correspondería la machista de habla hispana: “el hombre habla de lo que no hace y la mujer no habla de lo que hace”.

En el esboza algo que reiterará en los capítulos siguientes: “La psicología de los sexos estará siempre escondida detrás de la psicología de la mujer”, que ha sido escrita exclusivamente por los hombres: En otro momento adelanta ideas que luego declarará contundentemente: “La mujer no es otra cosa que sexualidad; el hombre es sexual, pero también algo más...”. Todo lo demás que sigue en este capítulo, en el mismo tono, debemos omitirlo, naturalmente, porque cometeríamos el pecado de ocuparnos de la sexología y no de los sexólogos.

El capítulo tres lleva como título “Conciencia masculina y femenina” y analiza la vida psíquica de uno y de otro sexo. En ningún momento de su discurso, Weininger se muestra rijoso. Expresa y discute con seriedad y altura y, tal vez, eso haya sido parte del éxito de su somera obra.

”Talento y genialidad”, el cuarto capítulo de esta segunda parte, es una página donde prácticamente deja de lado los conceptos sobre sexo y se dedica a una profunda investigación filosófica sobre ambos ítems. Algo similar ocurre con el quinto capítulo, “Talento

y memoria”, analiza ambas cualidades, señala que Alemania carece —por primera vez en siglo y medio— de grandes artistas y grandes pensadores y, en fin, todo ese desarrollo lo dedica al talento, del que se había ocupado, ahora aunado a la memoria. Un pequeño relato del capítulo nos da pábulo para demostrar el porqué de haber sido considerado en la obra de Ferrater Mora con que iniciamos el capítulo. Weininger había pasado del judaísmo al protestantismo y hacía estas lucubraciones llenas de dudas: “Actualmente, la necesidad de la inmortalidad es considerada de modo muy mezquino y hasta en forma despectiva. El problema que de ella deriva no solo es tratado de una forma simplemente ontológica, sino que también, desde el punto de vista psicológico, es considerado como una afrenta. Se ha pretendido relacionarlo con la creencia en la trasmigración de las almas, la cual explicaría que, en muchas situaciones que seguramente se han presentado por primera vez, el hombre tenga la sensación de que ya las vivió en otro momento. Otro concepto, hoy generalmente aceptado, que hace derivar del culto de las almas la creencia en la inmortalidad, y que hubiera sido rechazado *a priori* en otras épocas que no fueran las de la psicología experimental, se encuentra en Tylor, Spencer y Avenarius. Estoy seguro que de la mayoría de los hombres pensantes no podrán admitir que una creencia que tanta importancia tiene para la humanidad, y que ha sido tan discutida, constituya simplemente el último término de un silogismo cuya premisa sea la aparición de un muerto en el suelo. Y me pregunto ahora: ¿Qué fenómenos querían aclarar un Goethe o un Bach con su creencia en la continuidad de sus vidas después de la muerte, y qué ‘seudo-problema’ puede referirse a la necesidad de inmortalidad de que nos hablan las últimas sonatas y los cuartetos de Beethoven? El deseo de la persistencia personal debe nacer de fuentes más potentes que las de las conjeturas racionalistas”.

Llama la atención que un hombre tan joven haya emprendido una búsqueda tan intensa sobre la existencia y la trascendencia.

Nos da letra para sostener que la idea irracional de la religión trata de encontrarle un sentido a la vida. Y este es, quizá, un capítulo extenso y elaborado de *Sexo y carácter*.

Los dos capítulos siguientes, el sexto y el séptimo, “Memoria, lógica, ética” y “Lógica, ética y yo”, están en la misma tónica y en ellos no omite mencionar a Brentano, Heymans, Mach, Simmel, Hume, Kant, entre muchos otros, demostrando que lecturas no le faltaban.

En el capítulo octavo, “El problema del Yo y la genialidad”, muestra como Empédocles y Plotino lo transportan al mundo antiguo, Pico Della Mirandola al latín pero retorna a Kant.

También extenso es el noveno capítulo donde retoma su tema principal: “Psicología masculina y femenina”. La dureza con que trata al sexo femenino tiene alta intensidad: “En un ser, como la mujer, que carece de fenómenos lógicos y éticos, falta también la razón para atribuirle un alma”. En otras líneas expresa: “La mujer absoluta no tiene Yo”.

Se atribuyó el precoz suicidio de Weininger al posterior —a la publicación del libro— enamoramiento de una mujer que tiraba por tierra todas sus teorías y las posteriores que comentaremos.

Pero sigue: “Las mujeres carecen de verdadero interés por la ciencia, aun cuando intenten convencer de lo contrario...”.

En el capítulo décimo es donde las trata más duramente, aunque en el décimo segundo vuelva con la misma temática, y lo titula “Maternidad y prostitución”. Algunos autores que lo han analizado simplifican diciendo que Weininger considera que la mujer tiene un 50 % de madre y un 50 % de prostituta, tal vez de su lectura surja que no sea tan categórico, pero la sutileza no deja de estar presente. En cierto modo así lo especifica: “Las sensaciones del coito, por principio, no son diferentes de las que la mujer ya conoce, si bien están intensificadas en grado máximo; todo su ser manifiesta en el coito con suma potencia. Pero también aquí se acusan extraordinarias diferencias entre la madre y la prostituta.

La conducta de la madre es de aceptación, mientras que la ramera siente y apura el placer hasta lo último”.

¿Cuál había sido la experiencia sexual de un hombre tan joven? ¿Cuáles habrán sido sus referencias? ¿Voló su pensamiento? Nunca podremos saberlo.

En el capítulo undécimo, “Erótica y estética” analiza la “belleza” femenina que colocamos entre comillas porque, siguiendo a Schopenhauer la desestima e, incluso, lo hace también con la descripción de sus genitales.

“La naturaleza de la mujer y su significación en el universo” es el título del capítulo duodécimo que, también extenso, es similar al que dedica a la maternidad y la prostitución.

En el décimo tercero, emprende su ataque al judaísmo y lo hemos analizado al inicio del capítulo.

El último y decimocuarto capítulo, “Las mujeres y la humanidad”, aporta indicios sobre resquemores del autor con respecto a la emancipación de la mujer.

Quizá sea necesario hacer un pequeño descargo sobre lo que pensaba Weininger sobre la falta de alma (“los judíos no tienen alma”), porque en un momento dice una frase que resulta enigmática pero es digna de destacarla: “Pero como el alma humana es el microcosmos, y los individuos superiores son aquellos que viven enteramente con el alma, es decir, que en ellos vive el mundo entero...”. ¿Se refería al mundo interior?

Luego de publicar su libro viaja a Italia. El 3 de octubre, ahora en Viena, se instala en una habitación del 15 de *Schwarzspanierstrabe*, donde había muerto Ludwig van Beethoven, escribe una carta dirigida a su padre y otra a su hermano Richards, avisándoles que se iba a pegar un tiro y lo hace. El 4 de octubre es trasladado al Hospital General de Viena en estado crítico, donde muere.

Fue enterrado en el Cementerio Protestante *Matzleindorf* donde todavía se puede leer su lápida.

Un año antes, en 1902, gran melómano, había ido a Bayreuth

a escuchar a Richard Wagner en Parsifal. Se lo veía deprimido y discutía con su amigo Artur Gerber pero decía que no era el momento para matarse.

La primera edición de *Sexo y carácter* había aparecido, curiosamente, el 4 de octubre de 1903.

Bibliografía

1. Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía (Q-Z)*, Barcelona, Ariel, 1994.
2. Sauerbey A, “La nueva cara del racismo”, *Ñ. Clarín*, Buenos Aires, pp. 11, 16 de enero de 2016.
3. Lucka E, *Weininger Otto. Sein Werk uns Seine Persoenlichkeit*, Braumueller, Wien und Leipzig, 1905.
4. Weininger O, *Sexo y carácter*, Buenos Aires, Losada, 2004.

CAPÍTULO XIV

Havelock Ellis

Con una vida sexual muy particular, que tal vez haya sido el detonante para que después de su graduación de médico se haya dedicado a la sexología, pero que no nos atañe y solamente rozaremos muy superficialmente, fue Havelock Ellis quien le otorgó a esos estudios —piénsese en la época— un cariz más científico. Dice Ernesto Montenegro¹: “Este analista científico del amor nació en 1860 en St. John’s Grove, un delicioso pueblecito de Surrey que en el curso del tiempo sería tragado por la confederación de pueblos que se llama Londres. Su padre era un capitán de la marina mercante, un inglés típico, aun cuando el propio Havelock Ellis sostenga con buenas razones que el tipo representativo de la idiosincrasia inglesa era el *yeoman*, el campesino ahora independizado de las servidumbres medievales. El capitán Ellis llevaba el nombre de la familia Peppen, según su hijo una variante del apelativo Pepino que lo emparentaría con la monarquía franco-celta de Carlomagno. Por otro lado el físico de Havelock era del género *prognatus* y denunciaba una ascendencia mediterránea que le ganó en los años de colegio el apodo de macaco (*baboon*). Fue el único varón de una familia de cuatro hermanos, y dos de sus hermanas alcanzaron tan larga vida como él. Su educación fue irregular, y solo al llegar la madurez pudo hacer estudios universitarios regulares hasta graduarse en la escuela de medicina”.

Debemos rectificar a Montenegro puesto que el nacimiento de Ellis ocurrió el 2 de febrero de 1859, es decir un año antes, y fue en Croydon. Su padre se llamaba Edward Peppen Ellis y su madre Susannah Maria Wheatley. Ambos provenían de una línea

de pastores protestantes cuyas ideas marcaron fuertemente a Havelock en sus primeros años de vida.

Pero no ha sido mencionado solamente como sexólogo sino, especificando, como psicólogo sexual y también escritor. En este último caso, Montenegro considera su libro *The Dance of Life* (1923) como “la Biblia del naturalismo como expresión de arte”, como también señalarlo “un pensador revolucionario a la manera de Rousseau y un moralista del tipo de Walt Whitman”. Incluso lo adosa a pensadores/escritores de la categoría de Flaubert, Bertrand Russell, Proust y D.H. Lawrence.

La profesión de su padre, capitán de un barco, puede haber sido un elemento útil para alejarlo de una progenitora muy religiosa y de las ideas que imperaban en la Inglaterra victoriana, época que tuvo lugar entre 1837 y 1901, bajo el mandato —como es fácil de suponer— de la reina Victoria (1819-1901) cuando el país se expande, aumenta su población de 8,9 a 36,1 millones de habitantes, pero se instala con fuerza el predominio del hombre sobre la mujer recluida en las tareas del hogar, es decir el matrimonio asimétrico². Esa fue la época que le tocó vivir a Ellis y así su obra fue tratada como una guarrería que, paradójicamente, le originó una gran fama. Dirá Michel Foucault³: “Mucho tiempo habíamos soportado, y padeceríamos aún hoy, un régimen victoriano. La gazmoñería imperial figuraría en el blasón de nuestra sexualidad retenida, muda, hipócrita”. Piénsese que estábamos hablando de un país protestante, menos irracional en la observación de las costumbres urbanas. En 1215, en el concilio de Letrán se reglamentó el sacramento de la independencia y desarrollo de la técnica de la confesión del catolicismo, donde todo pecado sexual debería ser develado. Como dice José Carlos Bermejo Barrera⁴ analizando la historia de la sexualidad escrita por Foucault, en realidad la obra trata la apología de la verdad destinada en el caso religioso que pasará, como se verá en la labor científica de Ellis, a conocer los tipos de ella en cada individuo que, como bien diría no son iguales en ninguno de estos.

“Apenas cumplidos los seis años, su padre lo llevó en un viaje alrededor del mundo. Este viaje tuvo una gran influencia en la formación del carácter, aficiones e ideas futuras del escritor. El *Empress* se hizo a la mar en Sidney rumbo al Callao y a las islas Chíncha para cargar guano. Del Callao, su padre lo condujo a Lima; y en esta ciudad, Ellis paladeó por primera vez el sabor de lo español. Esta impresión adquirida en la infancia perduró toda la vida en su espíritu y puso en su subconsciente la semilla de su gran obra futura *Alma de España*, en cuyo prefacio recuerda los lejanos días de la infancia y su visita a la ciudad de Lima.

Nunca perdió esa afición por las cosas españolas e hispanoamericanas, y se mantuvo al tanto de la vida de estos pueblos. Así fue el único inglés que participó del dolor que había causado en el mundo hispánico la muerte de José Enrique Rodó, y expresó ese sentimiento en el corto ensayo *Filosofía del conflicto*, que escribió para honrar la memoria del gran pensador uruguayo”.⁵

Al regreso, su preparación no fue de ninguna manera descuidada, aunque no sabemos las de sus tres hermanas (ninguna de ellas contrajo matrimonio). Havelock fue inscripto en uno de los mejores colegios de la época: el *Francés/Alemán*, cerca Wimbledon y posteriormente asistió a un colegio de Mitcham.

Nunca mejor aplicado, en el caso de Ellis, aquello de “el hombre y su circunstancia”. Tenía 16 años y nuevamente acompañó a su padre en un viaje que recorrería el mundo. En el ínterin se enfermó y el médico del barco sugirió que lo bajara a tierra, por lo cual recaló en Australia. Como todo es dudoso en Havelock, otras voces dicen que en abril de 1875, se embarcó hacia Australia con el fin de trabajar en ese lugar. Lo cierto es que ejerció como maestro en la escuela de Sparkes Creek, pueblo alejado y con escasa población, a 20 kilómetros del pueblo, en las selvas de Nueva Gales del Sur, contratado con un salario de 108 libras esterlinas (540 dólares) por año, con el agregado de 12 libras esterlinas para el mantenimiento de un caballo. Antes de esa etapa había actuado

como maestro en Sidney y luego como tutor de una familia instalada cerca de Carcoar, para pasar a un colegio en Grafton donde, al fallecer el director, lo reemplazó durante un año pero, su extrema juventud, jugó en su contra.

Sidney ejercía una gran atracción: allí se dirigía a solicitar libros que consumía ávidamente y allí mismo —tal vez por sus propios problemas sexuales porque llegó virgen a los 32 años— se abocó el estudio de la sexología: “Me decidí hacer de este estudio el único objetivo de mi vida, a fin de comprender los hechos de modo racional... y salvar a la juventud de las generaciones futuras de la confusión y dificultad que esta ignorancia produjo en mí”. En estas palabras quedaría definida una actitud que según comentarios lo había obsesionado desde pequeño. Con la concepción de la época de que la masturbación lesionaba gravemente el cerebro tuvo la decisión de no realizarla. Observó que tenía poluciones nocturnas y cuidadosamente anotó cuándo ocurrían. Al cabo de unos años pudo comprobar que nada de lo malo señalado le había ocurrido... En este sentido dirá Montenegro⁶: “En *‘The Dance of Life’* hay un capítulo con el encabezamiento que lleva este acápite, en el que Havelock Ellis cuenta los orígenes de su misión de escritor. Fue a los veinte años de edad, cuando enseñaba en un colegio campestre de la Australia meridional, donde oyó hablar de la obra de James Hinton, *‘Life in Nature’*, en que encontraría la fuente de su filosofía y su destino como escritor. La ciencia materialista o el agnosticismo adolecían en su sentir de una concepción prosaica del mundo y de la vida humana. Puesto que el hombre no es una máquina, hay tantos conceptos de la realidad como cada individuo sea capaz de expresar. No debemos tratar de imitar a nadie, pues cada cual debe y puede encontrar la expresión de su espíritu que es único dentro de la fabulosa fecundidad y multiplicidad de la naturaleza. En la concepción de Hinton, el místico y el hombre de ciencia se aúnan y completan: es como si las dos corrientes de la vida, la del universo exterior y la del mundo del espíritu se unieran

en un solo caudal, el de la belleza impalpable pero sensible del flujo vital. Esto se expresa claramente en la tela del pintor, en una partitura musical o una estatua; la tela, la partitura, el mármol o el bronce es el elemento material que el artista emplea para crear un diseño, una armonía, un conjunto de formas y colores que van allá de la materia en cuanto expresan la belleza y el juego maravilloso de imágenes que también obtiene el escritor o el poeta con sus combinaciones verbales. Lo primero, pues, es no imitar, sino buscarse dentro de sí mismo”.

Esa obra fue de 1923, en 1939 —entre sus 50 libros publicados— dio a luz *My Life*. “Según cuenta el mismo Ellis en *My Life*, a sus amigos le divertía el hecho de que fuera considerado un experto en sexo, habida cuenta de que padeció de impotencia hasta los 60 años, cuando descubrió que podía tener una erección con la observación de una mujer orinando. Ellis denominó este interés sexual en el acto de orinar *uridinismo*, pero hoy recibe el nombre de urolagnia”⁷. Resulta interesante destacar que, desde niño, había experimentado —según sus propias palabras— una sensación extraña al observar a su madre en esa misma función, lo cual, a todas luces, es poco creíble una situación de esta naturaleza por el vínculo y no porque estuviera en una sociedad victoriana.

Pero retornemos a la secuencia de su vida. A los 20 años regresó a Inglaterra con la intención de trabajar en la docencia, pero sin éxito. Según se relata, en 1882, es decir cuando ya tenía cumplidos los 23 años, una mujer adinerada que lo quería como a un hijo lo ayudó a cursar medicina en el *St. Thomas' Hospital*. Sin tener título de médico prestó su ayuda y suponemos escasa sapiencia en 100 partos entre mujeres pobres de los distritos de Lambeth y Vauxhall, como así también, en ese tiempo inició la publicación de la *Mermaid Series* del teatro de su país, como también concibió la *Serie científica contemporánea* que editó hasta 1914.

Antes de recibirse, con su espíritu emprendedor, ayudó a la fundación de “La sociedad de la nueva vida” que conformaban poco

más de una docena de jóvenes en busca del perfeccionamiento espiritual, con la peregrina idea de constituir, o tratar de hacerlo, una nueva sociedad. De ella surgirá la *Fabian Society* (*Sociedad Fabiana*) y de ella el Partido Laborista inglés⁸.

Ellis escritor estaba lanzado a lo que serían sus 50 libros de gran difusión.

Culminó su título de médico en 1890, con la publicación de dos de ellos: *El criminal* (*The criminal*), donde se basó en los estudios criminológicos del italiano Cesare Lombroso, y *El nuevo espíritu* (*The New Spirit*), donde expurga las ideas revolucionarias, casi podríamos decir su germen, de autores como Heine, Diderot, Ibsen, Tolstoi, Whitman, Huysmans...

Ejerció su profesión de médico por muy poco tiempo porque con el éxito de sus primeros libros sobre la sexualidad humana, que generaron gran escándalo y donde fue más atacado el editor que él, decidió seguir con esa segunda vocación. Y justamente el primero de sus éxitos le trajo sus sinsabores. En páginas siguientes comentaremos el texto pero aquí sus problemas. Escrito en colaboración con John Addington Symonds, lo que luego se llamaría *La inversión sexual* fue publicada en alemán como *Das Konträte Geschlechtsgefühl* y ese mismo librero —el editor— es procesado por venderlo. Cuando se decide publicarlo en inglés, el coautor Symonds había fallecido de muerte súbita en 1893. El albacea decide quitar nombre y materiales de este, lo que alivia a Ellis dada la condición de homosexual de este y la cercanía de lo ocurrido con Oscar Wilde. Pero Ellis es sometido a un juicio por obscenidad, que perdió, y el juez consideró que el libro no tenía valor científico y era “una pretensión, adoptada con el fin de vender una publicación sucia”. La sociedad y los científicos salieron en defensa de Ellis y *La inversión sexual* tuvo un éxito enorme. Incluso no cambió su título y, en 1897, decía sobre el término “homosexual” que se le atribuía: “es una palabra bárbaramente híbrida, y no reclamo ninguna responsabilidad sobre ella”. En las décadas del 20

y del 30, la popularidad de Ellis entre los intelectuales más jóvenes alcanzó su pico más alto: tanto se lo leía como se lo consultaba epistolarmente.

Tal vez, si hubiera sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial no hubiera podido sobreponerse al oprobio mundial por su adhesión a la eugenesia. Fue vicepresidente de la *Eugenics Education Society* y publicó *The Task of Social Hygiene (La función de la higiene social, 1912)*.

A un pertinaz sexólogo no pueden haberle escaseado las mujeres aunque no lo hayan dejado bien parado. Cuando Ellis leyó *La historia de una granja africana* quedó cautivado e, inmediatamente, le escribió a su autora, la sudafricana Olive Schreiner. Cuando la conoció quedó enamorado de sus ojos negros y expresivos de esta feminista y tuvieron un día de intimidad en Derbyshire. Sin embargo, esto no conformó a Olive que le escribió: “Eres un hombre de estudio, incapaz para nada más”. Esta frustración ocurriría en 1884.

En 1887, cuando actuaba como médico, y por poco tiempo, cerca de Cornwall, conoció en la casa de un amigo a una escritora y conferenciante llamada Edith Lees. Se dice que con un rechazo inicial, las conversaciones se prolongaron y, con puntos en común, decidieron casarse en noviembre de 1891. Ellis, con 32 años, y Lees abiertamente lesbiana. Luego de lo que definieron como “luna de miel”, Ellis se fue a su departamento de soltero en Paddington y ella fue a vivir a su comuna. En 1914, Lees decidió separarse de Ellis pero, diabética y muy enferma, falleció dos años después en un instituto de internación. Ya no le quedaría oportunidad a Ellis para celar a Edith por sus novelas.

En 1914, Ellis conoció a Margaret Sanger, una norteamericana corrida por la justicia de su país y que se constituyó en su amante por escaso tiempo.

La última de las mujeres del sexólogo había sido contratada para traducir al francés las novelas de Lees y se trataba de François Lafitte-Cyon, que fue quien lo acompañó hasta su muerte.

En el interrogatorio de sus pacientes y sus estudios posteriores, Ellis llegó a la conclusión “de que el homosexualismo es un desequilibrio biológico o químico, como la zurdera o el daltonismo. Por lo tanto, los homosexuales no deben ser tratados como criminales puesto que contribuyen a la sociedad igual que los heterosexuales”.

Entre los asuntos tratados por Ellis en sus siete volúmenes se hallan el simbolismo erótico, el mecanismo de la tumescencia, el impulso sexual en las mujeres, el amor y el dolor.

Después de la Primera Guerra Mundial, los *Estudios sobre la psicología del sexo* alcanzaron gran popularidad en Inglaterra. Alrededor del año 1930 todo estudiante que se preciaba de ilustrado los había leído. En 1936, Ellis ingresó en el Real Colegio de Medicina de Inglaterra.

Aunque consideraba los *Estudios* como la obra cumbre de su vida, escribió 34 libros más. Introdujo a Nietzsche y a Freud al público inglés y publicó las *Memorias* de Casanova. Sus estudios abarcaban los polos opuestos de la personalidad humana, como el seráfico San Francisco de Asís y el escritor francés Restif de la Bretonne”.⁹

En 1930, comenzó a padecer de síntomas que le impedían deglutir normalmente y poco después se le diagnosticó un divertículo esofágico (algunos lo atribuían a problemas psicológicos) pero lo cierto es que, por su edad y por la patología, no se aconsejaba intervenirlo. Pasó una década más de su vida y, tal como el creía en la eutanasia, solicitó ayuda a su mujer Françoise para poner fin a su vida. No fue necesario porque falleció mientras dormía el 8 de julio de 1939 en Hintlesham, Reino Unido.

Poco tiempo de su desaparición física apareció publicada su autobiografía que dio lugar a que el Dr. Karl Menninger dijera que “Ellis se suicidó después de muerto”. Fue evidente la decepción de sus seguidores. Confesó el erotismo de su madre hacia él por la urolagnia, su poca experiencia sexual, la extraña relación

matrimonial con Edith Lees y el poco interés que le despertó el sexo. No obstante su obra significó desbrozar un panorama hasta ese momento incierto.

Su extensa producción, entre ensayos, poemas y temas de sexología, fue la siguiente.

- *The Criminal* (1890)
- *The New Spirit* (1890)
- *The Nationalisation of Health* (1892)
- *Man and Woman: A Study of Secondary and Tertiary Sexual Characteristics* (1894, revisado en 1929)
- Traducción: *Germinal* (de Émile Zola) (1895, reeditado en 1933)
- *Sexual Inversion* (1897) (con J. A. Symonds)
- *Affirmations* (1898)
- *The Evolution of Modesty, The Phenomena of Sexual Periodicity, Auto-Erotism* (1900)
- *The Nineteenth Century* (1900)
- *Analysis of the Sexual Impulse, Love and Pain, The Sexual Impulse in Women* (1903)
- *A Study of British Genius* (1904)
- *Sexual Selection in Man* (1905)
- *Erotic Symbolism, The Mechanism of Detumescence, The Psychic State in Pregnancy* (1906)
- *The Soul of Spain* (1908)
- *Sex in Relation to Society* (1910)
- *The problem of Race-Regeneration* (1911)
- *The World of Dreams* (1911)
- *The Task of Social Hygiene* (1912)
- *Impressions and Comments* (1914-1924; 3 vols.)
- *Essays in War-Time* (1916)
- *The Philosophy of Conflict* (1919)
- *On Life and Sex: Essays of Love and Virtue* (1921)

- *Kanga Creek: An Australian Idyll* (1922)
- *Little Essays of Love and Virtue* (1922)
- *The Dance of Life* (1923)
- *Sonnets, with Folk Songs from the spanish* (1925)
- *Eonism and Other Supplementary Studies* (1928)
- *The Art of Life* (1929; seleccionado y arreglado por Mrs. S. Herbert)
- *More Essays of Love and Virtue* (1931)
- ed.: James Hinton: *Life in Nature* (1931)
- *Views and Reviews* (1932)
- *Psychology of Sex* (1933)
- Ed.: *A Imaginary Conversations and Poems: Selection*, de Walter Savage Landor (1933)
- *Chapman* (1934)
- *My Confessional* (1934)
- *Questions of Our Day* (1934)
- *From Rousseau to Proust* (1935)
- *Select Essays* (1936)
- *Poems* (1937) (seleccionados por John Gawsworth)
- *Love and Marriage* (1938) (con otros autores)
- *My Life* (1939)
- *Sex Compatibility in Marriage* (1939)
- *From Marlowe to Shaw* (1950) (ed. de J. Gawsworth)
- *The Genius of Europe* (1950)
- *Sex and Marriage* (1951) (ed. de J. Gawsworth)
- *The Unpublished Letters of Havelock Ellis to Joseph Ishill* (1954)

El prólogo con que Ellis da inicio a su libro *La inversión sexual* debe haber causado un tremendo impacto en esa sociedad victoriana inglesa de inicios del siglo pasado que, sin duda alguna, trascendería las fronteras de las islas británicas. Para esa época sus conceptos eran muy duros e incluían, como podemos leer, hasta miembros de la Iglesia. Así decía: “Nótase, respecto a la inversión

sexual, una ignorancia peculiar. Conozco médicos de mucha experiencia, de dilatada clientela, que no recuerdan haber encontrado un solo caso de inversión. Hace veinte años, el número total de casos consignados en la literatura científica, escasamente igualaba al de los que yo he registrado en la raza británica; y antes de publicar yo los primeros, no se consignó en Inglaterra un solo caso que no estuviera relacionado con los asilos o las prisiones. Probablemente serán pocas las personas que no ignoran que la inversión del instinto sexual puede considerarse como una perturbación innata, y menos numerosas aún serán las que leyeran sin sorpresa una lista de nombres de personas invertidas, de ambos sexos (si tal lista pudiera publicarse), que, hoy día, son conocidas honrosamente en la política, la Iglesia, arte, letras y en sociedad”.

La obra está compuesta por siete capítulos y tres apéndices que Ellis señala como A, B y C y nos apresuramos a señalar que corresponden a “Homosexualidad en los vagabundos” que firma Josiah Flynt, “Cartas al profesor X” y “La amistad de las muchachas en la escuela”, que no comentaremos.

El primer capítulo, que denomina “Introducción”, comienza con la homosexualidad en los animales donde no se conocía el efecto de las feromonas y, tal vez, algunas apreciaciones pueden ser infundadas, y continúa con el mismo tema en las razas humanas inferiores, los albaneses, los griegos, los esquimales, las tribus del noroeste de los Estados Unidos y en los soldados de Europa. Roma antigua y las prisiones no le serán ajenas y se ocupará de “hombres de capacidad intelectual excepcional y socialmente directores”, donde nombra a Muret, Miguel Ángel, Winkelmann y Verlaine.

En el comienzo expresa que la atracción sexual en el mismo sexo es un fenómeno relativamente raro pero “por el contrario [...] originada al parecer, por la ausencia accidental de los objetos naturales de atracción sexual, es muy frecuente en las razas humanas y en la mayoría de los animales superiores”.

Algunas de las colectividades nombradas es probable que hayan obedecido a las fuentes consultadas. En efecto, señala que Hahn en su *Albanische Studien* (1894) relata “que los jóvenes de dieciséis a veinticuatro años establecen relaciones amorosas con otros de doce o diecisiete” y que no siempre después de casados abandonan a sus amores. Resulta fácil suponer que, de una u otra forma, esta práctica albanesa puede haber tenido imitadores.

Advirtamos que Ellis utiliza casi siempre el término invertidos sexuales y no el de homosexuales. En el texto de este primer capítulo la lista de personajes de este tipo es extensa y, en el caso de Verlaine, que hoy sería considerado un bisexual, es apodado por Ellis como un hermafrodita psicosexual.

Al final del capítulo arriesga para la clase media inglesa un 5 % de la población homosexual pero “en las mujeres de la misma clase, el porcentaje es, por lo menos, doble, si bien en este caso el fenómeno es menos definido y profundo, observándose que ciertas mujeres normales con frecuencia oscilan entre la homosexualidad y la heterosexualidad”.

“El estudio de la inversión sexual” es el título del segundo capítulo. En él considera a Westphal, “eminente profesor de psiquiatría de Berlín, [el] primero dado al estudio de la inversión sexual [con] una sólida base científica”. Ello ocurrió en 1870 en una publicación del *Archiv für Psychiatrie*. A ese trabajo se sucedieron los de Hössli, Casper, Ulrichs, Tarnowsky, Kraff-Ebing, Moll, Schrench-Notzing, Chevalier, Féré, Kiernan, Lydston, Raffalovich, con el cual Ellis está dando pautas de intención científica de tratar el tema, recurriendo a diversos autores de la época que, casi todos, excepto Edward Carpenter cuyas publicaciones cabalgan entre los dos siglos y Magnus Hirschfeld del XX, son del XIX.

“La inversión sexual en el hombre” es el tema del tercer capítulo, donde vuelve a reiterar el concepto de hermafroditismo psicosexual y menciona el impulso sexual en la primera edad donde, a pesar de conocerlas, no menciona las teorías de Freud, desde ya

no en lo relativo a la homosexualidad sino a las fases oral y anal del niño.

En este capítulo describe 38 casos de lo que denomina *Inversión sencilla*. El caso N° 26 es una extensa (la mayor) descripción minuciosa que ningún psicoanalista de la actualidad se atrevería a repetir. En ellas se nota la capacidad de Ellis para un concienzudo interrogatorio de las condiciones de vida —no solamente sexuales— de cada paciente. El nombre de inversión sencilla proviene porque son los casos aparentemente, como dice, de inversión adquirida y no de hermafroditismo psicosexual, los dos tipos de homosexualidad en que la ha dividido. Este es el capítulo, como dijimos, más extenso.

Como es fácil suponer el ítem cuarto se titula “La inversión sexual en la mujer”. Como hemos visto a lo largo de estos primeros capítulos y como bien lo señala Ellis poco se habló de ello hasta la época de estos sexólogos, pero bien lo expresa que, “cuando se ha considerado como criminal y como motivo de divorcio tratándose de hombres, no se mira como delito en las mujeres”. Tanto en este capítulo como en todos los del libro, son extensas y proficuas las llamadas al pie de página, donde se ventilan opiniones de diversos autores. Todo indica que es casi similar en número a la inversión sexual del hombre y transcribe que “en Bali, según Jacobs, la homosexualidad es tan frecuente en la mujer como en el hombre, si bien se practica con más secreto; el método adoptado es digital o lingual, o bien el contacto de las partes (tribadismo)”.

Destaca Ellis que la mujer invertida, cual el hombre, es una entusiasta admiradora de la belleza femenina, especialmente en la forma estatuaria del cuerpo. El quinto capítulo, que se llama “La naturaleza de la inversión sexual”, podríamos analizarlo con el siguiente que habla sobre “La teoría de la inversión sexual” que, si bien son distintos, tienen ciertas afinidades. Encuentra, en aquellos que comienzan su homosexualidad en la edad adulta, causas tales como un desengaño amoroso, instinto sexual poco desarrollado,

una anomalía física o un trastorno de salud prolongado. En un número casi igual de casos (menos de medio centenar de los analizados) se inició en la niñez o adolescencia.

Entre las causas inductoras de la inversión menciona la sugestión (describe tres casos clínicos), la masturbación (menciona a Krafft-Ebing) y una atracción previa por el mismo sexo. Como hecho curioso remarca una vocación artística de la mitad de los invertidos analizados.

Como teoría descarta el efecto de la sugestión aunque sugiere “la importancia del elemento congénito” y resulta menos comprensible cuando refiere que una persona que se halla en correspondencia con él la compara —y Ellis le da letra— con el daltonismo.

“Conclusiones” es el título del breve, en comparación con los demás, del capítulo séptimo donde se dedica a pensar en una prevención de la inversión sexual, la influencia en la escuela, los límites de su cura radical y el estado del problema en Europa, sobre todo en Inglaterra y Alemania.

Finaliza incitando a la tolerancia sobre las personas con el problema citado sin criminalizarlos ni condenarlos socialmente, tal vez buscándole la solución adecuada.

El otro libro de Havelock Ellis del que haremos referencia es *El impulso sexual; amor y dolor* donde, en un “Prefacio” más amplio que el de *La inversión sexual* dice: “En el estudio ‘Amor y Dolor’ he tratado de los orígenes de esas aberraciones comúnmente llamadas ‘sadismo’ y ‘masoquismo’. Aquí nos encontramos en presencia del más extenso y quizá más profundamente conocido grupo de las perversiones sexuales. No las he estudiado desde el punto de vista médico legal, porque ya lo han hecho otros escritores, cuyas obras están al alcance de todo el mundo. He preferido demostrar cómo pueden explicarse aquellas aberraciones; cómo pueden ser el eslabón entre los aspectos normales y fundamentales del impulso sexual, y, realmente, estudiados en sus formas elementales, pueden ser considerados como normales. En algunos grados, en algunos

casos, en algunos puntos del desarrollo sexual, sus filamentos se hallan sutilmente entrelazados con el proceso psicológico del sexo. No he querido intentar reducir su complejidad a una simplificación que hubiera resultado ficticia. Confío en que mi propósito de desenmascarar esta complicada madeja, consiga más inteligible”.

De esa forma nos adelanta el temario que desarrollara.

Tres son los capítulos que componen este libro: “Análisis del impulso sexual”, “Amor y dolor” y “El impulso sexual en las mujeres”, además de dos apéndices. “El instinto sexual en los salvajes” y “El desarrollo del instinto sexual”.

Inicia el primero de ellos con una definición aclaratoria: “La expresión ‘instinto sexual’ puede emplearse para designar con ella la totalidad de los fenómenos neurofísicos de reproducción que comparte el hombre con los animales” que, por otra parte considera independiente, en su mayor parte, de la magnitud de las glándulas sexuales. Como sucede a menudo refiere el caso de los eunucos que, cuando más tarde sufren la castración, más posibilidades tienen de poder realizar el coito [...] Cuando la castración se realiza sin extirpar el pene, se dice que la potencia se conserva por lo menos hasta diez años después...”.

Darwin ocupa una buena parte de las reflexiones de Ellis y en una de sus páginas refiere algo que nos enorgullece a los argentinos: “En un precioso volumen titulado *The Naturalist in La Plata (sic)* (1892) incluye W.H. Hudson un capítulo notable sobre la ‘música y el baile en la naturaleza’”. Donde se refiere a las danzas y amoríos de los pájaros.

Las citas al pie de página, la permanente opinión de distintos autores, en fin, el texto todo de *El impulso sexual* revelan que Havelock Ellis basó sus experiencias y sus escritos en una constante y profusa lectura. Hombres y mujeres, como también la fauna de Australia, Nueva Guinea, Sumatra, las Nuevas Hébridas, las Molucas, la India entre muchas otras regiones, con aportes de variados autores, le dan solidez a las ideas de este inglés.

La danza, como la forma más alta y compleja del movimiento muscular, es el método más poderoso para conseguir la excitación orgánica producida por el movimiento muscular, y por ello comprendemos cómo, desde las primeras edades zoológicas, se ha puesto al servicio del instinto sexual como un procedimiento para obtener la tumescencia”, palabras estas que merecerían una reflexión con respecto a la música actual.

Uno de los ítems del segundo capítulo es ciertamente inquietante: “Placer del hombre en ejercer su fuerza y placer en la mujer en experimentarle” y sería motivo de enfático repudio por las agrupaciones feministas de la actualidad. La galantería, los machos en busca de las hembras —como también los mamíferos y otros animales—, son motivo de análisis.

Las ideas de Ellis serían muy criticadas en la actualidad por aquellos que no emplean el método histórico: eran de otra época y estaban en otro contexto.

Pretender justificar, por ejemplo, la agresión a una mujer con esas ideas sería un despropósito. Un párrafo es por demás explicativo: “Desde el principio, pues, el impulso de infligir dolor nace con la galantería y al mismo tiempo es una idea agradable para la hembra, porque entre los hombres primitivos, lo mismo que entre sus antecesores inmediatos, el vencedor en el amor fue siempre el más bravo y el más fuerte, antes que el más bello o el más hábil”.

Como una especie de adenda, en varias páginas con una letra de menor formato, hace una extensa referencia al “matrimonio por raptó”, demostrando una actitud que es más una escena teatral que una agresión. Como tampoco deja de pasar revista a la prostituta y quien la induce o la explota para ejercer la profesión. Siempre observa cierto grado de obsecuencia o resignación.

En un apéndice de este mismo capítulo se ocupa de la flagelación, una forma de experimentar la sexualidad por ambos sexos. En otro de estos agregados (el IV) se refiere al impulso de estrangular al objeto de los deseos sexuales y ¡el deseo de ser estrangul-

lado! Felizmente es un ítem de pocas páginas, aunque el siguiente ya se dedica al sadismo y al masoquismo, la crueldad disfrazada de placer.

El capítulo III, “El impulso sexual en las mujeres”, mantiene la misma impronta, con la mención de múltiples autores y confirma aquello muchas veces negado a ellas que debían ser solamente máquinas de procrear y, sobre todo, anorgásmicas.

Havelock Ellis las liberó de un pesado pasado.

Bibliografía

1. Montenegro E, “El panteísmo de Havelock Ellis”, *La Prensa*, Buenos Aires, 3 de mayo de 1964.
2. Mora S, “Havelock Ellis (1859-1939): homenaje a un pionero de la psicología sexual de la Inglaterra victoriana en el 75 aniversario de su muerte”, *Revista de historia de la psicología*, Valencia (España), 35 (4): 43-64, diciembre 2014.
3. Foucault M, *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Siglo veintiuno, Madrid, 1998.
4. Bermejo Barrera JC; “Michel Foulcault y la historia de la sexualidad”, *Gallaecia*, Santiago de Chile, Nº26, pp. 253-265, 2007.
5. “Sexólogo atormentado”, *MD en español*, Nueva York, 1 (7): 57-59, mayo 1963.
6. Montenegro E, *Op cit.*, cita 1.
7. https://es.Wikipedia.Org/uviki/Havelock_Ellis (27-2-2016).
8. “Sexólogo atormentado”, *Op cit*, cita 5.
9. Id., *Ibidem*.

CAPÍTULO XV

Gregorio Marañón

Es en febrero de 1930 cuando Gregorio Marañón le pone fecha al *Prólogo* de la segunda edición de su obra *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales*¹, que dedica a la Sociedad Hispanocubana de Cultura y a sus amigos de Cuba, lugar donde había viajado poco antes de esta publicación, en 1927, con el Dr. Celedonio Calatayud. Sus palabras introductorias pintan de cuerpo entero tanto a su figura como al tiempo que le había tocado vivir: “Gracias, pues, a la benevolencia, un tanto arbitraria, de los amigos. De los otros, de los que están en una actitud adversa, vale la pena hablar con palabras más explícitas; e igualmente cordiales.

Esta monografía ha dado otra vez pretexto para que esos miopes de nuestras derechas, que no acaban nunca de encontrar los lentes que tanto necesitan, me hayan motejado de ‘materialista’. Es una forma poco científica, ciertamente, de una crítica que también suele leerse en autores no facciosos, que consideran el problema de la sexualidad desde un punto de vista puramente psicológico, frente a los que, como yo, lo estudia, principalmente, en su historia natural.

Yo nunca he entendido bien lo que unos y otros quieren decir con esto. El naturalista, es obvio que describa los seres y objetos naturales y sus accidentes. Y puede, a la vez, tener el alma henchida de teología, que no sería pertinente exhibir. A lo sumo, puede anotar las raíces innumerables y visibles con que los instintos y, a su través, las funciones más nobles del espíritu, se prenden en el barro de nuestra morfología. Puede llamarse, si se quiere, a esta modesta actitud ‘materialismo’; pero no se puede pronunciar tal

palabra como una acusación. Y sobre todo, no se debe enfrentar a esta verdad útil, un arrebató lírico, que no es nada. En último término, ¿a qué seguir?; nada de esto me importa, porque en el fondo es vana palabrería.

Lo cierto es que el padre, el pedagogo, el médico y el cura, no pueden resolver los conflictos que plantea el sexo, sin un conocimiento de su historia natural. Lo contrario —lo que ellos llaman no ser materialista— da ocasión a escribir páginas muy tiernas; pero con ellas llevamos muchos siglos de fracaso tenaz de la educación sexual y el progreso no se adivina por ninguna parte.

La ética y la pedagogía sexuales solo pueden ser verdaderamente elevadas y nobles cuando se han nutrido del conocimiento directo del instinto. A llegado el momento de no blanquear más, con la retórica de siempre, los mismos sepulcros hediondos; sino de abrir estos a la luz, que todo lo dignifica y lo bendice”.

Esas mismas palabras ofrecen muestras de la tela que se debía cortar con un estudio científico y natural del sexo, es decir de tipo antropológico. Es así como, en estas primeras décadas del siglo XX se estaba dirigiendo la línea de estudios serios sobre la sexología humana.

Pero ese no fue el primer libro donde abordó el problema del sexo. Primeramente veamos cómo llega a ocuparse de un tema ciertamente tabú en esos años como él mismo lo sugiere en el prólogo citado.

Para la época, también algo lo distinguía. “Tenía un alto concepto de la mujer. Siempre hace de ella, en general, ponderados elogios. No podía concebir a un hombre sin una mujer a su lado. ‘La mujer llena al mundo del hombre —decía— con su ternura, con su sensibilidad, con su sagaz intuición ilumina su existencia’. Recordaba a Santiago Ramón y Cajal, solterón irreductible que, cuando le llegaron los primeros achaques de la vejez se casó, desesperadamente, con su cocinera: una cincuentona zafia, gorda y autoritaria”.²

Gregorio Marañón nació en Madrid el 19 de mayo de 1887. Su padre Manuel Marañón y Gómez Acebo, oriundo de Santander, era abogado y juez municipal, diputado por Madrid y miembro de la Real Academia de Jurisprudencia. Sus amistades eran lo más granado de la cultura madrileña. Su madre había fallecido cuando Gregorio contaba con tres años de edad pero tuvo la contención y el amor de un padre dedicado.

En 1908 se licenció en medicina en la Universidad Complutense de Madrid y, pocos años después, en 1910, obtuvo su doctorado. Su primera especialidad, si así se la podría llamar en esa época, fue la infectología. En efecto, a raíz de la epidemia de gripe de 1918 en España, es enviado oficialmente a Francia donde trabajó con Paul Ehrlich (1854-1915) y tuvo ocasión de conocer, entre otros, a Edward Babinski, Alexander Fleming y Harvey William Cushing. Con el primero de ellos ensayó el *salvarsán* o 606 que, cuando regresó a España, trató de comprobar sus efectos —nulos, por otra parte— sobre la viruela y el tifus exantemático.

Tal vez, lo que lo haya inclinado a abrazar la endocrinología —uno de los fundadores de la especialidad en España— haya sido un hecho fortuito pero así también desgarrador: el viaje a Extremadura, más justamente a la localidad de Hurdes acompañando a Alfonso XIII. Allí pudo contemplar el paupérrimo paisaje de legiones de hipotiroideos con sus bocios y sus deficiencias mentales sumidos en la pobreza y la suciedad. En 1931, creó el Instituto de Patología Médica y será nombrado catedrático de Endocrinología de la Facultad de Medicina de Madrid.

Mientras todos eran logros en medicina, la política no lo trató tan bien. Sus ideas democráticas y liberales —se lo había distinguido como personalidad tolerante, comprensiva, abierta, donde prevalecía la bondad sobre la inteligencia— lo llevaron a combatir la dictadura de Primo de Rivera y de haber participado de la sanjuanada (movimiento que ocurrió durante la fiesta de San Juan) por lo que le ocasionó permanecer un mes en la cárcel y pagar

una multa de 100.000 pesetas, suma exorbitante para la época. Un lustro después, cuando cayó la dictadura, fue designado diputado por la ciudad de Zamora.

Pero ese no sería su único encontronazo con los avatares políticos: España estaba cercana a otra dictadura, la de Franco. Había criticado al comunismo y apoyado a la Segunda República y en enero de 1937 se alejó de España por los excesos de ambos bandos a los sucesivos gobiernos republicanos. Ese mismo año viajó a Uruguay, Argentina, Chile y Brasil. En 1939, agrega a esa recorrida a Perú y Bolivia pero no vuelve a Chile.

En 1942, en silencio político, regresa a Madrid y comienza a trabajar en la consulta privada, dos años después se reincorpora al Hospital Provincial de Madrid y meses después lo hará a la Cátedra de Endocrinología. El franquismo respetó su figura. En el prólogo de su libro *Ensayos liberales* (1946) escribe: “ser liberal es [...] primero, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo y, segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que al contrario, son los medios los que justifican el fin. El liberalismo es, pues, una conducta y, por lo tanto, es mucho más que una política”.

Doctor *Honoris causa* de la Sorbona (París) 1932, perteneció a cinco academias nacionales de su país; miembro de la Real Academia de la Lengua (1934), de la Real Academia de Historia (1936), de la Real Academia de Medicina, de la Real Academia de Bellas Artes, de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (1947). Es decir, de cinco de las ocho academias españolas. Además, en 1956 fue designado miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia. No hacía falta tanto para demostrar que Marañón era hombre de la cultura, de la Gran Cultura.

Es muy probable que aprovechara los descansos para estudiar y escribir. “Los fines de semana y las vacaciones, los pasaba el doctor Marañón en El Cigarral de los Dolores, espléndida casa de cam-

po cerca de Toledo, a unos 75 km. de Madrid, edificada sobre las ruinas de un convento del siglo XV, rodeada de olivares. Entre sus muchas reliquias históricas se halla una mesa tallada en piedra; un reloj de sol en mármol que perteneció al noble español del siglo XV, el condestable Don Álvaro de Luna; una piedra tallada de un brocal de pozo procedente del viejo barrio judío de la ciudad; una capilla del siglo XIV y, en un lugar con paradisíacas perspectivas, se conserva todavía la piedra donde se sentaba El Greco para pintar las impresionantes puestas de sol y las tempestades de su amado Toledo”.³

Describir la vida de Marañón pareciera que lleva al lector a la confusión, es que Marañón no se detuvo en la endocrinología y la sexología, como dice Laín Entralgo, tuvo cinco personalidades: “el Marañón médico, el Marañón escritor, el Marañón entonador, el Marañón moralista y el Marañón español”, que definen una polifacética personalidad. Así como fue médico de la Casa Real, también fue de los desvalidos.

Como se sobreentiende, otras de sus pasiones fue la historia y, por ende, la escritura. Así produjo *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo* (1930); *Las ideas biológicas del padre Feijoo* (1934); *España y la historia de América* (1935); *El Conde-Duque de Olivares. La pasión de mandar* (1936); *Don Juan. Ensayo sobre el origen de su leyenda* (1940); *Antonio Pérez. El hombre, el drama, la época* (1947); *Cajal, su tiempo y el nuestro* (1950); *El alma de España* (1951); *El Greco y Toledo* (1957), entre muchas obras de historias más. El libro sobre Ramón y Cajal se originó en un discurso que diera en honor a quien había sido su gran maestro.

Dice Juan Pablo Fusi⁴: “El sistema endocrino era para Marañón ‘el guardián de la personalidad’, el factor condicionante de la anatomía y psicología del individuo. Las biografías de Marañón fueron, así, fascinantes estudios del alma humana. Su Enrique IV —el rey de Castilla (1454-1474) cuya sucesión desembocó, en razón de su posible impotencia, en una gravísima crisis política—

era un eunucoide displásico con reacción acromegálica, de sexo poco desarrollado, voluntad débil y propensiones homosexuales. La timidez sexual de Amiel, el profesor suizo al que Marañón erigió como el arquetipo de sexualidad opuesto a Don Juan, era hipervirilidad, idealización de la mujer. La virilidad de Don Juan, de quien se ocupó en distintos trabajos, era por el contrario una virilidad inmadura, equívoca. Don Juan, un mentiroso de vida sexual precaria; el donjuanismo, un mito sexual nocivo. Su Conde-Duque de Olivares, un soberbio retrato psicológico, era un hombre ambicioso, ciclotímico, autoritario, recto pero vano, astuto, receloso que, movido por la pasión de mandar, se debatió entre la desesperación y la gloria”. Hemos visto ya como Havelock Ellis enfocó los problemas de homosexualidad de los personajes de la historia.

Marañón escribió 63 libros, tradujo (del inglés, alemán, francés, italiano y portugués) 18, prologó 141, publicó más de de 334 artículos y monografías, y el número de ponencias presentadas en congresos científicos y asambleas académicas pasó de 349. El total de su variada obras asciende a unos 1.550 trabajos⁷⁵.

Indudablemente la medicina fue su fuerte, aunque haya tocado infinidad de temas, tales como el calzado, el vestido, la biología, la psicología, la cocina... Tal vez la crítica —una mancha en su limpia trayectoria— fue haber pertenecido a la Sociedad de Eugenesia. Representó, junto con Ignacio Valenti y Vivó, catedrático de Medicina Legal y Toxicología de la Universidad de Barcelona, a España (500 representantes de 12 países) en el 1º Congreso Internacional de Eugenesia, que tuvo lugar en 1912.

En 1911 publicó el primero de una serie de libros sobre medicina: *La sangre en los estados tiroideos* y cinco años después, con quien fuera su gran amigo Teófilo Hernando, el *Manual de Medicina Interna* que fue el primero de España y que tuvo repercusión internacional como lo fuera el *Manual de diagnóstico etiológico* de 1946. Entre otros podemos citar: *La edad crítica* (1919); *Estados*

prediabéticos (1927); *La diabetes insípida* (1929); *Amor, conveniencia y eugenesia* (1929); *Endocrinología* (1930); *El climaterio de la mujer y del hombre* (1937); *Alimentación y regímenes alimentarios* (1942); *Crítica de la medicina dogmática* (1950).

Conforme con la época del positivismo que le tocó vivir, estudió los métodos de rejuvenecimiento de Eugen Steinach y de Serge Voronoff.

¿Pero cuál fue su labor como sexólogo? Lo analizaremos en función de sus tres libros más conocidos sobre el tema.

El primero de ellos, *Sexo, trabajo y deporte* de 1925, pareciera que no encajaría dentro de tal temática, sin embargo, tiene en cierta forma, definiciones sobre el valor de la mujer dentro de la sociedad con apreciaciones casi ingenuas pero adelantadas para la época.

Allá por 1920, el instinto sexual de la mujer se identificaba como el instinto de la procreación y en general, se creía que el sexo estaba manejado por las hormonas sexuales según su tipo, pese a que la hembra humana no tenía un período de celo como las que imponían la mayoría de las hormonas animales y que, por las estadísticas, eran muchas las que morían a causa de la preñez o del parto.

El valor más destacado de esta obra es haber considerado que la mujer no era inferior al hombre, aunque diera primacía al cuidado de su hijo, y que también podía alcanzar una gran cultura. Así lo explicaba: “La educación primaria en común no puede tener sino ventajas... Pero la educación profesional no puede medirse por este mismo rasero..., cuáles son las razones que pueden hacer legítima en la mujer una orientación profesional de tipo masculino. Esto ocurre, en efecto, en un grupo de casos que, por muy considerable que sea numéricamente, desde el punto de vista de la biología, lo consideramos siempre como excepcional. Es decir que, como regla general, no parece lógico que la cultura definitiva de la mujer sea la misma del varón”. Es decir, carecía de las oportunidades que tenía el hombre y agrega Marañón que, recién cuando

termina la crianza de sus hijos la mujer puede comenzar a trabajar fuera de su casa. No olvidemos que, en nuestro país, la primera médica graduada fue Cecilia Grierson, en 1889, y que hasta 1910, se le agregaron poco más de una docena.⁶

Dos frases de Marañón muestran su ideología: “Casi siempre que un matrimonio se lleva bien es porque uno de los esposos manda y el otro obedece”, “Amar y sufrir es, a la larga, la única forma de vivir con plenitud y dignidad”.

Con respecto a otros temas que abordó Marañón, sobre todo en su obra *Tres ensayos sobre la vida sexual* de 1926, habitualmente mal ponderado por la Iglesia Católica, Ramón Castejón Bolea⁷ expresa lo siguiente: “A lo largo de estos tres ensayos, el eje vertebrador de las posiciones de Marañón acerca de la mujer, el hombre y sus roles en la sociedad, lo constituye la teoría de la intersexualidad y la diferenciación sexual, sustentador sobre su teoría de las secreciones internas e influenciada por el evolucionismo darwinista, es decir, sobre la base de un determino biológico de base endocrinológica, que redefinía y transformaba la feminidad y la masculinidad. Estas redefiniciones intentaban alejarse de la ambigüedad sexual, entre el temor a una desestabilización del orden sexual. Debemos recordar que la medicina es uno de los instrumentos más poderosos para naturalizar valores morales y, por tanto, para generar exclusión o rechazo (Jordanova, 1995).

Por tanto, entender las posiciones científicas de Marañón en su contexto social y político, significa entender que bajo sus propuestas científicas sexuales, articuladas en la teoría de la intersexualidad y la diferenciación sexual, operaban los factores sociales y culturales de la España de 1920 y los debates sobre la mujer y la sexualidad. En su posición como liberal, las tensiones entre la rígida sexual católica de la que procedía el movimiento de reforma sexual que apoyaba, le condujeron a la elaboración de un programa teórico en los que poder encajar sus tensiones entre tradición y reforma en el ámbito sexual.

Sin dejar de mirar atrás a la tradición —pensemos, por ejemplo, en la noción de la mujer como una forma adolescente de hombre o como un ser diseñado para roles pasivos y naturales y no para roles activos o políticos—, Marañón intenta flexibilizar el rígido corsé que la Iglesia Católica había impuesto a la sociedad española de su tiempo en materia sexual. Este programa contaba con componentes esenciales de continuidad y otros, no menos trascendentales, de ruptura, con las concepciones tradicionales. Un ejemplo ilustrativo sería su teoría que ofrecía una explicación a las demostraciones de capacidad femenina, sin alterar sustancialmente los valores atribuibles a cada sexo (Aresti, 2001).

Esta tensión y ambivalencia se rastrea en sus opiniones sobre la anticoncepción, la maternidad consciente, los roles sociales de género, así como una sexualidad más allá de la procreación. Rama ha subrayado estos rasgos al colocar a Marañón entre los miembros de la ‘tercera España neutralista’ que ante la situación creada por la Guerra Civil tienden pasivamente o activamente a eludir el conflicto, adoptando una actitud neutral ante los dos bandos en lucha en lucha y decidiendo establecerse en países vecinos a España durante el conflicto (Rama, 1976).

Los *Tres ensayos sobre la vida sexual*⁸ de Marañón muestran la enorme riqueza del debate sobre la mujer y la sexualidad que florecía en la España de la década de 1920, antesala de los procesos transformadores que la II República hizo soñar a amplios sectores sociales del país. Estos progresos renovadores, abocados al abismo de la Guerra Civil por el ejército insurrecto terminaron con la instalación de un Estado autoritario. Tras la vuelta de Marañón a España, la voz de Marañón en estos temas se silenció. Era un tiempo de silencio”.

En efecto, en mayo de 1926, Marañón publicó en Madrid la obra citada y es interesante el *Ensayo liminar* que, como especie de *Introducción* realiza Ramón Pérez de Ayala que bien manifiesta cómo se pensaba y cómo se vivía en esas décadas del siglo pasado.

Así escribía: “La vida sexual... No faltará quien afecte un mohín furibundo y escandalizado. La moral sexual hasta hace poco se imaginaba y mantenía al modo de un sepulcro blanqueado: limpio de fuera, gusanera dentro. En lo tocante a la cuestión sexual la conciencia del individuo debería remedar la página en blanco, sobre la cual nada hay escrito, o a lo sumo un madrigal mentiroso. Y por lo bajo de esta inmaculada envoltura, cabezas podridas de libidinosos, nervios conturbados e indóciles, tragedias morbosas. Pero la vida moderna anhela desapoderadamente la plenitud de su libertad interior, por la plenitud del conocimiento claro y grave de sus orígenes, si hasta ahora vergonzantes, no por eso vergonzoso”.

Mucho más claro y con sentido científico, en el prólogo de la primera edición, Marañón tiene conceptos similares y dice: “La actitud de la sociedad ante este problema es, en efecto, singular. De una parte, la pedagogía sexual se dirige a sofocar las manifestaciones de instinto como si se tratase de un incendio amenazador y no de la fuente eterna de la vida; los médicos nos pintan los peligros que conjuran sobre la salud las anormalidades de la función sexual y las infecciones que nacen a la sombra de su comercio; y los moralistas nos encarecen los abismos de degradación que se ocultan detrás de las alegrías del amor. Pero, por otro lado, existe difundida en la opinión de las gentes una actitud sistemáticamente benévola para todos los desafueros cometidos en nombre del sexo; aun en los casos más graves, la sanción de los ‘pecados del amor’ va siempre acompañada de un gesto de comprensión o de simpatía”. No entendemos a qué se refiere Marañón porque la nuestra es otra época pero no compartimos —por lo menos en la actualidad— esa posición.

Años después, en el tercer prólogo de este mismo libro, se siente complacido por la difusión alcanzada por la obra y confiesa una apertura conciente y, en cierta forma, natural a esta nueva forma de la sexología.

El primer capítulo lo llama “Sexo, trabajo y deporte” y en él son varios los ítems que desarrolla: carácter sexual del trabajo, caracteres sexuales primarios, caracteres sexuales secundarios, maternidad (donde refiere conceptos de Freud), la división sexual del trabajo en la vida primitiva, sexo y trabajo, la gloria y el dinero, feminismo, matrimonio por amor y matrimonio por conveniencia, el donjuanismo, fecundidad y placer, entre otros.

El segundo capítulo lo denomina “Maternidad y feminismo” y se ocupa en primer lugar de “La religión y la ciencia ante el problema de la mujer”. Este acápite es muy interesante porque si bien dice que “la teología cristiana, influida siempre por el primitivo espíritu semítico, opuso a la moral feminista de Jesús un sentido antifeminista”, fueron en realidad los hombres de ciencia quienes hicieron un dogma de la inferioridad mental de la mujer y agrega: “Concepto que nadie ha definido mejor que Bernard Shaw cuando habla de la mujer como ‘un ser de diferente especie biológica, con encantos específicos e imbecilidades también específicas’.”

Agrega al mencionado capítulo otros temas tales como inferioridad y diferenciación sexual, maternidad consciente, moral conyugal, moral social, educación de los hijos, etc., entre muchos otros comentarios más.

El tercero y último capítulo de esta obra lleva por título “Educación sexual y diferenciación sexual”. No comenta la tragedia que para algunas religiones tiene nacer pero, como al pasar, sostiene: “Para los cristianos no es otro que la maldición divina, el justo castigo del pecado: ‘Ganarás el pan con el sudor de tu frente y parirás con dolor’, que hieren por igual a la mujer y al hombre”.

En esta parte final toca temas variados: la modalidad femenina de la tragedia sexual, relatividad del sexo, bisexualidad inicial del organismo y diferenciación a través de las edades, bisexualidad, del hermafroditismo al dimorfismo sexual, la homosexualidad y su frecuencia, opoterapia, injertos, ambiente psíquico, etc., etc.

En una adenda final que califica como *Notas*, se puede observar que Marañón abrevó en trabajos de Sigmund Freud, Otto Weinger, Iwan Bloch, Alfred Adler, José Ortega y Gasset, Friedrich Nietzsche, Georg Simmel, entre otros.

En la obra que publicó, en su primera edición, en 1929 y que tituló *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales*, donde cita —como es lógico por tratarse de un médico dedicado a la profesión— los conocimientos endocrinológicos de la época, Marañón se acerca a las ideas novedosas que despuntan con Freud y Stekel y probablemente fructifiquen con Havelock Ellis. En ella acepta el concepto freudiano de la sexualidad infantil, uno de los méritos indiscutibles de la obra dice, y cree que ambos sexos pasan por etapas de intersexualidad diversas para cada uno: los varones en la adolescencia y las mujeres en la menopausia.

Marañón conoció a Sigmund Freud en la casa de Marie Bonaparte. Ella había escrito en su libro *De la sexualité de la femme* que Marañón era “un autor no alineado en las filas de los psicoanalistas pero su trabajo llamó la atención de ellos”. Es que tanto él como Freud creían que la libido era un impulso primario: para aquel era por la llegada a la sangre de las secreciones internas, para este un problema psicológico. En realidad la primigenia idea de la intersexualidad como cuna de la homosexualidad era de Stekel.

En la evolución de la sexualidad, Marañón cita 13 veces a Freud pero lo hace 20 con Stekel. Ambos de los más mencionados, aunque Baur recibe 25 y Steinach 26 citas. Es evidente que un gran escritor debería ser un gran lector. Sobre el Padre del Psicoanálisis expresó: “Las teorías de Freud son una de las manifestaciones más geniales del pensamiento moderno. No puede decirse lo mismo de las teorías de los freudianos, que pueden ser desde geniales, también, alguna que otra vez, hasta estupideces, muchas veces”.

Volvamos a sus ideas sobre la homosexualidad, al pie de página aclara: “Decimos teoría intersexual en el sentido explicado de

suponer al homosexual una base orgánica, de indiferenciación de la sexualidad; por oposición a las teorías morales y jurídicas, que consideraban a la homosexualidad como un pecado y un delito, y a las teorías exclusivamente psicológicas, se trata de un estado degenerativo puro, tal como lo admitía —al principio— Krafft-Ebing. Todas ellas son ya teorías históricas”. En el tratamiento de alguno de los casos de homosexualidad, Marañón utilizó la técnica de Voronoff, procedimiento totalmente inadecuado, y vaya saber con qué parámetros, halló buenos resultados en algunos casos. Sin embargo, podría haber estado en lo cierto: en 1991 se publicó un artículo en *The Lancet* que decía que las células de Sertoli (las que producen testosterona en el testículo) son resistentes a la agresión inmunológica. En medicina las verdades de hoy pueden ser las mentiras de mañana pero en este caso parece haber ocurrido al revés.

Donde más se equivocó Marañón fue con respecto a la intersexualidad de la mujer puesto que mezcló problemas de virilización con esterilidad, utilizando metáforas como esta: “En términos generales, la conducta psicosexual de estas mujeres, como la de los niños, flota, al igual de los objetos inertes sobre las olas, a merced de las sugerencias rectas o torcidas del medio. Esta, pues, condicionada, principalmente, por la conducta de los hombres que actúan en torno suyo”. A buen entendedor pocas palabras. Sin embargo, tenemos un descargo de peso: los conocimientos sobre todo humorales de la homeostasis humana eran precarios.

Marañón tuvo un largo matrimonio con Dolores (Lolita) Moya, hija de Miguel Moya, famoso periodista español, con quien contrajo matrimonio en 1911. Tuvo cuatro hijos, un varón y tres mujeres. Falleció en Madrid el 27 de marzo de 1960.

Fue un hombre de vasta cultura, amén de sus conocimientos médicos, los tenía literarios, musicales y pictóricos. A sus espaldas, en su escritorio de trabajo, colgaban tres cuadros de El Greco.

Bibliografía

1. Marañón G, *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales* (2º edición), Madrid, Javier Morata, 1930.
2. Williams Alzaga E, “Gregorio Marañón, médico y escritor”, *La Nación*, Buenos Aires, 31 de mayo de 1987.
3. “Homo universales”, *MD en español*, Nueva York, 3 (3): 55-57, marzo de 1965.
4. Fusi JP, “Marañón, clave española”, *El País*, Madrid, 27 de marzo de 2010.
5. Id., *ibídem*.
6. Sánchez NI, Provenzano S y Pégola F, *Las primeras mujeres de la medicina universitaria argentina*, Buenos Aires, EAB, 2015.
7. Castejón Bolea R, “Marañón y la identidad sexual: biología, sexualidad y género en España en la década de 1920”, *Arbor Ciencia, Pensamiento y cultura*, 180 (759): 1-9, enero-febrero 2013.
8. Marañón G, *Tres ensayos sobre la vida sexual* (3º edición), Buenos Aires, Biblioteca Científica de Ed. Claridad, 1928.

CAPÍTULO XVI

Alfred Charles Kinsey

El *Diccionario de la lengua española* (RAE, vigésimo tercera edición, 2014) define —en su 3º acepción— a la *estadística*, como el “estudio de los datos cuantitativos de la población, de los recursos naturales e industriales, del tráfico o de cualquier otra manifestación de las sociedades humanas”. Suponemos el asombro del lector que creará que se encuentra leyendo un capítulo equivocado. Sin embargo, fue Alfred Charles Kinsey, sexólogo estadounidense, quien introdujo esta rama de la ciencia emparentada con la matemática en el estudio de la “manifestación” del sexo en la sociedad humana y que buenos dolores de cabeza le ocasionó.

Se considera que la historia de la estadística comenzó a mediados del siglo XVIII. Fue la palabra de origen alemán *stateskik*, introducida en 1749 por Godofredo Achenwall, que analizaba los elementos del Estado con un método propio. Un siglo después aparecería el primer libro de la materia de Francis G. P. Neison titulado *Contributions to Vital Statistics* (1857). No tardaría mucho la medicina para adquirir esta práctica que permitiría conocer la frecuencia poblacional de las enfermedades, los beneficios de las vacunas, su prevalencia en las afecciones y sus secuelas, etc., etc. A Kinsey se le ocurrió señalar la frecuencia de la masturbación, de los orgasmos femeninos, de la homosexualidad, etc., por medios estadísticos.

Todos los sexólogos anteriores, o una buena parte de ellos, habían efectuado sus historias clínicas pero no habían realizado un rango estadístico de ellos. Tal vez no conocían el procedimiento o carecían de los medios, elemento que Kinsey obvió contratando

un especialista en estadística. Pero ya lo había dicho Havelock Ellis: cada individuo tiene una sexualidad particular y las variables son infinitas. De allí que muchos de los resultados de sus estadísticas hayan creado un gran descontento aunque luego veremos que, ya desaparecido, sus ideas lograron una gran influencia.

Lo primero que llama la atención en Kinsey es, como le sucedió a una gran mayoría de los sexólogos de inicios del siglo XX, que procedía de una familia de gran fervor religioso. En efecto, el padre, Alfred Seguine Kinsey, protestante evangélico, encarnación de la ética dogmática, le había inculcado los deberes inocultables de la religión sobre el sexo y, suponemos que habría hecho hincapié sobre la masturbación. Debemos reconocer la actitud laboriosa paterna ya que comenzando como mecánico logró ser profesor universitario en el Instituto de Tecnología Stevens de Hoboken. Así también, todos los domingos, concurría con su esposa y sus tres hijos a la escuela, tanto al servicio matutino como al grupo de oración de la tarde. No obstante, creemos que con su prédica no había podido convencer al joven Alfred que se masturbaba de una manera muy particular: introducía dentro de su uretra elementos tales como determinados objetos *ad hoc* (algunos dicen que hasta bombillas) y que hicieron que, en la última etapa de su vida se halla interesado por el masoquismo, tal vez remedando esa extraña práctica. Por otro lado, muy solitario en su casa paterna, se volcó fervientemente al ateísmo.

Muy joven abandonó el hogar, al que ya había tratado de poner distancia uniéndose a un grupo de *boy-scouts*.

Kinsey nació el 23 de junio de 1894 en la ciudad de Hoboken, Nueva Jersey, Estados Unidos. Su madre, a la que no hemos nombrado, se llamaba Sarah Ann Charles Kinsey y fue, tal vez, el único estímulo para su pasión por el conocimiento.

Entre 1914 y 1916, estudió en la Universidad de Bowdoin, Brunswick, Maine, donde se graduó en biología como *Magna cum laude*. En septiembre de 1919 recibió su título en ciencia en la

Universidad de Harvard y como zoólogo especializado en entomología inició un minucioso estudio sobre las avispas de las agallas del roble en la Universidad de Indiana. La taxonomía —que lo seducía— y que luego emplearía en la sexología humana, le reveló que todas las avispas, que guardó clasificadas en grandes vitrinas, tenían caracteres diferentes. Eso lo pensó para el comportamiento sexual humano.

Ejerció desde agosto de 1920 como profesor auxiliar de zoología en la Universidad de Indiana.

Interesado por los problemas de la sexualidad humana, en 1936, ofreció la primera clase sobre el tema a parejas casadas. El interés que despertó esa enseñanza que pretendía explicar fue tal que se cuenta que algunas jóvenes célibes se colocaron el anillo nupcial característico de la época y otras parejas, conociendo la fecha de la disertación, apuraron su matrimonio. Los temas que Kinsey tocó, tales como el orgasmo, la frigidez y la liberación sexual causaron indignación a un grupo de profesores, entre ellos un tal Right como el más enardecido pero Kinsey no cedió en una campaña contra la moralidad victoriana.

En 1937, el *American Men of Science* lo designó como uno de sus precursores y unos meses más tarde había iniciado ese curso matrimonial de la Universidad de Indiana. Un año después tuvo el pedido similar de la Asociación Estudiantil de Mujeres de la misma institución para casados o en vías de hacerlo.

Tenía 46 años cuando abandonó la entomología dado el extraordinario éxito de sus cursos y en otoño de 1939 comenzó a estudiar de lleno a la sexualidad humana. En 1941 recibió un importante aporte económico de la Fundación Rockefeller, avalado por el Consejo Nacional de Investigación. Kinsey fundó entonces el Instituto de Investigación Bloomington de la Universidad de Indiana (hoy Instituto Kinsey de Sexo, Género y Reproducción).

Aprovechando los logros de la beca, en 1941 —es decir en su comienzo— contrató para formar el equipo, al economista que

realizaría el análisis estadístico, Clyde E. Martin, que estaba dando la pauta del sesgo que le daría a la investigación sexológica y la justificación nuestra para el comienzo de este capítulo. En 1943, incluyó en el equipo al psicólogo Wardell B. Pomeroy y con ambos escribió y publicó *El comportamiento sexual en el hombre*.

En 1947, acopló un antropólogo al equipo: Paul H. Gebhard. Todos actuaron como investigadores asociados.

El grupo no descansó (después veremos que a través del tiempo otros se complementaron) y es así que, entre 1938 y 1956, se entrevistaron 17.000 personas. En la última de las fechas citadas muere Kinsey y se sigue agregando gente para este menester, hasta 1963 en que se cierra el proyecto y la cifra de personas empleadas para las encuestas superaba las 18.000.

En la muestra, controlada desde el punto de vista estadístico, se realizaban 350 preguntas con un código que debería memorizar el entrevistado. Los datos se volcaban en tarjetas perforadas donde, sin la clave, las respuestas eran ilegibles. El procedimiento preparado por el equipo era tan engorroso que solamente ellos podían acceder con facilidad.

La capacidad de trabajo que mostraba Kinsey contrastaba con sus problemas de la infancia: padre asfixiante, raquitismo, fiebre reumática y fiebre tifoidea, deseos sexuales insatisfechos, etc. Su sexualidad no muy definida se encontró, al casarse con Clara, con unos meses donde no pudo consumir el matrimonio y que finalizó cuando a esta se le seccionó quirúrgicamente el hímen.

En 1948, en pleno apogeo de los estudios sexológicos, Kinsey publica el *Heterosexual/Homosexual. Rating Scale* donde realiza un paralelogramo en siete espacios (de 0 a 6) y los atraviesa con una línea oblicua que delimita en una primera casilla quien no siente atracción por el sexo y posteriormente —desde donde se inicia la línea citada— en un extremo el heterosexual total y, en el otro extremo, el homosexual total. En los espacios internos se verifican los casos intermedios.

En el libro sobre el comportamiento sexual del varón llega a la conclusión que el 4 % de los hombres muestra una conducta estrictamente homosexual durante toda su vida y que el 18% tuvieron en un período mínimo de tres años de conductas bisexuales, entre 16 y 55 años. Esos datos y muchos otros más de la sexualidad del hombre no tuvieron apoyo unánime.

En el libro *Conducta sexual de la mujer*, que comentaremos, siempre a través de la estadística, se revelaba que un 13% de las mujeres habían experimentado un orgasmo homosexual a partir de la adolescencia, que no eran promiscuas como los hombres homosexuales y que solamente un 3% de ellas —por un período de tres años como mínimo— habían sido predominantemente homosexuales.

Este segundo libro, publicado en 1953, tuvo como el anterior más metodología estadística que consistía en haber entrevistado a 6.300 varones y 5.940 mujeres. Se consideraba que el propio Kinsey había aportado el 57% de estas. Personalmente había recorrido buena parte del país, entrevistado a personajes especiales (prostitutas, pedófilos, homosexuales, entre ellos) y, en Chicago, había tenido su primera experiencia homosexual, fantasía que lo atormentaba desde la adolescencia y que, ante el hecho consumado, confesó a Clara, su mujer y logró, por su tolerancia, una libertad sexual que no tenía.

En su informe trató de representar clases sociales y variedades intelectuales de su país. Dividió la población en doce factores biológicos y económico-sociales: sexo, cultura, etnias, estado civil, edad, edad de inicio de la adolescencia, ocupación, profesión de los padres, lugar de residencia: urbana/rural, origen geográfico, pertenencia a grupo religioso. También advertía que estaban representadas todas las clases sociales: clase alta, media y baja y, también, desde universitarios hasta aquellos con escasa instrucción.

Pero algo no había caído bien. Se describían orgasmos de niños pequeños. ¿De dónde habían salido esos datos? Kinsey había

entrevistado a un perverso sexual, abusador de más de cien niños, incluso un buen número de sus propios familiares y el hecho había trascendido. Se consideraba que en la sexualidad humana, según el informe Kinsey, el amor no jugaba ningún papel. Incluso la antropóloga Margaret Mead criticó el informe. Se consideraba que basaba sus datos más en los estudiantes universitarios que en las personas humildes y que había sobreestimado a las hasta entonces denominadas anormalidades sexuales (lesbianismo, homosexualidad masculina y bisexualidad). En cierto modo esto último estaba avalado por la última parte de su investigación donde se dedicó a entrevistar homosexuales y prostitutas.

La realidad apareció cuando la Fundación Rockefeller envió un grupo de personas especializadas en estadísticas y después de analizar lo que los sexólogos habían realizado lo consideró poco serio y le retiró, en 1954, la subvención económica.

La opinión pública que lo había favorecido luego de su primer libro se tornó hostil y hasta el ultra conservador senador Joseph Mc Carthy (1908-1957) puso sus ojos sobre sus trabajos.

Kinsey, con una sensación de fracaso, con una gran depresión, decepcionado y amargado falleció afectado por una neumonía el 25 de agosto de 1956. Un año después moriría Mc Carthy.

El esfuerzo de Kinsey por sus teorías sobre la sexualidad había sido titánico. Ya hemos mencionado sus continuos viajes. Uno de ellos lo había llevado a Sudamérica, puntualmente a Perú donde arribó el 9 de marzo de 1954, visitando lugares arqueológicos y llegando a Cuzco. Es probable que se haya interesado por las estatuillas y falos eróticos de la civilización incaica. También aquí recibió críticas y, en una entrevista al diario *El Comercio*, expresó: “El propósito de mi libro es construir y fomentar el conocimiento y la comprensión de un aspecto fundamental en la vida de los seres humanos”. Sostuvo que sus estudios estaban respaldados por la Universidad de Indiana. La prensa limeña decía —en virtual apoyo a Kinsey— que el año 1953 pasaría a ser el de la “Segunda

Emancipación de la Mujer”, a raíz de la publicación de *Conducta Sexual de la Mujer*.

Pero dos conceptos de su estadística no terminaban de ser aceptados por la sociedad estadounidense: 1) que ser exclusivamente heterosexual es anormal y 2) que la muestra —además de ser considerada insuficiente para la población total de Estados Unidos— había sido tomada a un elevado número de delincuentes, pedófilos, exhibicionistas y vejadores sexuales.

Pero existiría algo más, Hugh Hefner (1926), que fundó el emporio *Playboy* en 1953 y ganaba fortunas, atacó lo que denominaba enseñanzas judío-cristianas de anti-sexualismo y volcó generosas donaciones al Instituto Kinsey, mientras promovía, en sus revistas, las fotos de hermosas jóvenes desnudas. La caída del prestigio de Kinsey llega a su punto más bajo.

También se tuvo conocimiento que, antes de su segundo libro, había filmado horas y horas de actos sexuales, en su propia casa, con personas de su intimidad (intervenía también su esposa Clara) y mujeres multiorgásmicas. Ese proceso duró dos años y sus hijas, ya adultas, comentaban que se les prohibía —como era lógico— acercarse a esa habitación.

Pero habría algo más que no era directamente por su accionar sino por sus ideas sobre la transexualidad. Su nombre y su popularidad se vieron también afectadas por la acción del psicólogo John Money, discípulo directo de Kinsey, que sostenía sus mismas ideas. En 1967, es decir cuando el sexólogo había desaparecido pero seguía cuestionado, los esposos canadienses Reimer, le pidieron ayuda a Money porque la circuncisión de uno de sus hijos gemelos había resultado defectuosa y había afectado completamente al pene. El psicólogo —que mucho tiempo después se conocería por ellos mismos que los había abusado cuando tenían siete años— dijo que la solución estaba en el cambio de sexo. Los padres accedieron y crearon un infierno en su hijo. Ya adolescente el niño que había sufrido esta mutilación se negó a volver a ver a

Money. Ambos se suicidaron cuando tenían alrededor de 35 años. Para la sociedad, las ideas de un Kinsey ya ausente habían causado el desastre.

Durante una década y media, aunque no lo sufrió porque había muerto, fue denostado. Sin embargo, en la década del 70 la juventud de esa sociedad lo rehabilitó y se lo tomó como ejemplo del amor libre, de la tolerancia y desestimación de la homosexualidad como enfermedad aunque algunos grupos escasos siguieran con su prédica de que esa actitud, ya después de un tiempo, contribuirá a las enfermedades por contagio sexual y al sida.

Lo cierto es que las investigaciones sobre el sexo de Kinsey contribuyeron a lo que se llamaría la “revolución sexual”, que no cayó bien en el grueso de la sociedad norteamericana. Morton Hunt¹ dice: “Los monumentales dos primeros volúmenes del Dr. Alfred Kinsey y sus colaboradores —*Sexual Behavior in the Human Male* (*Conducta sexual del hombre*, 1948) y *Sexual Behavior in the Human Female* (*Conducta sexual de la mujer*, 1953)— son hitos que registran cómo eran esas cosas hace una generación, unos años antes de que la hora actual de la liberación sexual se abriera paso. Pero, desde entonces, no se ha hecho una medición de la conducta tan comprensiva como la suya [...] Sin que los inhiba la carencia de información confiable, muchos han adoptado posiciones extremas en lo que concierne al valor y a la extensión de la liberación sexual. Los radicales sexuales, en plena exuberancia, sienten que aún no han ido bastante lejos, y que apenas han comenzado a rendir parte de los buenos frutos que darán, eventualmente, cuando haya alcanzado mayores proporciones. Los conservadores sexuales sienten que ya ha precipitado a EE.UU., por el mismo camino que, hace mucho tiempo, condujo a la ruina a Sodoma y Gomorra”.

El libro *Conducta sexual de la mujer*², con versión al castellano de Juan Pablo Echagüe (hijo) apareció en la Argentina en 1954, es decir solamente un año después de su edición estadounidense, lo que da cuenta de la expectativa que había generado. Aparecían

como investigadores asociados, evidentemente los principales, Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy, Clyde E. Martini y Paul H. Gebhard. Además de una lista de ayudantes de biblioteca, fotógrafos, traductores, secretarias, etc., como eran Jean M. Brown, Cornelia W. Christenson, Dorothy Collins, Ritchie G. Davis, William Dellenbach, Alice W. Field, Edurg G. Leser, Henry H. Remak y Eleanor L. Boehr.

La dedicatoria del libro es “a las 8000 mujeres que contribuyeron con la información en la que esta obra se basa”.

El prefacio de la obra es producto de dos presidentes del Comité de Investigaciones de Problemas Sexuales, uno entrante y otro saliente, George W. Corner (1947) y Robert M. Yerkes (1922-1947) y dice así: “Desde su concepción en 1938, este estudio ha recibido el apoyo adicto y generoso de la Universidad de Indiana. De otro modo no hubiera sido posible el rápido desarrollo, expansión y notable grado de éxito que se logró.

Hoy, en su decimoquinto año, el proyecto ha debido enfrentar y resolver muchos problemas de operación y cierta oposición; pero en algunos aspectos ha sido muy afortunado. En los Estados Unidos de Norte América, el siglo veinte constituyó un período de cambios rápidos y revolucionarios en materia de sexo. Durante todo el siglo XIX, el punto de vista puritano en el aspecto sexual, predominaba en los Estados Unidos de Norte América; pero a fines del siglo, tanto las costumbres como las prácticas, evolucionaron notablemente. Lo que no podía expresarse en sociedad hace cincuenta años —hechos y experiencias sexuales y reproductivas— son ahora discutidas sin reparo. Estos cambios se deben en parte a: 1) La progresiva emancipación sexual y económica de la mujer, 2) La influencia universal de las teorías y descubrimientos de Freud, 3) Al contacto que durante las guerras mundiales, millones de jóvenes norteamericanos tuvieron con pueblos y cultura cuyos códigos y prácticas sexuales diferían totalmente de aquellos en que fueron educados. Estos cambios hicieron factible la labor del

Comité y abrieron paso al informe de Kinsey. Poco antes, Henry Havelock Ellis (1859-1939), un eminente estudiante, sufrió en Inglaterra una severa censura y la prohibición legal de publicar los resultados de sus estudios sobre sexo. Más tarde (1856-1939), los trabajos de Sigmund Freud sobre el rol que desempeñaba el sexo en la etiología de las neurosis, fue rechazada por sus colegas. Pero el psiquiatra austriaco insistió en su encuesta y eventualmente, propuso teorías y formuló hipótesis que cambiaron fundamentalmente nuestro concepto del papel que la sexualidad representa en nuestra vida mental y social.

No se infiere una comparación entre Freud y Kinsey, ya que ambos diferían en temperamento, prácticas profesionales y en sus objetivos; pero debe tomarse nota del hecho de que Freud, basándose en su experiencia clínica, propuso teorías que constituyeron los cimientos de una obra para la que no se hallaba preparado. Esta es la magna tarea de encontrar hechos mediante una investigación cuidadosa, paciente y larga que, Alfred Kinsey, dotado de experiencia en el laboratorio y en la práctica, está llevando a cabo. Del minucioso trabajo de Kinsey debiera surgir el conocimiento básico de fenómenos sexuales, para poder así verificar, modificar y suplementar la teoría”.

Esta extensa transcripción tiene por objeto mostrar cómo se consideraba la obra en 1953. Había un panorama hasta ese entonces oculto, molesto diríamos para una buena parte de la población imbuida de preceptos religiosos. Daba gran importancia —como evidentemente la tuvo— a Havelock Ellis pero, en cierta forma, desestimaba la de Freud. Lo que resultaba notorio es que esa figura de la mujer procreativa, sumisa, que ocultaba sus orgasmos, como ya hemos visto en esa actitud cautelosa de Paolo Mantegazza para hablar de esos temas en el siglo XVIII, iba quedando de lado.

El libro editado en nuestro país tiene 820 páginas, en realidad un gran volumen, con un índice que conforma tres partes. La primera se refiere a “Historia y método” y se divide en tres capítulos:

1) “Alcance de la obra”, donde abarca temas tan dispares como ser: problemas sexuales del celibato, educación del niño y otro sobre la vigilancia social del comportamiento, la legislación y los delincuentes sexuales entre otros temas; 2) “Las observaciones y su análisis estadístico”, donde refiere la metodología empleada y 3) “Fuentes de información”.

En la segunda parte entra en materia sexológica y su título es “Tipos de actividad sexual entre las mujeres”. El capítulo cuarto se refiere al “Desarrollo sexual en la preadolescencia”, el quinto “Masturbación”, con antecedentes en mamíferos y grupos humanos primitivos, relación en grupos religiosos y con la edad, las técnicas para realizarse y, entre otros, un tema no muy esperado: su significación. El capítulo sexto se dedica a los “Sueños sexuales”; el séptimo a las “Caricias premaritales”; el octavo a “El coito premarital” y, como no podría ser de otra manera, el noveno al “Coito marital”. El décimo capítulo de esta segunda parte está dedicado a “El coito extraconyugal”, donde lo relacionan con la edad, nivel educacional, clase social, antecedentes religiosos, etc., etc.; el undécimo a las “Reacciones y contactos homosexuales”; el duodécimo “Contactos con animales”; el décimo tercero “Total del desahogo sexual”, donde se observa la respuesta erótica.

La tercera parte tiene un título sugestivo porque se analizan comparativamente el miembro viril del hombre con la anatomía de la mujer: “Comparaciones entre la mujer y el hombre”.

Con un capítulo decimocuarto titulado “Anatomía de la reacción sexual y del orgasmo”; décimo quinto “Fisiología de la reacción sexual y del orgasmo”; décimo sexto “Factores psicológicos de la reacción sexual”; décimo séptimo “Mecanismos neurológicos de la reacción sexual” y décimo octavo “Factores hormonales de la reacción sexual”. Como se puede observar la actitud de Kinsey fue no dejar resquicio sin explorar.

Conducta sexual de la mujer es un libro, como se puede observar, de frondosas páginas donde, a través del método estadístico

—cuestionado por muestras poco convincentes y, tal vez, un grupo de pequeño para representar a toda la población— se responde a una serie de interrogantes sobre la sexualidad humana. Terminaremos el capítulo con algunas conclusiones puntuales, donde prima la estadística de la sexualidad femenina.

“Como consecuencia de las caricias, el doce por ciento de las mujeres practicó la masturbación”.

“La estadística demuestra que la masturbación fue practicada por las mujeres correspondientes a todos los grupos desde la infancia hasta la vejez”.

“El número de mujeres que se masturbaba hasta llegar al orgasmo difiere según el nivel educacional. Por ejemplo, la incidencia acumulativa a la edad de 40 años, variaba del 34 por ciento entre las que no pasaron de la escuela primaria, el 59 por ciento para las que cursaron estudios secundarios, el 63 por ciento para las universitarias graduadas”.

“Los sueños sexuales se presentaron con mayor frecuencia en las mujeres mayores; entre la adolescencia y los 15 años, el dos por ciento tuvo sueños con orgasmos, aumentando el porcentaje en los grupos de más edad. Correspondió del 22 al 38 por ciento para las edades de 40 a 50. Después de esa época las incidencias empiezan a declinar”.

Aunque el siguiente párrafo no muestra estadística, nos pareció interesante por el valor religioso. “*Interpretaciones morales.*— Los códigos judío-cristiano condenan la aceptación y la provocación de situaciones eróticas si no tienden a la procreación como objetivo esencial. El hecho de que desapruere esta práctica refleja esa tradición moral; el código ortodoxo judío es terminante al condenar la desnudez de parte o de la totalidad del cuerpo, exceptuando la cara y las manos, y al condenar también la contemplación de esa desnudez, aun en privado, entre cónyuges. Dicha prohibición entre cónyuges no se permite ni siquiera en la relación sexual, excepto en lo indispensable y con el fin de procrear.

Si bien la filosofía moral católica no considera la práctica de las caricias como costumbre pecaminosa si se relaciona directamente con el acto del coito con miras a la procreación, es también terminante en su condena si dicha práctica no se aviene a tal fin. Dicha actividad sexual debe ser efectuada de tal manera que ofrezca las posibilidades de que la mujer quede embarazada”.

“La mujer casada no alcanza siempre el orgasmo y existe un 10 por ciento que no lo alcanza jamás. El 75 por ciento respondió al orgasmo por lo menos una vez en el primer año de matrimonio. La curva de la incidencia acumulativa ascendió al 90 por ciento cuando la mujer había estado casada por espacio de 20 años”.

“La declinación del coito marital no es una prueba de que la mujer envejece sexualmente”.

“Una importante causa de desavenencia en el matrimonio, reside en el hecho de que el hombre desea más intensamente los contactos sexuales durante sus primeros años de juventud, justamente en el período en que las respuestas de la mujer no se han desarrollado aún, mientras lucha por liberarse de las inhibiciones”.

“[...] el porcentaje de los contactos maritales que condujeron al orgasmo era más bajo en los grupos más jóvenes. Había ascendido progresivamente en los grupos de mayor edad”.

De las mujeres que experimentaron el orgasmo, un 14 por ciento lo hizo a la edad de 12 años y cuatro meses, que era la edad término medio de la iniciación de la adolescencia. Ascendió la curva al 23 por ciento a los 15 años y a un 49 por ciento a los 20. Su máximo era de 75 por ciento alrededor de los 35 años de edad”.

“La mujer media en la estadística activa promediaba un orgasmo cada dos semanas (0,5 por semana). El término medio de frecuencias era de 0,3 (*se había referido a la adolescencia*) y 0,5 por semana cada grupo subsiguiente hasta la edad de 60 años”. Desde ya que Kinsey menciona a todas las prácticas por las que se puede alcanzar el orgasmo.

Con respecto a la edad y el orgasmo dice: “En la estadística hubieron mujeres que respondieron más tempranamente, pero que dejaron de experimentar el orgasmo y, en algunos casos, de excitarse eróticamente alrededor de los 40 años. La mayoría de las mujeres reaccionó hasta la edad de 50-60 años y registramos un caso de 90 años que aún respondía regularmente”.

De ninguna manera está en nuestro ánimo, tratándose de una obra destinada a relatar vida y obra de los sexólogos, realizar apreciaciones sobre los mismos problemas sexuales pero no podemos dejar de mencionar en cuánto ha contribuido la liberación sexual de la mujer que tuvo lugar en el último medio siglo, a que muchas de las cifras estadísticas de Kinsey y colaboradores nos parezcan *prima facie* desbordadas por la educación sexual, las películas pornográficas y no ponemos como ejemplo los artefactos para autosatisfacción porque ya la civilización incaica, en nuestra Sudamérica, los utilizaba.

Bibliografía

1. Hunt M, *Conducta sexual en la década del 70*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974.
2. Kinsey AC *et al.*, *Conducta sexual de la mujer*, Buenos Aires, Editorial Médico-quirúrgica, 1954.

CAPÍTULO XVII

Masters/Johnson

No hemos separado los apellidos de dos sexólogos, unidos primero por la casualidad y luego por el matrimonio, porque fue su labor mancomunada lo que les permitió introducir la tecnología en el estudio de la sexualidad humana. Fue, tal vez, un paso audaz y más adelante de Kinsey que había empleado la estadística como arma preferida para esos estudios.

Si algo debemos agradecer —desde el punto de vista médico— a William Howell Masters (Bill) y a Virginia E. Johnson (Gini) (en realidad su verdadero nombre era Mary Virginia Eshelman y de su apellido solamente quedó su inicial) fue liberar a la mujer de una incógnita devenida desde siglos atrás: habían descubierto que muchas de ellas, quizás las más normales, eran multiorgásmicas a través del clítoris que se asomaba durante la excitación sexual en el medio de la vulva porque se extendía por sus bordes y la contorneaba. Hasta ese momento, por decoro o por lo que el machismo había hecho de la mujer, se consideraba que no todas lograban el orgasmo que, por otra parte, se consideraba único. Además, la vergüenza era un impedimento para la verdad de una confesión.

Otra novedad que impone esta pareja de sexólogos es la activa participación de una mujer en estudios de esta naturaleza. Omitimos considerar, por ejemplo, el caso de Clara, la mujer de Alfred Kinsey que colaboró hasta teniendo sexo porque no era en realidad una investigadora de este. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar a la inglesa Marie Charlothe Carmichael Stopes (1880-1958) que se dedicó mucho antes al control de la natalidad o, por ejemplo aunque existen otros más, a Helen Singer Kaplan, que

trataremos en otro capítulo y que simplificó las fases del orgasmo, tomando como base las que habían señalado Masters y Johnson, mediante el control cardíaco y por medio de un consolador para provocar el orgasmo en mujeres que se prestaban para ese menester. Luego otras mujeres más aparecerían en el horizonte de los estudios sexológicos.

Historiar la biografía de la pareja de sexólogos constituye realmente un placer porque revela el interés de ambos por la cultura, por la mejora del intelecto y por adentrarse en espacios no explorados, actitudes que no todos los jóvenes asumen.

William H. Masters nació el 27 de diciembre de 1915 en Claveland, Ohio, hijo de Francis Wynne Masters y de Estabrooks Taylor. Logró, en relación con el estado económico de su familia, como su hermano Francis, una educación privilegiada que supo aprovechar.

Concluidos sus estudios primarios en Kansas City prosiguió los mismos en una escuela privada, la *Laurenceville Scholl* de Nueva Jersey, donde finalizó su graduación a los 18 años con notas relevantes. Posteriormente ingresará en el *Hamilton College* de Nueva York, donde también se destacará en la práctica deportiva del béisbol y del básquetbol.

Con su título de médico, a los 23 años de edad, Masters emprende una especialización en investigación en la Escuela de Medicina y Odontología (como ocurrió en Buenos Aires, inicialmente compartían la misma Facultad) de la Universidad de Rochester, donde tuvo particular dedicación a la ginecología y a la obstetricia. En ese sentido adoptó como mentor a uno de los discípulos de Kinsey: el doctor George Washington Corner, con quien trabajó en un estudio comparativo entre la forma de reproducción de los seres humanos y de los animales. Quizá, ese haya sido el ariete que lo impulsó a sus actividades posteriores. Fue Corner también quien lo aconsejó —luego de cumplir con el servicio militar en la marina de su país— a trabajar como médico interno en el *Saint*

Louis Maternity Hospital de la localidad de ese mismo nombre, para desarrollar las disciplinas médicas que había abrazado. Luego trabajaría en el *Barnes Hospital*.

Todo fue apresurado en la vida de Masters porque en la primera década de su graduación tuvo diversos acontecimientos. En 1942 (recuérdese que se había recibido en 1938) se casó con Elizabeth Ellis, curiosamente el apellido de otro sexólogo de nota: Havelock Ellis. La pareja tuvo dos hijos: Sarah y William Howell Jr. En 1947 fue designado profesor Auxiliar en la Escuela de Medicina de la Universidad de Washington, donde se ocupó de la terapéutica hormonal, trabajo muy bien recibido que le valió una beca del *United States Institute of Health* donde, apasionado por las indicaciones previas de Corner, investigó las disfunciones sexuales del hombre y de la mujer. Siente, entonces, la necesidad de tener una ayudante, una mejor forma de acercarse a las mujeres. Pienso en una médica pero abandona pronto la idea porque, además de su pequeña proporción con respecto a los varones médicos en esa época, cree que sería una investigación que no considerarían adecuada. Una secretaria del grupo hospitalario había comenzado a estudiar sociología y ella sería la persona justa: Virginia E. Johnson. También había sido estudiante de psicología, entre otras cosas que luego comentaremos, pero no se había graduado.

Durante más de 40 años, la pareja trabajó intensamente con una fama que no recibió los cuestionamientos que tuvo Kinsey y sus colaboradores.

En la década del 90, Masters comienza a sufrir párkinson y en 1994 decide retirarse. Un año antes se había divorciado de Virginia que, en alguna oportunidad había manifestado que no lo amaba pero le deseaba la mayor felicidad. En 1971 se había separado de Ellis, su primera mujer pero no vivirá solo porque seguirá con su tercera esposa, Geraldine Baker Oliver, novia de su juventud, que lo atendió amorosamente en Tucson, Arizona. Masters falleció el 16 de febrero de 2001.

Mary Virginia Eshelman (luego Virginia Johnson) nació el 11 de febrero de 1925 en Springfield, Missouri, hija de Hershel Harry Eshelman, un granjero, y de Edna Evans. Divorciada en tres oportunidades, madre de Scott, y Lisa, poco después de cumplir 30 años desiste de sus aspiraciones de mezzosoprano y de cantante *country* radial y se separa de su última pareja, el rockero George Johnson de quien mantendrá su apellido. Es allí cuando entra a trabajar como secretaria en la maternidad de la Escuela de Medicina de la Universidad de Washington. Su trabajo consistía en completar datos de los pacientes para los seguros médicos y, tal es la importancia de su labor que, a falta de despacho, trabaja en el pasillo.

Aquí entra la serendipia. Es Masters quien tiene necesidad de una secretaria, como ya dijimos, y Johnson es la elegida. Él mismo se encarga de darle lecciones de anatomía y fisiología para ponerla en el cauce de los estudios. Un día el médico dirá: “Al menos el 70 % de la terapia fue idea suya”.

Su casamiento con Masters en 1971 fue otra forma de acercamiento a los estudios de la sexualidad porque tenían oportunidad de conversar sobre sus propios sentimientos y problemas sexuales.

Cuando Masters organiza, fuera del ámbito universitario la *Fundación para la Investigación en Biología Reproductiva* que, en 1978, se convertirá en *Instituto Masters y Johnson*, coloca a esta última como asistente a investigador asociado. Poco a poco, será ella la principal figura de la fundación.

El final de Virginia no fue el que debería haber tenido quien había aportado tantas investigaciones útiles para la mujer y que tantas relaciones de pareja que tuvo porque falleció, eso sí a elevada edad, hace muy poco el 24 de julio de 2013 en St. Louis, Missouri, en la residencia de ancianos *The Altheim*. Tenía 88 años...

Los estudios sexológicos que inicia Masters tienen su punto de partida en sus primeras investigaciones sobre la fisiología del acto sexual al comienzo de su carrera médica y se afianzan en

la práctica cuando, como ginecólogo y cirujano, se especializa en ayudar a las parejas infértiles —con los escasos conocimientos de la época— para lograr el embarazo. Pronto se despierta en él la inquietud por conocer los cambios fisiológicos que se suceden durante el coito.

Consolidada ya la pareja, Masters y Johnson, que estudiarían los casos por espacio de una década, observaron y controlaron los cambios fisiológicos, incluso sobre la frecuencia cardiaca, que ocurrían durante el acto sexual en parejas que accedieron a tal prueba. Se considera que, durante ese lapso, fueron 276 que lo hicieron. Además, debemos agregar a mujeres que llegaban al orgasmo solas a través de consoladores y también eran estudiadas. Muchas de ellas recibían una retribución económica por prestarse a tal estudio. La prueba había comenzado con prostitutas pero, finalmente, se desecharon porque suponían que presentaban una congestión pélvica crónica lo que las desmerecía.

Fruto de esos estudios dan a luz, en 1966, el libro *La respuesta sexual humana*, en principio destinado al cuerpo médico especializado en el tema pero que, al llegar al público en general, logró una difusión y un éxito de ventas que puso a los autores en la punta del viento. Las críticas de los sectores religiosos, sobre todo, arremetieron pero no lograron alterar la fama del estudio.

Se destacaba la respuesta multiorgásmica de muchas mujeres como también manifestaba los investigadores citados que las fases sobre las que se asentaba el acto sexual eran las siguientes: excitación – meseta – orgasmo – resolución. Los estudios fisiológicos consolidaban la idea, originada medio siglo antes, que el acto sexual no era una función meramente procreativa y que tenía vinculaciones hormonales, cardíacas y cerebrales.

Si comparamos con la literatura del resto de los sexólogos anteriores de Masters y Johnson nos asombrará, seguramente, la relación de su libro *La respuesta sexual humana* con la medicina tanto ginecológica como urológica. Es realmente un libro de medicina

con su anatomía, su fisiología y todos los problemas que pueden modificar esta última, incluso los sociológicos. Era real que se produjo para que lo leyeran los médicos y la repercusión fue realmente extraordinaria en el resto de la sociedad. El ejemplo palpable de las palabras anteriores puede ser verificado por la reproducción del índice de la obra:

Prefacio

INVESTIGACIONES EN LA RESPUESTA SEXUAL

1. El ciclo de la respuesta sexual
2. Investigación en la población

RESPUESTA SEXUAL FEMENINA

3. Respuesta extragenital femenina
4. Genitales externos femeninos. Anatomía y fisiología
5. El clítoris
 1. Anatomía y fisiología
 2. Consideraciones clínicas
6. La vagina
 1. Anatomía y fisiología
 2. El papel funcional en la reproducción
 3. El papel funcionante en la reproducción
7. La vagina artificial. Anatomía y fisiología
8. El útero. Consideraciones fisiológicas y clínicas
9. El orgasmo femenino
10. Embarazo y respuesta sexual
 1. Anatomía y fisiología
 2. Consideraciones clínicas

RESPUESTA SEXUAL MASCULINA

11. Reacciones extragenitales masculinas
12. El pene
 1. Anatomía y fisiología
 2. Consideraciones clínicas
13. El escroto y los testículos. Anatomía y fisiología

14. Orgasmo masculino (eyaculación)

RESPUESTA SEXUAL GERIÁTRICA

15. La mujer añosa

1. Anatomía y fisiología
2. Consideraciones clínicas

16. El hombre de edad

1. Anatomía y fisiología
2. Consideraciones clínicas

GENERALIDADES SOBRE LA RESPUESTA SEXUAL

17. Similitudes en la respuesta fisiológica

18. Miotonía en la respuesta sexual

19. Sexualidad de los sujetos estudiados

Bibliografía

Glosario

Índice de materias

Digamos también, a modo de las fuentes a las que recurrieron los autores, que las citas bibliográficas llegan a 333.

Sostenemos que el prefacio vierte ideas sobre lo superficial que hasta ese momento era el estudio de la sexología pero no singulariza en la figura de Havelock Ellis que nos parece un pionero por la fecha y el lugar donde produjo sus estudios. La crítica llega, como no podría ser de otra manera, hacia los estudiosos estadounidenses del problema y no olvidemos que en más de una oportunidad Masters y Johnson hablan de “nuestro pueblo”. Localistas o no, la crítica acierta cuando dicen lo mal que se enseñó hasta ese momento la fisiología del sexo. Al final hacen esta aclaración: “Por qué entonces la ciencia y los científicos continúan dominados por el miedo —miedo a la opinión pública, de las consecuencias sociales, de la intolerancia religiosa, de la presión política, y por sobre todo del fanatismo y del prejuicio— tanto dentro como fuera del mundo profesional.

Van de Velde y Dickinson fueron los primeros en investigar y escribir sobre la fisiología sexual, pero se vieron obligados a esperar

el ocaso de sus carreras profesionales antes de exponerse a la opinión pública y profesional. Como es obvio, se indignaron cuando aparte del oprobio esperado y las implicaciones sensuales, las ciencias biológicas y de comportamiento les cerraron categóricamente las puertas de la investigación objetiva. Es muy posible que la historia registre junto a la enorme contribución de Kinsey el hecho de que este increíble esfuerzo lo capacita en la actualidad a asentar sus pies con firmeza en dicha puerta, a despecho de las presiones que con probabilidad hubieran destruido a un hombre menos fuerte.

Esta obra representa el primer escalón, en el mejor de los casos un escalón no muy firme, pero por lo menos un primer paso hacia una política de puertas abiertas, puesto que la puerta de la investigación objetiva no debe volver a cerrarse”.

La explicación más clara que hemos encontrado en los estudios sexológicos sobre la fisiología de la fecundación humana la han ofrecido, sin duda, Masters y Johnson. En el capítulo 6 que denominan “La vagina” podríamos sintetizarlo cuando comienza este y dicen: “Así como la erección en el hombre es la expresión fisiológica directa al acto sexual, la expansión y lubricación vaginal comprenden la indicación fisiológica directa de invitación al acto sexual”. Luego describen una por una las fases que señalan presentes en el acto sexual y podemos inferir que en la de excitación predomina la lubricación vaginal pero también se inicia su expansión y el aumento de tamaño de los labios menores, en la meseta es de intensa reacción vasomotriz con dilatación venosa, la orgásmica es de contracciones con intervalos de 0,8 segundos como promedio de 3 a 5 veces y, finalmente, la de resolución donde el color púrpura oscuro de la mucosa vaginal y todos los cambios mencionados vuelven a su estado anterior.

Es interesante lo que comentan los autores de la reproducción. Suponemos que, con la mujer en decúbito dorsal, el cuello del útero se introduce en la plataforma donde se deposita el semen o sea en la cara posterior de la vagina.

Las fases del orgasmo definidas por Masters y Johnson están consideradas en diversos aspectos: tanto en el orgasmo sin pretensión de reproducción como en este último y así también durante el embarazo. Pero sus investigaciones no pararon aquí porque se estudiaron siete mujeres que, por agenesia vaginal, resuelta en cinco de ellas por cirugía y dos respondieron a métodos mecánicos (?).

Además comprobaron que tanto la expansión como la dilatación vaginal disminuyen con el aumento de la edad de la paciente, como también el trofismo de sus paredes que pierden color, grosor y elasticidad.

Todas estas consideraciones, solamente una pequeña parte de las conclusiones de los autores, son la pauta de la minuciosa experimentación, con una amplia gama de edades de las mujeres investigadas.

Todos los estudios realizados en mujeres y hombres seleccionados, se agruparon por décadas (en las primeras comenzaron entre 21-30 y terminaron en 71-80, aunque tuvieron 2 entre 18 y 20 años; y las décadas de los hombres transcurrieron entre 21-30 y 81-90). En todos los casos se tuvo en cuenta el grado de educación que llegaba hasta graduados de alto nivel. Así como se observa un subtítulo sobre falacias sobre la vagina, también se puede apreciar en el índice transcripto, existen sendos capítulos sobre la mujer añosa y sobre el hombre de edad, tal como los citan Masters y Johnson.

Insistimos que el trabajo de esta pareja de sexólogos, por lo menos en *Respuesta sexual humana*, difiere totalmente del resto, a menudo psiquiatras o psicólogos. La anatomía y los cambios fisiológicos, como hemos dicho, que ocurren durante las cuatro fases del orgasmos que ellos determinaron están descritas con minuciosidad. Incluso no se detienen a determinar si la fase orgásmica de la mujer ocurre en el clítoris o en la vagina porque consideran el aparato genital como un todo. Tampoco olvidaron a las glándulas de Bartholin que también cumplen su función.

No nos parece que las otras obras hayan sido de la modalidad, por definirla con un término, ni de la calidad científica de esta donde el aparato masculino como el femenino, con los cambios que comienzan en la fase de excitación estuviese tan bien descrito. No obstante, pocos años después de sus trabajos sexológicos recibieron una crítica por homologar el pene con el clítoris. En efecto, en 1987, la médica y psicóloga estadounidense, graduada en la Universidad de Harvard, Josephine Lowndes Sevely publica *Eve's Secrets. A New Theory of Femaly Sexuality* (*Los secretos de Eva*¹) donde desestima la idea de asimilar el clítoris con el pene, creando una nueva zona erógena (la corona de Lowndes) como prolongación en la mujer a través del interior de los labios vaginales que recorre en toda su extensión, de los que ya hablaban Masters y Johnson. En pocas palabras, para Sevely la vagina sería una inversión interna del pene —aunque con una gran complejidad según la autora— porque también con ello estaría probada la eyaculación femenina.

A inicio de la década del 70, ya en su propia clínica, Masters/Johnson matrimonio, siguen con sus publicaciones y sientan las bases de qué factores psicológicos (temor al embarazo, incomunicación con la pareja, considerar la penetración como una agresión, etc.) son origen de ciertos casos de frigidez o impotencia. Aparecerá la obra *Inadaptación sexual humana* y, más tarde, *El vínculo del placer* (1974) y *La sexualidad humana* (1982) en colaboración de Robert C. Kolodny. Ya al final de la década del 80 serán otros dos nuevos títulos: *Homosexualidad en perspectiva* y *Crisis: el comportamiento heterosexual en la era del sida*.

A través del tiempo transcurrido y de los “sexólogos a granel”, debemos dejar en claro que la obra mas reconocida por el público en general en esta materia fue la de Masters y Johnson. No nos atreveríamos a sostener lo mismo en los medios científicos en virtud de que en la ciencia médica “las verdades de hoy son las mentiras de mañana” y han pasado muchas décadas desde entonces. No podemos discutir, sin embargo, que con sus investigaciones

podríamos decir arriesgadas —tal como las había realizado Kinsey aunque con otra cualidad— se abrió una senda de verdad, sobre todo para la mujer.

En 1974, Masters y Johnson, con la colaboración con su prólogo —como se explica en su inicio— de Robert J. Levin, publicaron *The Pleasure Bond*. Cuya traducción al castellano fue *El vínculo del placer* que llevó como subtítulo *Un nuevo enfoque del compromiso sexual*^P. Sus trabajos anteriores le habían otorgado elementos suficientes como para persistir con sus publicaciones y, además, con el éxito editorial obtenido con anterioridad era probable que no quisieran perder su vínculo con la fama.

Con una *Introducción* enfocada a “La responsabilidad sexual” y un prólogo de Levin que nos antecede de lo que trata el libro y cómo se realizó. En el primer caso resulta útil reproducir el primer párrafo: “Un problema que preocupa a muchas parejas es la forma de mantener despierta la atracción física que en un primer momento los acercó. Tarde o temprano —y hay maridos y mujeres a quienes les sucede con desalentadora rapidez— parece como si el magnetismo de sus cuerpos perdiera buena parte de su fuerza. Tal vez ninguno de los interesados diga una palabra sobre el asunto, pero es posible que a ambos los aflija lo que parece ser un descenso gradual de la excitación”. Y está todo dicho. Ese es el punto de referencia del tema del libro.

¿Cómo se realizó? En todos los casos —con la lógica intervención de los autores— la base de la obra fueron conversaciones con parejas. “En consecuencia, en el periodo que va de mayo de 1971 a junio de 1972 se llevaron a cabo once mesas redondas. Cinco de ellas se transcriben en este volumen”. Se alteraron todos los detalles personales referentes a los participantes e, incluso y así debía de ser, otros nombres o datos que pudieran servir para identificarlos. El anonimato de los participantes fue total.

La *Introducción* a cargo de la pareja de sexólogos es una interesante defensa de la sexualidad femenina, según ellos parcialmente

liberada por la revolución industrial ya que anteriormente estaba condenada a ser la partenaire del hombre que así satisfacía su apetito sexual y agregaban: “Como herencia adicional, las omnipotentes ortodoxias religiosas, la intolerancia social y la ignorancia de los problemas sexuales por parte de los profesionales del arte de curar contribuyen en grado inconmensurable a la falta de comprensión que exhibe nuestra cultura frente a la reacción sexual en tanto proceso fisiológico natural, comparable con otras funciones naturales como pueden ser la respiración, la intestinal y la urinaria”. Señalan la opinión vertida por un autor de un texto de ginecología publicado a finales de la década de 1950, donde expresaba la opinión de los médicos sobre la creíble ausencia de orgasmo femenino y que raras veces tenían sensaciones sexuales. El cambio tenía que suceder.

Lo importante de esta traducción es que en ella, sin interferencia de las discusiones de las mesas redondas con otros participantes, Masters y Johnson plantean claramente sus ideas como así también aceptan las bases —algunas polémicas— de los demás.

Los que podrán calificarse como doce capítulos de la obra están agrupados en tres temas:

I. El tema del matrimonio

II. Variaciones sobre el tema del matrimonio y

III. Nueva formulación del tema del matrimonio

Como se podrá inferir las conversaciones de los participantes son interesantes y reflejan una intimidad habitualmente mantenida en reserva por cada individuo. Analizaremos algunas de ellas en forma sucinta.

El primer grupo de los señalados está dedicado mayormente a las parejas jóvenes y, sobre todo, a los temas de la excitación sexual y a la frigidez femenina. Uno de estos capítulos lleva por título “Los matrimonios jóvenes”. De cómo el doble código influye sobre el placer “que no está representado por otra cosa que la satisfacción conjunta”, con largos pasajes donde tanto Masters como Johnson manifiestan sus opiniones. El capítulo siguiente es

como una consecuencia mancomunada de satisfacciones y por eso se titula “Lo que pueden ganar los hombres con el movimiento de liberación femenina”. Finalizando con “Por qué el sexo no ‘funciona’ si se ‘trabaja’ como trabajo”, donde no participa ningún componente de la mesa redonda y constituye una mención de Masters/Johnson con el objeto de aconsejar la relación entre el hombre y la mujer en los momentos de practicar el sexo para que esta acción no sea un acto automático, sin preparación ni amor.

El segundo gran grupo tiene solamente tres capítulos que tratan de las relaciones de los componentes de la pareja y comprende sexualidad extramatrimonial, sexo libre y el significado de la fidelidad sexual en el matrimonio, todos temas que posteriormente serán revisados (no decimos cuestionados) por Shere Hite (*ver capítulo nº XLIX*).

Los temas del último grupo son más variados y por ello transcribimos completamente sus cuatro capítulos en forma correlativa: “El segundo matrimonio. Cuando la comunicación cuenta realmente”, “Tocar y acariciar. Como nace la intimidad”, “De cómo el fingimiento hace imposible el placer sexual” y “El compromiso al vínculo del placer”.

Nuestra opinión es que *El vínculo del placer*, como dijimos al principio, fue una forma de presencia de la pareja de sexólogos, pleno de reflexiones pero con destino al gran público. Sus consejos partían, sin duda, de sus conocimientos anteriores pero el aporte científico no se puede comparar a las de las dos primeras obras.

En 2009, Thomas Maier, cuando aún vivía Virginia Johnson, publicó el libro: *Masters of sex: The life and Times of William Masters and Virginia Johnson, the Couple Who Taught America How to Love*, que editara Santillana como *Masters of Sex* y, posteriormente, otras editoriales.³

En un breve prólogo Maier dice: “La historia de William Masters y Virginia Johnson, posiblemente como ninguna otra, trata de los eternos misterios del sexo y el amor. Su vida pública supone

una ventana sin parangón hacia la revolución sexual estadounidense y los cambios culturales históricos que nos acompañan hasta nuestros días, mientras que su relación privada refleja muchos de los deseos básicos, las tensiones y las contradicciones existentes entre los hombres y las mujeres”.

En esta obra, muchos de los resultados de las investigaciones volcadas en *La respuesta sexual humana* están pormenorizados con exactitud, como dice en ese mismo prólogo, con “cientos de hombres y mujeres y más de diez mil orgasmos”.

Como no podría ser de otra manera el libro de Maier comienza con la historia de Virginia —a la que tuvo ocasión de entrevistar— y de William, fundamentalmente sus vidas amorosas, aunque no deja de destacar las condiciones profesionales (afecto hacia las pacientes y capacidad científica) de este último.

Incluso, comenta la oligospermia de Masters y el subterfugio de utilizar una cápsula para contener el semen y un procedimiento innecesario de describir. Con él, su mujer tuvo sus dos hijos.

El libro, novelado, cuenta pormenores de las relaciones de las parejas o mujeres solas, admitidas para las investigaciones que, realmente, no es el propósito de nuestro enfoque. En cuanto a las investigaciones comenta, por ejemplo, que uno de los ayudantes de la pareja debía tomar con una cinta métrica el largo del pene flácido y en erección de 80 voluntarios. El resultado era que los más pequeños, en erección, alcanzaban la misma situación que los más largos en idéntica circunstancia. Por otro lado llegaron a la conclusión que el tamaño del miembro viril no influía en el orgasmo de la mujer. En todos los casos la vagina se sabía acomodar.

En otro perfil de la investigación, las compañeras sustitutas sexuales —entre las que se encontraba alguna esposa ardiente— ayudaban a los hombres con disfunciones sexuales (impotencia, eyaculación precoz, entre otras) a corregir su defecto. Mientras que los métodos habituales recuperaban la buena función en un 25 % de los casos, Masters y Johnson llegaron al 80%. En un caso,

este tipo de actividad puso a la pareja al borde del escándalo. No obstante, con cierto aire secreto, las sustitutas siguieron con su trabajo y muy bien remuneradas.

La primera de las obras de ambos sexólogos llegaría a constituirse en un *best seller* en muy poco tiempo. Ya en 1970, Nat Lehrman⁴ publicará *Las técnicas sexuales de Masters y Johnson. Hacia una sexualidad sin problemas*, que lo dice todo y no es exactamente solo su autora. Luego de un preámbulo, un prefacio y una introducción, a cargo, respectivamente, de Masters y Johnson, Mary S. Calderone y Lehrman, transcurre por tres grandes temas (*La inadecuación sexual humana, La respuesta sexual humana y El marco terapéutico*). La obra de esta autora (en inglés *Masters y Johnson Explained*), donde en una buena parte está conformada por entrevistas a los sexólogos, deja en claro un gran número no digamos de incógnitas, sino más bien de detalles que mejoran la apreciación de la obra. La repercusión del trabajo de Lehrman fue importante ya que en 1972 estaba traducida al castellano y respondía realmente a las jugosas entrevistas y a la mentada repercusión lograda por la revista *Playboy*.

El “Preámbulo” de Masters y Johnson es más bien un agradecimiento a la autora; mientras que el “Prefacio” de Calderone hace una mención general al tema y no deja de nombrar a las “maniobras de orientación matrimonial” de Van Velde. La autora, en la “Introducción”, agradece a Bill y a Gini, y destaca —suponemos que en forma irónica— “unos pocos logros”:

- “Sacar el sexo del pizarrón y trasladarlo al laboratorio.
- Sacar fundamentalmente de la alcoba la controversia sobre el orgasmo clitoriano o vaginal.
- Destruir definitivamente los mitos sobre la presunta ineficacia del pene pequeño.
- Descubrir que el sexo y la vejez no son incompatibles.
- Obtener una tasa de curaciones sin precedentes del 80 por ciento entre personas aquejadas por diversos tipos de insuficiencia sexual”.

En los tres grupos mencionados se distribuyen los siete capítulos, los cuatro primeros de la autora y los tres últimos de Horner C. Curtis (“Comprensión y tratamiento psicoanalítico de la impotencia”), de Burness E. Moore (“Significado y tratamiento de la frigidez”) y de Morton M. Hunt (“La neurosis es ‘solo’ un mal hábito”). El tercer capítulo se ocupa de “El consejero de *Playboy* y Masters y Johnson”, donde Lehrman compila cartas y respuestas de la pareja de sexólogos en la sección “Advisor” de la citada revista (algunas son de “*The Playboy Forum*”).

En respuesta a las preguntas de la sección, la pareja contestaba, por ejemplo: “El sujeto con una pauta de masturbación de una vez por mes opinaba que una o dos veces por semana podría ser una exageración... El (hombre) con una pauta de masturbación de dos o tres veces por día se preguntaba si cinco o seis veces por día no eran una exageración capaz de desencadenar un ‘ataque de nervios’.” Agrega la autora: “No hay argumentos contra la masturbación: es tan inofensiva como silbar”.

Son variadas las preguntas que responden Masters y Johnson, la mayoría de ellas acompañadas por comentarios de Lehrman. En una de ellas sobre la mejor experiencia de la mujer con penes de mayor tamaño, donde responden de la falta de relación de ese estado con la satisfacción sexual, la autora del libro —suponemos que fue ella— reproduce una pequeña poesía que dice:

Había un joven llamado Sinforoso
con un instrumento de diámetro prodigioso,
pero no eran sus medidas
las que a las mujeres dejaban sorprendidas,
sino el ritmo de sus metódicas embestidas.

Debemos aclarar que esta relación con la revista *Playboy* no fue bien vista por algunos de sus seguidores de Masters y Johnson, desde ya con la agria crítica de sus detractores. Sin embargo, ambos estaban muy interesados por la repercusión mediática que podía originar.

El capítulo cuarto está totalmente referido a “La entrevista de *Playboy*: Masters y Johnson”, que tuvo lugar en un largo fin de semana de mediados de enero de 1968 en St. Louis. Apareció dos años después del primer libro y también dos años antes del segundo. Evidentemente, todo el cuestionario se dedicaría a *Human Sexual Response* (*La respuesta sexual humana*). Al respecto dice Lehrman que tanto el ginecólogo como la psicóloga estaban casi obsesionados por el deseo de que su libro “potencialmente sensacional no estuviera asociado con un ápice de provocación o de interés malsano”. Así consiguieron “al ‘decoroso editor de Boston’ (que) utilizó para el texto una sobrecubierta desprovista de ilustraciones, no gastó un centavo en publicidad comercial y remitió a los libreros en abril de 1966, un tiraje moderado de 15.000 ejemplares”. Se esperaba que el libro fuera para 250.000 médicos estadounidenses pero pronto los títulos vendidos alcanzaron más de 300.000 ejemplares.

Deseamos reproducir un par de preguntas de *Playboy* a la pareja de sexólogos porque toca un tema sensible y fruto de muchas críticas:

PB: Uno de los ámbitos más propicios para las malas interpretaciones es el de los dispositivos y equipos mecánicos que emplean en sus experimentos. ¿Qué pueden decir al respecto?

M: Además del falo artificial, empleamos aparatos rutinarios como del tipo del cardiógrafo para registrar el ritmo cardiaco, la presión sanguínea, el pulso, el ritmo respiratorio, etcétera. También empleamos filmadoras para poder estudiar en cámara lenta lo que había sucedido.

PB: en su libro, describieron el falo artificial como un instrumento plástico, que se vale de la ‘iluminación con luz fría’ y permite observar y registrar sin distorsiones. Ustedes escribieron: ‘El equipo se puede adaptar para las variaciones físicas de dimensión, peso y desarrollo vaginal. El sujeto que da la respuesta, inicia y controla completamente el ritmo y profundidad de la actividad peneana’. ¿Por qué fabricaron este instrumento?

M: En primer lugar, permítame señalar que el falo artificial fue el único instrumento mecánico que no se consideraría corriente en ningún laboratorio de fisiología. Lo diseñamos para practicar observaciones y obtener fotografías intravaginales, para que nos mostrara lo que sucedía en el interior de la vagina durante las diversas fases de la respuesta sexual. También lo utilizamos para evaluar los distintos elementos anticonceptivos intravaginales [...].

Debo mencionar otra aplicación del falo artificial. Lo utilizamos en varias ocasiones con mujeres o jóvenes que habían nacido sin vagina, problema que recibe el nombre de ‘agenesia vaginal’. Desarrollamos una técnica merced a la cual se puede crear una vagina sin necesidad de recurrir a la cirugía. Pero hace mucho tiempo que desarmamos el falo artificial y no tenemos planes de reconstruirlo.

J: Quizá sea este el momento oportuno para terminar con un error generalizado que tuvo su origen en los medios de comunicación de masas, a saber, la hipótesis malintencionada de que el único propósito del falo artificial era el de estimular la respuesta sexual. No era así. Durante el coito artificial, los sujetos de la investigación nunca podían alcanzar el orgasmo mediante el empleo exclusivo del falo. Todas las mujeres participantes debían recurrir a una auto-estimulación adicional fundada sobre sus propias preferencias y sobre su experiencia anterior. Los cierto es que la mujer responde sexualmente frente a lo que está provisto, para ella, de una connotación sexual. Probablemente al cabo de un tiempo todas las mujeres de nuestra muestra podrían haberse acondicionado para responder al uso exclusivo del dispositivo fálico, si hubieran estado suficientemente motivadas, pero para ellos el falo de laboratorio carecía de un significado propio, y ni la situación ni su interés particular obligaban a dotarlo de dicho significado. En consecuencia, el único motivo que nos indujo a crear y utilizar este aparato fue la necesidad de contar con un medio idóneo para definir y medir el entorno vaginal”.

Respecto a la entrevista y las relaciones explícitas que, en ocasiones, eran filmadas, Morton Hunt⁵ dice lo siguiente: “Aun Kinsey, a pesar de su coraje, conocía los límites de lo posible. A pesar de realizar millares de entrevistas, también había presenciado y filmado algunos actos sexuales, pero, prudentemente, omitió toda referencia a ello en el texto impreso. Pues, como el antropólogo John J. Honigmann escribió en 1944, en su *Journal of Criminal Psychopathology*, la interacción sexual en presencia de terceros sería considerada irrecusablemente obscena en nuestra sociedad y, en verdad, ‘nuestras normas culturales apenas tolerarían tal situación, aun en el laboratorio científico’. Sin embargo, apenas una década más tarde el Dr. William Masters y la Sra. Virginia Johnson examinaban con atención parejas que practicaban el coito en el laboratorio, inspeccionando y registrando la condición de sus órganos y tejidos en cada etapa del proceso. Cuando los datos resultantes fueron publicados en 1966, bajo el título *Human Sexual Response (Respuesta sexual humana)*, tanto los médicos como el público en general aplaudieron su trabajo y solo unos pocos intelectuales trogloditas lo juzgaron obsceno. Envalentonados por esto, los diarios profesionales de sexología y sociología pronto siguieron sus pasos, y aun publicaron artículos de investigadores que habían asistido a fiestas de sexo grupal y que habían sido observadores participantes en bares de citas y en encuentros de homosexuales en baños públicos”. Todo es relativo en esta vida.

Bibliografía

1. Sevely JL. *Los secretos de Eva*, Buenos Aires, Granica, 1988.
2. Masters WH y Johnson VE, *El vínculo del placer* (2º edición), Barcelona, Grijalbo, 1977.
3. Maier Th, *Masters of Sex*, Santillana, 2014.

4. Lehrman N, *Las técnicas sexuales de Masters y Johnson* (4º edición), Buenos Aires, Granica, 1976.
5. Hunt M, *Conducta sexual en la década del 70*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974.

CAPÍTULO XVIII

Helen Singer Kaplan

Aunque estuvo precedida por otra grande de la sexología como fuera Virginia Johnson, debemos reconocer que la labor de Helen Singer Kaplan fue pionera en un análisis donde se conjugaron sus conocimientos médicos con una preparación muy especial en psiquiatría y neurología, en esa variopinta conjunción pudo ocuparse, tal vez, de un aspecto parcial pero muy importante para los estudios de la sexología humana que se pudieron comprobar o estarían con la expectativa de comprobarse más adelante.

Así expresa Pilar Cristóbal Fernández¹: “El enfoque tradicional de la escuela psicoanalítica (Freud, Horney, etc.) y de sus múltiples seguidores (Fromm, Rogers, Pearls) consideran las disfunciones sexuales como emergentes de graves trastornos intrapsíquicos que solo pueden ser resueltos mediante largas y costosas terapias, que, generalmente no suelen incidir en el síntoma mismo, sino que ponen el acento en el análisis de la vivencia psíquica.

Frente al movimiento psicoanalítico, Skinner y sus seguidores entre los que se hallan Masters y Johnson, trabajan desde la modificación conductual y centran la terapia en técnicas que lleven a la transformación a desaparición de las disfunciones sexuales y a la elaboración por medio del aprendizaje de comportamientos más acordes con los deseos del sujeto.

Ciertas escuelas como las ambientalistas (Berne) y los gestálticos (Moreno) no tratan especialmente los problemas sexuales ya que, trabajan con el contenido total del comportamiento humano y no han desarrollado una terapia específicamente sexual.

Vistas así las cosas y recordando aquella frase de Freud ‘El sexo está en el núcleo de cualquier neurosis’ a la que podía dársele la

vuelta de ese modo ‘Cualquier problema sexual es causa de neurosis’ hacía falta una visión nueva en la terapia sexual. Helen Singer Kaplan, profesora de psiquiatría de la Universidad de Cornell y directora del Programa de Educación y Terapia Sexual del Hospital de Nueva York ha desarrollado una síntesis que incluye los enfoques de todas las corrientes psicológicas.

Se trataría de aprovechar cualquier técnica en beneficio de la resolución satisfactoria de las disfunciones sexuales”.

Desde ya que no desconocía los estudios de Johnson, su antecesora junto con William Masters. Justamente fue así que, mientras la pareja de sexólogos atribuía cuatro fases al orgasmo tanto del hombre como de la mujer, Singer Kaplan fundamentó, algo que volcaría en su obra *La nueva terapia sexual* —donde también aconsejaba los tratamientos para la ayuda de los trastornos de esta función— un modelo trifásico del orgasmo como respuesta sexual humana. Tres fases distintas pero unidas entre sí, cada una de ellas susceptibles de encontrarse perturbadas específicamente por factores tanto físicos como psíquicos. La diversidad de estos trastornos —como dijimos— era pasible de tratamientos específicos con métodos racionales que otorgaban un alto grado de éxito.

Este fenómeno trifásico tenía una primera etapa que era el deseo, una segunda la excitación y una tercera el orgasmo. Omitía, como se puede observar la etapa de meseta de Masters y Johnson.

La etapa del deseo estaba constituida por el impulso o el apetito por el otro, por la pareja. Decía la autora que aunque sus bases neuropsicológicas o neuroanatómicas no se han podido precisar, se debe suponer un centro cerebral con neurotransmisores con vías específicas integradas a la experiencia vital de cada individuo. Es decir que Singer Kaplan despega la sexología de su punto de unión con el sistema genital y lo complementa con elementos sensoriales, es probable, y cerebrales. Pone el ejemplo que el deseo se inhibiría cuando se activa el centro del dolor. Considera a los inhibitorios ubicados en el sistema límbico con núcleos impor-

tantes en el hipotálamo y en la región preóptica. Ambos sistemas actuarían en forma similar en ambos sexos.

Descontamos que, ya estudiados, los efectos endocrinológicos no podrían ser descartados. La fase de excitación es predominantemente vascular. La fisiología vascular revela una vasodilatación refleja activada por el sistema nervioso parasimpático con dos centros medulares que dirigen sus sensaciones al cerebro: la erección en el hombre y cambios en la extensión de la vagina, modificaciones en el clítoris y lubricación vaginal en la mujer.

La fase siguiente la constituye el orgasmo representada por un reflejo genital regido por centros neuronales espinales, sobre todo con contracción de los músculos anogenitales. Singer Kaplan describe dos reflejos independientes: el primero el de “emisión” y el segundo de “eyacuación”. En la emisión ocurre la contracción de los músculos lisos de los órganos reproductores del hombre en una sensación que no resulta placentera y es de inevitabilidad eyaculatoria. Durante la eyacuación ocurre la contractura rítmica de los músculos estriados de la base del pene que propulsa el semen y da placer. Aunque muchas mujeres no lo noten también ellas presentan ese tipo de contracciones como probablemente se comprobó posteriormente a estos estudios y que tienen la misma duración que en el hombre: 0,8 segundos.

La sexóloga define a los diversos trastornos, de si se quiere tan complejo mecanismo, como disfunciones por trastornos psicósomáticos que son los que impiden realizar el coito o gozar de él. Uno de los motivos que hacen fracasar la primera de las fases, la del deseo, es el estrés. En ese momento pueden ser variados los motivos: rechazo por la pareja, maltrato, baja empatía, frigidez, temor al fracaso, etc. Considera que la función sexual masculina alcanza su acmé a los 17-18 años, mientras que la mujer la alcanza alrededor de los 40 años. Señala, por otra parte, que la impotencia y la disfunción sexual generada es el trastorno más frecuente de la fase de excitación.

Las alteraciones más importantes de la fase orgásmica son la eyaculación precoz (que influye sobre el orgasmo de la pareja), la eyaculación retardada y la disfunción orgásmica. Además agrega que diversas patologías orgánicas atentan contra la mayor parte de estas fases como también lo hacen las drogas.

En ocasión del fallecimiento de Singer Kaplan, una nota en el *New York Time* decía de ella que se “destacó entre la terapéutica sexual con orientación científica. Se distinguió por sus esfuerzos para combinar los conocimientos e ideas con las técnicas del psicoanálisis con los métodos del comportamiento”.

Había recibido el mote de “*Sex Queen*”, por su papel pionero en la terapia sexual de la década de 1960, en plena revolución sexual en Estados Unidos.

Singer Kaplan señalaba, en ese tiempo, que las personas deben disfrutar —tanto como sea posible— de la actividad sexual y no considerar esta práctica como algo sucio o peligroso para la salud.

Singer Kaplan nació el 6 de febrero de 1929 en Viena, Austria, y en 1940 emigró a los Estados Unidos en donde obtuvo su ciudadanía en 1947. En 1951, se licenció en Bellas Artes en la Universidad de Syracuse. Luego realizaría una maestría en Psicología en la Universidad de Columbia en 1952 para obtener su doctorado en la materia en 1955. Pero no se detuvo.

En 1959 se graduó como médica en el *New York Medical College* y, en 1970, realizó un curso que la capacitó en el psicoanálisis. Se formó en psicología clínica en los hospitales de la Administración de Veteranos y en clínicas de Montrose, Nueva York, y en Bronx. Completó su formación psiquiátrica en el Hospital Bellewe y en el *New York Medical College Metropolitan Hospital Center*.

A partir de 1990 actuó como profesora asociada de Psiquiatría en el *New York Center College* y como asistente en el *Metropolitan Hospital Center*, donde también se desempeñó en la jefatura del servicio. Fue también asimismo presidenta del Programa de Enseñanza de las Ciencias del Comportamiento.

Durante largo tiempo fue profesora de psiquiatría en el *Weill Cornell Medical College* y en la clínica psiquiátrica Payne Whitney.

Falleció afectada por cáncer el 17 de agosto de 1995 en Nueva York, unos meses después de haber cumplido los 66 años.

Aunque el éxito la acompañó en casi toda su trayectoria no pudo evitar duras críticas a las actitudes rayanas en la promiscuidad de ciertos ayudantes terapéuticos, casi todos psicólogos, en la atención de los trastornos del deseo o la erección.

Bibliografía

1. Fernández PC, “La Nueva Terapia Sexual”, *Papeles del psicólogo*, N° 18, diciembre 1984.

CAPÍTULO XIX

Shere Hite

En 1976, Shere Hite publicó *The Hite Report* que apareciera tiempo después en castellano con el título de *El informe de Hite*¹ y un subtítulo: *Estudio de la sexualidad femenina*, tema que, por otra parte, era definitivamente así porque la misma autora en las primeras palabras de la obra decía: “Dedico este libro a nosotras, como autoafirmación y celebración...”. Esto define a la sexóloga con un perfil puramente femenino.

La tapa del libro citado nos ubica prestamente en su contenido. Allí se lee: “3.000 mujeres, entre los catorce y los setenta y ocho años, describen con sus propias palabras, sus más íntimas sensaciones sexuales, incluyendo:

- Qué sensación les causa realmente el orgasmo con coito o sin él.
- Qué experimentan al no tener un orgasmo durante el acto sexual.
- La importancia del estímulo del clítoris y de la masturbación.

En los inicios del prólogo de su libro, Hite muestra, además de las pautas que marcaron el trabajo, la razón y la mecánica de este: la encuesta. Así decía: “A las mujeres no se les ha preguntado nunca qué piensan y sienten acerca del sexo. Los investigadores, lanzados a la búsqueda de ‘normas’ estadísticas, han formulado todo tipo de preguntas erróneas por toda una serie de falsas razones; y han terminado con demasiada frecuencia, diciendo a las mujeres qué debían sentir en vez de preguntarles qué es lo que sienten.

La sexualidad femenina se ha considerado, esencialmente, como una respuesta a la sexualidad masculina y al coito. En raras ocasiones se ha llegado a reconocer que la sexualidad femenina

podría tener una naturaleza compleja por sí misma, que fuera algo más que la mera lógica contrapartida de (lo que nosotros vemos como) la sexualidad masculina.

Lo que estos cuestionarios han pretendido hacer es preguntar a las mujeres mismas qué sienten, qué es lo que les gusta, y qué opinan del sexo. Esto no se ha hecho implicando que lo único que cuenta entre una mujer y la sexualidad 'satisfactoria' es la comprensión, por parte de esta, de sus propias necesidades físicas. El 'sexo', tal como nosotros lo definimos, es parte de todo marco cultural; el lugar de una mujer en los dominios del sexo refleja su puesto en el de la sociedad".

El libro no está dividido en capítulos pero creemos que es avisado considerar cada uno de los grandes temas que toca como uno de ellos.

Comienza con el *Cuestionario* donde desarrolla los que efectúa sobre el orgasmo, las actividades sexuales, las relaciones y las etapas vitales.

Como el cuestionario estaba dirigido a gran número de mujeres sigue con *Quiénes contestaron*, descontando que muchas de ellas desistieron de hacerlo tratándose de un tema sexual y el pedido había sido hecho alrededor de medio siglo atrás. Hite hace una distribución geográfica de la respuesta y, para ello, deja asentado en la publicación cuántas respuestas obtuvo de cada ciudad de Estados Unidos. Por ejemplo, Tucson 6, San Francisco 18, San Diego 1, Detroit 2, etc. No crea el lector que fueron algunas pocas las ciudades encuestadas porque hemos podido contar más de 700.

Entre el 32 y el 38 % de las encuestadas eran casadas y poco más del 10 % solteras, porcentaje que se duplicaba entre las que tenían un amigo o vivían con un amante.

Las edades, lo dijimos al comienzo del trabajo, oscilaban entre los 14 y los 78 años.

Muchas de ellas no consignaron la edad. Predominaban las de religión protestante seguida por católicas y judías, en ese orden.

Sus ocupaciones laborales eran tan variadas que podemos consignar entre una médica y una adiestradora de perros.

Incluso la autora no se quedaba solamente con la respuesta y preguntaba: ¿Por qué contesta este cuestionario? ¿Hasta qué punto le ha gustado?».

El primero de los capítulos, si podemos llamarlo así como hemos señalado, es “Masturbación” donde las encuestadas apreciaban que llegaban al orgasmo y lo practicaba el 82 % de ellas, 95 % llegaban fácilmente a la sensación placentera. Cifras que defieren con las que se consideraban hasta ese momento. Señala Hite al pie de página que Betty Dodson expresó en su *Liberating Masturbation* que “La masturbación es nuestra vida sexual primaria”.

Seguidamente se ocupa de “Impresiones acerca de la masturbación” y comienza con distintas apreciaciones —en un capítulo extenso— tales como las siguientes: “La mayoría de las mujeres declararon que habían disfrutado con la masturbación físicamente (después de todo conducía al orgasmo, pero, habitualmente, no de un modo psicológico (?))”, “Algunas mujeres experimentaban un sentimiento de culpabilidad al masturbarse, pero lograron superar el mismo”, “Otras mujeres no pudieron desinhibirse para disfrutar con la masturbación incluso físicamente”, “Pero otras mujeres disfrutaron plenamente con ella”, “Casi todas las mujeres fueron educadas para que no se masturben”, “La mayoría de las mujeres opinaron que la importancia de la masturbación radica en su carácter de sustituto de la relación sexual (u orgasmo) con otra persona”, “Algunas mujeres opinaron también que la masturbación les había ayudado a mejorar su relación con otra persona”, “Pero algunas mujeres la vieron como un medio de ganar independencia y confianza en sí mismas” y “Algunas mujeres la describieron como un puro placer, importante por derecho propio”. Cada uno de estos ítems está desarrollado con opiniones de las entrevistadas con gran variedad de explicaciones.

En tercer lugar se ocupa de “Tipos de masturbación”, que si bien los define en sus tipos básicos tienen gran número de modalidades que los diferencian tanto en posición de las manos como la de las piernas y de complementos que no pasaremos a describir.

“El orgasmo” y su importancia es el otro tema del que se ocupa Hite en su libro y donde se reproducen impresiones de las interesadas que llaman la atención por su variedad. Luego vendrá el ítem: “¿Qué sensaciones se experimentan en las etapas hacia el orgasmo?”. Allí se describen la excitación inicial, el orgasmo, las contracciones musculares (dice la autora: “La sensación intensa del orgasmo dura solamente un segundo y es seguida de las contracciones) y tras el orgasmo”... algunas se sienten plenas de cariño y ternura, fuertes y despejadas y llenas de vida...

Sería tedioso que siguiéramos relatando variantes del orgasmo (masturbación, penetración, vibradores, *cunnilingus*, etc.) porque la autora hace un pormenorizado estudio de la variante que, realmente, obtuvo de una cuidadosa encuesta que sirvió para desnudar una cantidad importante y dispersa de sensaciones sexuales.

Aquellos que denominamos capítulos (así no lo consideró Hite) continúan con: “¿Son distintos los orgasmos con o sin cópula?”, “Mujeres que nunca experimentan el orgasmo”, “Coito. ¿Cómo tienen orgasmo las mujeres durante el coito?”, “Estimulación del clítoris”, “Lesbianismo”, “¿Por qué las mujeres no crean sus propios orgasmos?”, “La revolución sexual”, etc. etc.

Hite vendió, según estimaciones, cerca de 5 millones de libros con este título.

Repasando someramente los títulos que la obra conformaba, estamos seguros que la consecuencia debe haber sido sumamente exitosa. Por ese motivo decíamos que no había dejado ningún eslabón suelto. Exhaustivamente fue señalando, uno por uno, todos los puntos que debieron ser tratados.

En una parte del libro la referencia es la siguiente: “La razón más frecuentemente mencionada por la que gusta tanto el coito

es porque representa un momento de gran afecto e intimidad”, lo que nos hace suponer que las palabras del vulgo de que “la mujer da sexo por amor y el hombre da amor por sexo”, o bien proceden de Hite o son realmente del imaginario popular.

En el apéndice con que finaliza la obra se encuentran detalladamente los cuestionarios.

La crítica de Hite se remontó hasta Freud que sostenía que el orgasmo de la mujer se lograba por la penetración vaginal. Ella lo situó directamente en el clítoris (*ver capítulo N° VII*).

También lo hizo con Masters y Johnson criticando su experiencia de que el 70 % de las mujeres no habían tenido orgasmos durante la penetración por falta de estimulación clitoriana y señalaba que esto era un signo de “disfunción sexual”.

A ella le tocó la polémica de Philip George Zimbardo (1933), psicólogo e investigador del comportamiento de la Universidad de Stanford, recibido en la Universidad de Yale, de donde también fue profesor, quien le cuestionó la muestra que empleó para el trabajo. El hecho lo suscitó la encuesta que establecía que la insatisfacción conyugal alcanzaba el 98 % de las mujeres donde, el 75 % de ellas, confesaba haber tenido relaciones extraconyugales. El estudio demostraba que solamente el 4 % había respondido a esa encuesta. Zimbardo dedujo entonces que, probablemente, esas mujeres “insatisfechas” hubieron sido más proclives a responder, de ahí que la muestra, según su expresión, sería “periodismo científicamente codificado. La confidencialidad a veces falla muchas veces por la honestidad del entrevistado”. Hite lo predicaba: dos tercios de las mujeres no llegaba al orgasmo y lo atribuyó a que, en las obsesivas sociedades patriarcales, la preocupación era por la reproducción y el orgasmo masculino.

El libro surgió de un primer informe que se llamó *Un estudio nacional sobre la sexualidad femenina*, también de 1976. Hite proclamaba que dos factores habían concurrido para que la mujer no pudiera disfrutar del sexo: la historia propia del sexo femenino y la influencia de la iglesia católica.

Es indudable que la lectura de un libro, que no ahorra detalles que a veces parecen excesivos, pueden generar la idea que nos encontramos en presencia de una obra empeñada en generar escándalo. Tal vez esa sensación derive de múltiples títulos —algunos rimbombantes— que le quitarían cierta seriedad.

Lo cierto es que la autora, con vocación por su trabajo, durante más de 30 años elaboró un buen número de títulos entre los que podemos mencionar:

- *Sexual Honesty, by Women, For Women* (1974)
- *The Hite Report on Female Sexuality* (1976, 2004)
- *The Hite Report on Men and Male Sexuality* (1981)
- *Women and Love: A Cultural Revolution in Progress (The Hite Report on Love, Passion, and Emotional Violence)* (1987)
- *Fliegen mit Jupiter* (español: *Volando con Júpiter*) (1993)
- *The Hite Report on the Family: Growing Up Under Patriarchy* (1994)
- *The Hite Report on Shere Hite: Voice of a Daughter in Exile* (2000) (autobiografía)
- *The Shere Hite Reader: New and Selected Writings on Sex, Globalization and Private Life* (2006)

Esta innovadora de la sexualidad femenina, podríamos llamarla así, nació el 2 de noviembre de 1942, en Saint Joseph, Missouri, como Shirley Diana Gregory pero al tiempo tomó el apellido de su padrastro Raymond Hite. Es probable que su niñez haya determinado su fuerte carácter: hija de una madre soltera fue criada por una abuela violenta, mientras el abuelo abandonaba el hogar. Cursó sus estudios en la *Seabreeze High Scholl* en Daytona Beach, Florida, y completó un máster en Historia, en 1967, en la University of Florida.

Tiempo después viajó a New York para doctorarse en historia social en Columbia University sin lograr su cometido que logró posteriormente en la Nihon University de Tokio, Japón. Luego obtendría otro lauro en Sexología clínica, de la misma naturaleza, en Maimónides University en North Miami Beach, Florida.

En 1995, da a su vida un sesgo importante, cansada de ataques personales y a la crítica permanente de su trabajo, renuncia a la nacionalidad estadounidense y adopta la alemana. Poco tiempo después, en 1999, se divorcia del pianista Friedrich Horiké, con quien se había casado en 1985 y era, lo mencionamos porque es más o menos frecuente en la actualidad, 19 años menor que ella.

Entre sus aficiones que revelan su carácter y además su belleza, se encuentran haber posado para las importantes revistas *Vogue* y *Play Boy*; así también fue la portada de *Time* y de *Frankfurter Allgemeine*.

Trotadora del mundo, en la actualidad Hite vive en Seven Sisters, un barrio del norte de Londres.

Bibliografía

1. Hite S, *El informe Hite* (3º edición), España, Plaza & Janes Ed. mayo 1985.

CAPÍTULO XX

Regina Navarro Lins

Con Regina Navarro Lins cerramos los contenidos que hemos denominado “Los tres siglos” dedicados a sexólogos de diversas nacionalidades para pasar luego a “Sexólogos argentinos”. Y lo consideramos un buen broche de oro porque con solo leer atentamente los ítems de los cinco capítulos que componen el libro quizá más importante de esta psicóloga brasileña, comprenderemos que el cambio más audaz de la sexualidad humana del último tiempo se ha producido o, para ser más exactos se está produciendo. Justamente *A cama na varanda. Arejando nossas ideias a respeito de amor e sexo*, en una versión corregida y ampliada del libro *Pareja cama afuera*, que escribiera y publicara en 1997, que apareciera en 2007 en Brasil y que lo hiciera dos años después en la Argentina con un título pocas veces utilizado en castellano como es *La cama reb/velada. Pasado, presente y futuro del sexo y del amor*¹, en su primera edición, muestra un cambio espectacular con aquello que hasta ese momento se escribía. Lo evidencias sus cinco capítulos que exponemos con sus subtítulos comprimidos:

Capítulo I. “*El pasado remoto*”.

El principio. (La paz primitiva, El culto a la Diosa, El descubrimiento de la paternidad, La diosa y la mujer, El culto al falo, El padre: único creador, El patriarcado, El Dios único: el Padre poderoso, Eva, Lilith: el primer conflicto sexual de la historia, La mujer: un ser maligno, La vagina: el gran peligro, María: la oportunidad que las mujeres perdieron, Aversión al sexo).

Capítulo II. “*El amor*”. Amor cortés: comenzando a hablar de amor. (El mito del amor romántico, La invención de la maternidad, la inauguración del amor romántico, La mujer femenina, La mujer autónoma, El hombre masculino, El hombre dependiente).

Capítulo III. “*Casamiento*”. El matrimonio como solución.

(El amor conyugal, las expectativas del amor dentro del matrimonio, El sexo en el matrimonio, La crisis del matrimonio, Los celos, Fidelidad, La separación, ¿El matrimonio es necesario?).

Capítulo IV. “*Sexo*”.

(Represión sexual, Prostitución, homosexualidad, Virginitad, Orgasmo [Dificultades sexuales, Prácticas sexuales, El desempeño sexual]).

Capítulo V. “*El futuro que se anuncia*”.

Amor

(El amor romántico comienza a salir de escena, El amor virtual, Poliamor, sin temor a estar solo).

Matrimonio

(*Menáge à trois*, *Swing*, Separación, La familia doble).

Sexo

(Sexo grupal, Sexo virtual, *Sex shops*, Androginia, Bisexualidad).

El cambio de las ideas sobre el sexo está a la vista sobre todo en los títulos del último de los capítulos. Existe mucho para comentar pero queremos hacerlo en algunos puntos urticantes de la obra (tal vez alguno escatológico) pero que en realidad está asumido como una realidad sin eufemismos ni chicanas.

En una entrevista realizada a Navarro Lins en 2015, la sexóloga, con total libertad expresa: “Hace dos mil años, desde que el cristianismo se instaló, el sexo es visto como algo abominable. La cosa es tan seria que la Iglesia desarrolla la idea de la condena eterna. Quien tuviese un pensamiento sexual, que es super natural porque todos lo tenemos, acreditaba que, cuando muriese, tendría una condena eterna.

Entre los siglos III y V, fueron al desierto de Egipto a martirizar los cuerpos para librarlos de la condena eterna. El sexo fue siempre como algo que debería ser evitado... La crianza en nuestra cultura, desde nuestro credo, asocia al sexo, inconcientemente, como algo sucio, peligroso [...] Lord Acton, un médico

muy importante de Inglaterra, en el siglo XIX, decía lo siguiente: ‘Hoy, felizmente, sabemos que esa historia de que la mujer tiene placer sexual no pasa de ser una calumnia vil.’”

En algunos pasajes de su libro, como veremos, Navarro Lins reproduce palabras de Hite —quien le lleva escasos años de edad—, pero no olvidemos que ella se ocupa solamente de la sexualidad de la mujer, mientras que la psicóloga brasileña lo hace de ambos sexos, sobre todo, de la muerte del amor romántico.

También dice Navarro Lins, en una pormenorizada historia del sexo desde sus orígenes, que las mentalidades comenzaron a mutar desde la década del 60 del siglo pasado y estamos en medio de un cambio, no obstante que persisten inconcientemente ideas de que el sexo es algo terrible, pecaminoso. El proceso de reversión será gradual.

En el primero de los capítulos de este libro, la sexóloga también da por asentado que, con la domesticación de los animales, el macho comprende su participación en la reproducción y ella aclara lo siguiente: “La reacción masculina eclosionó con la fuerza y la ira de quien ha sido engañado durante mucho tiempo. Entonces comenzó a desarrollar un comportamiento autoritario y arrogante. De aquel compañero autoritario de tanto tiempo, la mujer asistió al nacimiento de un déspota opresor. La superioridad física encuentra, entonces, espacio para extenderse a la superioridad ideológica”. ¿Habrà sido cierto? Es difícil aceptar tal aseveración.

Tal vez lo que sugerimos de escatológico se vea reflejado en el ítem sobre “sexo oral”, incluso con una experiencia narrada por McCarthy que no es Paul. Pero, felizmente, Navarro Lins reproduce una larga lista de confesiones de mujeres y hombres, obra de Shere Hite, que mencionaban (generalmente) el olor de los genitales femeninos que no era agradable.

Otra referencia sobre el amor romántico refleja la idea avanzada de esta sexóloga que da la sensación que las generaciones más jóvenes comienzan a otorgarle credibilidad: “Todo indica que, en

el futuro, las relaciones amorosas serán más libres, y, por eso mismo, más satisfactorias. Al no alimentar las fantasías románticas de fusión con la otra persona, cada uno tiene la oportunidad de exigir sentirse entero, sin necesitar que el otro lo complete. Entonces, será posible descubrir las incontables posibilidades del amor y que este se pueda presentar de diferentes maneras para cada persona en cada momento”, dice ella.

Es real que la obra de Navaro Lins puede resultar más que polémica. Como psicóloga y sexóloga, en una parte de la obra que comentamos expresa que a los dos años de estar en pareja —ponemos una fecha aproximada— la mujer emplea fantasías para tolerar la relación sexual marital. Para ella, es cierto, ha muerto el amor romántico y, cuando señala un ítem con el título de “La fidelidad no es natural”, dice: “A pesar de nuestro tabú cultural en contra de la infidelidad, las relaciones extramaritales son muy comunes. Todas las enseñanzas que recibimos desde que nacemos —de la familia, la escuela, los amigos, la religión— nos estimulan a invertir nuestra energía sexual en una única persona. Pero la práctica es muy distinta. Un porcentaje significativo de hombres y mujeres casados comparten su tiempo y su placer con otras personas”. A esto lo llaman poliamor.

Mientras que, en sus primeras páginas, el libro hace una escueta referencia a la historia de la sexualidad con una extensa crítica al cristianismo, en las últimas —como vimos en el índice— se dedica a nuevas formas de relaciones humanas ((*menáge à trois*, *swing*, sexo grupal, sexo virtual, etc.) que no pasaremos a analizar.

Navarro Lins ha publicado varios libros sobre sexología, muchos de ellos en colaboración con su actual pareja, Flávio Braga:

* *O livro do Amor* (dos volúmenes: I. *Da Pré-História à Renascença*; II. *Do Iluminismo à Atualidade*), 2012.

* *Se eu fosse você, Uma reflexão sobre as experiências amorosas*, 2010.

* *Amor a três* (con F. Braga), 2008.

* *Fidelidade obrigatória e outras deslealdades* (con F. Braga), 2007.

- * *Separação* (con F. Braga), 2006.
- * *O sexo no casamento* (con F. Braga), 2006.
- * *O livro de Ouro do Sexo* (con F. Braga) 2005.
- * *Conversas na Varanda*, 1999.
- * *Na cabeceira da Cama*, 1998.

Navarro Lins nació en Río de Janeiro, Brasil, el 30 de noviembre de 1948 y el libro citado ha vendido 50.000 ejemplares. Es psicóloga y psicoanalista y tal vez por ello, su obra *La cama reb/velada* haya sido dedicada, además de a sus hijos, su nieta y su pareja, “A Victoria Issa Navarro Lins, mi madre, que me apoyó incondicionalmente, a pesar de no estar de acuerdo en absoluto con mis ideas”, con lo cual está revelando inconcientemente el cambio generacional del que se ocupa.

Tiene dos hijos y una nieta de matrimonios anteriores y ahora está en pareja (su tercera) con Flávio Braga, con quien comparte su actividad literaria, desde 2000.

Tiene una columna semanal en el periódico *El día-RJ*, cronista de Radio Metrópolis (Salvador) y consultora en el programa *La Red*. Fue profesora de Psicología y presidente de Comunicaciones del Departamento de Comunicación Social de la Puc-Río.

No existen dudas que entreabrió (no digamos abrió porque estos procesos son lentos) la perspectiva moderna de la sexualidad humana.

Bibliografía

1. Navarro Lins R, *La cama reb/velada* (1º edición), Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, abril de 2009.

CUARTA PARTE

Sexólogos argentinos

Está bien expresado en el prólogo pero es necesario repetirlo en este momento. Dedicarnos a todos los sexólogos del mundo tendría la dimensión, no digamos de una Guía Telefónica, pero sería indudablemente extensa. Tratándose de un pantallazo de lo que ha ocurrido en los últimos tres siglos es evidente que debimos seleccionar. En el caso de los argentinos, donde no quisimos superar ni remotamente, los veinte investigadores sexológicos mundiales debimos elegir: cuando esa determinación se toma, quedan muchos en el camino a los que les sobran méritos. Es el riesgo que se corre y lo hemos asumido. Exactamente es lo que ha ocurrido con los sexólogos del resto del mundo: también los hemos seleccionado conociendo que existen muchísimos más.

CAPÍTULO XXI

Jorge Alberto Franco

Médico psiquiatra del Hospital de Clínicas “José de San Martín”, que depende de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, Jorge Alberto Franco fue premiado con el lauro “Facultad de Medicina” UBA por su tesis de Doctorado, distinciones anuales que se repiten para algunas especialidades. La tesis llevó como título “Importancia de la educación sexual en medicina” y dio lugar a que naciera la obra *Sexualidad humana normal y patológica*¹. Pero evidentemente el germen de ella estaba presente en antiguas vivencias de su autor porque así lo expresa en el prólogo: “La experiencia como médico clínico y en particular como médico psiquiatra y psicoanalista me llevó desde el comienzo de mi carrera a interesarme y estudiar la problemática sexual. En rigor de verdad el estudio comenzó tardíamente en forma sistemática y científica porque no fui ajeno a la curiosidad sexual infantil y la investigación informal la había comenzado tempranamente.

Compartí con mi generación gran parte de las angustias relacionadas con la masturbación, el coito premarital, el embarazo no deseado, los temores homosexuales, el buscar desentrañar incógnitas a través de cuentos o chistes sexuales.

Por otro lado, que una mujer no supiera de sexo formaba parte de su condición, pero un varón debía saber por el solo hecho de serlo, si no se pondría en duda su identidad masculina”.

Para darle significado a la causa que amerita esta obra Franco expresa: “En mi actividad hospitalaria en el departamento de Salud Mental del Hospital de Clínicas comencé a atender pacientes

que padecían de disfunciones sexuales. En ese entonces, buscando técnicas diagnósticas y terapéuticas, descubrí cuánto se había avanzado en el conocimiento de la sexualidad y cuán poco estaban difundidos e incorporados en el saber popular y en el saber médico en general.

Después de adquirir experiencia clínica en la atención de pacientes con trastorno sexual, comencé a transmitir como docente universitario los elementos que consideraba básicos para la formación de un profesional”.

Es decir que, en la atención psiquiátrica, tuvo la oportunidad de indagar los cuadros patológicos que, tal vez, hayan sido los más frecuentes. No fue este libro la primera ocasión en que Franco incursionó en el tema porque, desde 1986, lo había hecho con algunas presentaciones en congresos de Psicología y de Psiquiatría.

Con una abundante bibliografía se puede comprender que el autor también había abrevado en destacados sexólogos como Kinsey, Helen Singer Kaplan, Freud y muchos otros más, quizás menos conocidos, pero no menos distinguidos y valiosos. Además el libro lleva un subtítulo sugestivo: “del culto a la fertilidad al erotismo moderno”, con un significado particular: la historia de la sexualidad humana estaría presente.

El primer capítulo de la obra lo pone en evidencia. Se titula “La sexualidad humana y el tabú del incesto. Aspectos antropológicos de la sexualidad. La historia. Del matriarcado al patriarcado” y tiene algunos ítems de gran atractivo: “Las Diosas Madres en los orígenes”, “Los rituales de mutilación sexual”, “El nacimiento del patriarcado griego”, “El cristianismo y la transformación de los símbolos”, “Placer-Procreación y las concepciones médicas y patológicas”, “Sexualidad natural y sexualidad contranatural”, “El matrimonio y la sociedad” y “El amor cortés del siglo XX”. En el sexto ítem, Franco acorda cierta similitud con la posición coital que marcan Masters y Johnson como la más normal para la procreación: la mujer en decúbito dorsal y el hombre arriba (*ver*

capítulo XVII). Es evidente que la historia de la medicina no le es ajena porque la describe virtuosamente.

El resto de los ocho capítulos, donde sobresalen el V y el VI por la gran cantidad de ítems, son los siguientes: II. “Aspectos biológicos”; III. “Aspectos psicológicos”; IV. “Aspectos psicosociales”; V. “Anticoncepción”; VI. “Trastornos sexuales”; VII. “Homosexualidad” y VIII. “Educación sexual”. Debemos recalcar que, este último capítulo publicado hace más de 20 años, debemos considerarlo pionero en nuestro país en un tema que aún hoy es candente. La educación sexual es indispensable para una adolescencia cuyos hábitos han cambiado radicalmente con respecto a dos o tres generaciones anteriores. Tal es así que no pasa inadvertido para Franco, quien en un ítem del tercer capítulo que titula “El erotismo en la adolescencia” se ocupa de este aspecto del despertar sexual, aunque no deja de advertirlo ya en los niños.

En este mismo tercer apartado recrea las fases de la libido tal como las había concebido Freud: oral, anal, fálica, período de latencia y genital, aunque lógicamente con ciertas modificaciones.

Franco también efectúa en su obra un estudio estadístico entre estudiantes de medicina y médicos de ambos sexos sobre el coito premarital, el inicio de la actividad sexual y el sexo extraconyugal (en el cual encuentra cifras menores a las que citan, sobre todo, los sexólogos extranjeros), con cuadros sinópticos que incluyen la frecuencia de la masturbación tanto en hombres como en mujeres.

El capítulo que cierra esta obra, dedicado a la educación sexual, ya lo hemos destacado, tiene un gran valor en una sociedad —por lo menos la argentina— poco acostumbrada a la instrucción de los jóvenes sobre este punto. El tiempo otorgó la razón a quienes sostenían que era un tema necesario para eliminar falsos conceptos y tabúes que, especialmente en el sexo femenino, eran necesarios.

Numerosos cuadros sinópticos ilustran este tema que no estaba orientado para los más jóvenes como tiempo después se instauró en las escuelas primarias.

Debemos aquí hacer una breve digresión. Este tema salió a la luz pocos años antes, por lo menos en el sentido de la sexualidad del adolescente porque anteriormente, cuando se les daba clases a las niñas de esos aparentes temas sexuales eran referidos a los cuidados que deberían tomar durante la menstruación totalmente alejados de ese tipo de educación. Es en la década del 60 cuando Maxine Davis, un médica estadounidense, publica *Sex and the Adolescent*, que aparece en 1964 en Buenos Aires como *La sexualidad en la adolescencia*², donde el autor del prólogo, J. Roswell Gallagher, dice refiriéndose al libro: “Se limita al tema del sexo, en lugar de ocuparse del todo el campo de la adolescencia, porque, como lo señala la autora, si bien el sexo no es el único problema que se enfrenta a esta edad, es el único tema que resulta difícil de tratar libremente a los padres, sus hijos y sus hijas, entre sí. Esto parece ser especialmente así en este país y en la actualidad”. En el inicio del libro, en un acápite llamado “Cartas a los padres”, la autora señala lo rudo que es el tema o lo era en esa época. Con tres partes, una dedicada a los varones, otra a las mujeres y una tercera a ambos, Davis trata —tímidamente como correspondía a los años señalados— de instruir sobre el noviazgo, las relaciones sexuales prematrimoniales, el casamiento a edad temprana, etc., etc. La editorial que lo editó lo considera el primer libro que apareció con ese tema.

Luego de una década y media, Franco saca a la luz otra obra suya sobre sexología que titula *Sexo y sexualidad en el siglo XXI*³, que bien podría servir de corolario de este trabajo nuestro, sobre los sexólogos. Sin perder su categoría didáctica para —así lo suponemos— aquellos que abrazaron la disciplina médica, Franco agrega el siguiente subtítulo: *Abordaje integral para profesionales, docentes y estudiantes*, aunque es probable que el grueso del público lector puede sacar provecho de esta obra.

Comprende siete capítulos con numerosos apartados, a su vez integrados con temas mayores que, en su descripción, colocaremos

entre paréntesis porque hacen a la aclaración temática. El capítulo I. “Determinismo biológico” (“El desarrollo prenatal”, “Anatomía y fisiología sexual”, “Aspectos del sexo en la adultez”); Capítulo II. “Acondicionamientos culturales” (“Cultura y sexualidad”, “El desfiladero erótico”); Capítulo III. “Concepción y anticoncepción” (“Historia de la anticoncepción”; “El prócer de la concepción”; “Métodos anticonceptivos”; “Consideraciones sobre el uso de anticonceptivos en la actualidad”); Capítulo IV. “Conflictos sexuales” (“Trastornos sexuales”; “Las disfunciones sexuales”; “Casos clínicos de disfunciones sexuales”; “Parafilias, desviaciones o perversiones”; “Casos clínicos de parafilias o desviaciones”; “Trastornos de la identidad sexual”); Capítulo V. “Homosexualidad”; Capítulo VI. “Enfermedades de transmisión sexual” y Capítulo VII. “La educación en sexualidad”.

Hemos transcripto conceptos de Franco donde se descubre como clínico y psiquiatra, expresión y libido que pone en la obra, donde se pueden observar temas como métodos anticonceptivos o enfermedades de transmisión sexual. Huelga destacar que en este último capítulo existen encuestas, la mayor parte de ellas, efectuadas en médicos y estudiantes de medicina.

Los conflictos sexuales están graficados por casos clínicos, donde podemos constatar la metodología del análisis psiquiátrico, y donde existen dos casos, podríamos decir paradigmáticos, uno de un matrimonio no consumado que se resuelve con la atención médica y otro de un caso de pedofilia familiar realmente inconcebible.

En el capítulo que dedica a la homosexualidad recrea históricamente su paso a través de la historia humana y llega a su culminación en el siglo XX cuando expresa: “La Asociación Psiquiátrica Americana (APA) decide en 1974 revisar este criterio (*nota del autor*: considerada patológica) en virtud de la próxima edición del *Manual de Diagnóstico de los Trastornos Mentales (DSMIII)*.”

Numerosas disputas y discusiones terminaron en una votación de los miembros de la APA, que en un 58% decidió excluir la

homosexualidad como diagnóstico patológico. Aunque se aceptó posteriormente que la metodología de la votación no era un sistema válido para resolver cuestiones científicas y no se usaría más en el futuro, en 1980, en el DSMIII sobre la Organización Mundial de la Salud no figuró la homosexualidad en las parafilias o perversiones”. Criterio que siguió utilizándose en las posteriores ediciones del DSM.

Esta extensa lectura del tema tiene por objeto mostrar en primer lugar, una votación relativamente ajustada para terminar con esta sanción y, en segundo lugar, que ignoramos las causas que la producen. El autor pasa revista a numerosas teorías. Las más recientes son las que piensan en una modificación del cromosoma X (Xq28) y otros como una “feminización del hipotálamo”. Lo cierto que todas las comunidades tienen personas homosexuales con cantidades que se renuevan con cifras similares. Las cantidades que da Franco, tanto de la homosexualidad masculina como del lesbianismo son algo más elevadas que la de otros autores según el informe Kinsey.

Resta decir que, como buen médico, el autor no deja de exponer escuetamente y con sus características más destacadas las enfermedades de transmisión sexual, que no hemos visto en otros autores y, además, detalla las formas anatómicas de los genitales masculinos y femeninos, tanto en estado natural y durante la excitación sexual, tal como lo hicieron, en su momento, Masters y Johnson.

Jorge Alberto Franco Ramini nació el 15 de noviembre de 1944 en Buenos Aires, hijo de un español, Bernardino Franco, y una italiana, Lola Ramini. Egresó como médico de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires en diciembre de 1969. Su interés por la psiquiatría comenzó con su residencia que completó en esa especialidad, un curso de Psicología y el de Psiquiatría (1976/78). En la década del 80 completó su Carrera Docente. Ya en la cátedra de Salud Mental del Hospital de Clí-

nicas “General San Martín” dictó, durante varios años y hasta su jubilación el Curso de Actualización en Sexología Clínica, además de los de Terapia Familiar y Adolescencia.

Bibliografía

1. Franco JA, *Sexualidad humana normal y patológica*, Buenos Aires, CTM, 1995.
2. Davis M, *La sexualidad en la adolescencia*, Buenos Aires, Horme, 1964.
3. Franco JA, *Sexo y sexualidad en el siglo XXI*, Buenos Aires, Polemos, 2009.

CAPÍTULO XXII

León Roberto Gindin

En 1987, la editorial Paidós publicó el libro de León Roberto Gindin titulado *La nueva sexualidad del varón*¹ y en el retiro de la contratapa se leían estas palabras que ponían a los lectores en cuestión: “Este libro es la respuesta más abarcadora y más profunda que se ha propuesto hasta hoy en la Argentina. Cuando Gindin habla de una nueva sexualidad del varón no es porque él haya inventado una, sino porque sus investigaciones, sus respuestas, sus testimonios y la antología de documentos de otros sexólogos que tan cuidadosamente ha seleccionado, proponen otra forma de vivir la sexualidad. O ni siquiera, otra. Proponen vivirla”. A través del contenido veremos cuál es la propuesta de Gindin, que llevó el grueso de la investigación y fue acompañado por Laura Caldiz, Wardell Pommeroy, Isabel Formica de Boschi, Federico Posse, Roberto Rosenzvaig y Adrián Sapetti.

La introducción de la obra, del mismo Gindin, nos deja trascender su inclusión en el tema: “En más de veinticinco años de práctica médica como clínico, psicoanalista, psicoterapeuta individual y grupal, y en los últimos años de manera casi exclusiva como sexólogo, ha visto miles de personas preocupadas por los avatares de su funcionamiento sexual. En los varones, muchas veces, esta preocupación se vuelve una tragedia, aun cuando el síntoma no sea nada grave”.

Continuando con la introducción, el autor señala la abundancia de literatura de la sexualidad femenina con respecto a la escasa que existe sobre el varón donde existen bolsones de ignorancia—habitualmente disimulados— de quienes siempre se sospecha

que lo saben todo. La obra está dividida en apartados que son denominados opciones, siendo la última, la número 10, dedicada a la bibliografía recomendada, a la consultada y a las instituciones que trabajan en la sexualidad. Aunque esta no es la única novedad de la obra porque el primer ítem que se denomina “La nueva sexualidad del varón” y tiene cinco temas señalados: 1) Con el mismo nombre que da título, se destacan las definiciones y se mencionan los mitos sexuales masculinos; 2) “Ser hombre cómo nacemos y cómo nos hacemos”; 3) “¿Por qué nos hicimos tan sexuales?”; 4) “La sexualidad masculina en la historia”, a cargo de Rosenzvaig, y 5) “Agradecimiento a quien enseñó a copular a más de una generación”.

La primera opción, en realidad como está señalado el punto 2, es “Cómo somos por dentro”, donde se describen elementos anatómicos, las secreciones del sexo masculino y las hormonas que las regulan junto con su acción sobre el deseo.

La opción 2 se denomina “Cómo funcionamos” y se destacan las diferencias entre el varón y la mujer, eyaculación, orgasmo y las posiciones del coito entre otros conceptos.

La opción 3 es más nutrida porque Gindin entra de lleno en los problemas sexuales del varón y los apartados lo muestran en sus doce subcapítulos: 1) “Los problemas sexuales masculinos”; 2) “Tengo un problema sexual, ¿Qué hago?”; 3) “La importancia del diagnóstico”; 4) “Los métodos auxiliares para el diagnóstico”; 5) “No controlo: eyaculación precoz”; 6) “No funciona; la disfunción erectiva”; 7) “La nueva impotencia: nuestro lugar social” (por Laura Caldiz); 8) “Los trastornos menos comunes”; 9) “Acción de algunos medicamentos sobre la respuesta sexual”; 10) “Las enfermedades y la respuesta sexual masculina”; 11) “Ausencia o disminución del deseo sexual”; 12) “Los problemas sexuales femeninos” (por Laura Caldiz).

Quisiéramos detenernos en mencionar los temas del ítem N° 8, que muestran la minuciosidad con que se han tratado los cuadros

patológicos de la sexualidad masculina. En él se mencionan: la enfermedad de La Peyronie; los distintos tipos de eyaculación anormales: aneyaculación, eyaculación retardada, anhedonia ayaculatoria; eyaculación retrógrada; el síndrome del viudo; fobias sexuales; el frenillo; las fimosis y las parafimosis y el apretón fisiológico”.

La opción cuatro se ocupa de los “Trastornos de los problemas sexuales” y se divide de esta manera: 1) “Los tratamientos de los problemas sexuales masculinos”; 2) “Cuando el problema es orgánico: tratamientos de los problemas sexuales con clínica o cirugía”; 3) “Introgénia y sexualidad (lo que no debemos hacer los médicos y psicólogos)”; 4) “Las pomadas y máquinas `maravillosas”; “Afrodisíacos naturales y artificiales (alimentación, alcohol, drogas y ‘ayudas sexuales.’” Opción cinco: “Otros problemas de la sexualidad” que toca estos cuatro puntos: 1) “La esterilidad masculina”, 2) “Enfermedad masculina. Tiene ocho ítems que son los siguientes: 1) “La sexualidad: una función para toda la vida”; 2) “Masturbación”; 3) “El debut o la primera vez”; 4) “Relaciones sexuales: premaritales, maritales y simultáneas”; 5) “La edad madura y la sexualidad masculina”; 6) “Sexo y deporte”; 7) “¿Es posible el celibato masculino” y 8) “El hombre y lo visual. La mujer y lo táctil”.

La opción siete, que trata sobre “Perversiones y normalidad: variantes de la sexualidad”, se ocupa de tres temas: 1) “¿Qué es normal? (por WB Pommeroy)”, 2) “Mitos, roles e identidades sexuales”, y 3) “Homosexualidad y otras variantes de la conducta sexual”. La opción ocho se denomina “Sexo. Política y religión” y se divide en: 1) “Autoritarismo y sexualidad”; 2) “El sexo desde la democracia” (por Adrián Sapetti); 3) “Carta esperanzada a un religioso” y “Es mejor prevenir que curar”.

Destacamos en esta última opción tres virtudes del tema “Carta esperanzada de un religioso”, altura, claridad y sinceridad.

Es muy demostrativo un cuadro sobre los anticonceptivos donde se tratan: píldoras, DIU, diafragma con crema o jalea,

condón, espermicidas, vasectomía o ligadura de trompas y el ritmo calendario.

La extraña diagramación de la obra (opciones en lugar de capítulos, por ejemplo) tiene otro aditamento. Cada una de las mencionadas, en la última página, tiene un cuadro con algunas características; la mayoría de ellas destinada a hacer más placentera la relación sexual. Pongamos ejemplos: “*Academia de besos*: el beso se ha perdido, en parte, como una técnica del acto de amarse. Propóngale a su pareja recuperar la mejor historia de cada uno con respecto a los besos. A su turno, previo sorteo, cada uno enseñará al otro cómo le gusta ser besado y cómo le gusta besar. Este ejercicio deberá durar entre 10 y 15 minutos cada uno. Se recomienda que este ejercicio quede cerrado en sí mismo y no se tengan relaciones sexuales a continuación”.

O este otro: “*Reconocimiento mutuo de genitales*: Proponga a su compañera jugar al doctor. Después de leer este capítulo y el anterior, usted tiene una noción aproximada de cómo son y cómo funcionan los genitales suyos y los de su compañera. Cada uno y a su turno explore los genitales del otro con la vista y con el tacto. El que es explorado ayudará a encontrar y delimitar las distintas zonas y partes anatómicas descriptas. Observen qué estímulo es el más adecuado para provocar excitación. (Tenga en cuenta que, por lo general, las mujeres prefieren estímulos más delicados que los varones). Guíe la mano de su compañera/o de manera tal que produzca las mejores sensaciones y viceversa. Haga un dibujo de los genitales de su compañera y pídale a ella que haga lo mismo. Comparen sus dibujos con los que figuran en este libro”. Como podrá observar el lector este, como muchos otros donde existe una labor destinada al tratamiento o preparación sexual de la pareja, el texto es más “lanzado”, como podríamos decir adoptando una calificación habitual del vulgo.

Gindin escribió 20 libros, entre ellos: *Primera encuesta sobre sexualidad y pareja*, *Eyacuación precoz*, *El rugido*, *La nueva era en*

virilidad, La nueva sexualidad femenina y A la conquista del placer, además de 450 artículos, conferencias y reuniones científicas.

Académico de Número de la Academia Mundial de Sexología Médica (noviembre de 2003), miembro Adherente de la Asociación Psicoanalítica Argentina (1966) y profesor Titular de Sexología Clínica en el Curso Superior de Formación de Médicos Psiquiatras en la Asociación Argentina de Psiquiatras [supervisado por la Universidad de Buenos Aires (1997-1999)], además de una serie de otros cargos docentes más.

Fue fundador y Director General de CETIS (Centro de Educación, Terapia e Investigación en Sexualidad) desde 1981 hasta la fecha.

Recibió varios premios en su actividad como sexólogo.

Gindin nació en Buenos Aires, el 14 de marzo de 1938 y fueron sus padres Gregorio Gindin y Paulina Levowiz. Ingresó a la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires en 1956, de donde egresó, con su título de médico en agosto de 1963.

Su importante formación sexológica estuvo avalada por los meses que trabajó con Helen Singer Kaplan en Nueva York y las investigaciones en conjunto con Laura Caldiz, quien venía de estar con Masters y Johnson.

Bibliografía

1. Gindin LR, *La nueva sexualidad del varón*, Buenos Aires, Paidós, 1987.

CAPÍTULO XXIII

Juan Carlos Kusnetzoff

Desde los inicios prehistóricos —como lo dijimos en el primer capítulo— el sexo ocupó la mente humana. Sin embargo, los conocimientos fueron precarios y, como se supone, la maternidad era la única formadora de la nueva prole hasta que la domesticación de los animales dio la pauta de la intervención del macho.

No obstante, recién fue en el siglo XVII cuando, gracias al holandés Anton van Leeuwenhoek (1632-1723), se pudo observar por primera vez a los espermatozoides.

Pero el camino del conocimiento no fue fácil. Recién en el siglo XX, el del asombro¹ y en la década y fracción de este, posiblemente bajo la protección de la psicología y del psicoanálisis, comenzó a avizorarse un panorama más exacto de cómo se manifestaba y qué caminos seguía la sexualidad humana.

A ese comienzo, realmente auspicioso, se agregarían —gracias a los estudiosos empeñados en el tema— la estadística, las hormonas, la actividad de ciertas regiones del cerebro, las feromonas y tantos otros hallazgos más que demostraban que tanto el enamoramiento como el placer tenían sus vericuetos anatómicos del aparato sexual femenino durante el coito, como también le ocurría al hombre.

Ya el *Diccionario de la lengua española* (RAE, 2014) tiene incorporado los términos *sexología* (“estudio de la sexualidad y de las cuestiones a ella referidas”) y *sexólogo* (“especialista en sexología”). Lo cual está indicando que todos los problemas sexuales que se suscitan tanto para el hombre como a la mujer tienen el asesoramiento, buscando la solución casi siempre alcanzable, del

especialista en la materia. Es que, a lo largo de la civilización occidental, fruto del dogmatismo religioso, aparecieron tabúes y falsos conceptos que recién pudieron ser paliados por los investigadores del sexo, es decir, por los sexólogos.

El cambio viene de varias décadas atrás, tal vez bajo el efecto de los trabajos de Havelock Ellis, Kinsey y Masters/Johnson, que —fundamentalmente— se animaron. Lo dice Morton Hunt², del que hemos omitido una parte más cruda: “Hacia la década del sesenta, los manuales de sexo y matrimonio ya eran menos poéticos y más explícitos. Muchos abandonaron el tono admonitorio y ensayaron una aproximación más sensual y terrena. Muchos urgían a sus lectores a realizar toda clase de esfuerzos para alcanzar sensaciones máximas, y algunos recomendaban no solo todo tipo de posición para el coito, sino, simultáneamente, la estimulación oral hasta el orgasmo, el juego anal con el dedo o la lengua, la penetración anal, el uso de vibradores, espejos, hielo granizado (según el Dr. John Eichenlaud, la inserción de un puñado en la entrepierna, en el momento del orgasmo, intensifica inmensamente la experiencia) y así sucesivamente. Hacia el fin de esa década el tono de la prosa empleada en tales libros difería radicalmente del de Van de Velde, según lo testimonian estas palabras sobre el ‘69’ en el más vendido de todos ellos, *Everything You Always Wanted to Know About Sex (Todo lo que usted siempre quiso saber sobre el sexo)*, del Dr. David Reuben”.

Para que los secretos que escondían los pacientes fueran revelados era necesaria la intervención de psiquiatras y psicoanalistas porque muchas de esas experiencias se guardaban en lo más recóndito de la psiquis. Es así como muchos sexólogos comenzaron en esa especialidad, tal el caso de Juan Carlos Kusnetsoff cuyos primeros libros publicados fueron de la especialidad en Psiquiatría de la que había recibido su título el 7 de marzo de 1966. En efecto, a fines de la década del 70 residió en Río de Janeiro y en 1980, 1982 y 1983 publicó sendos libros que fueron

también traducidos al portugués sobre psicoanálisis y psicoterapia. Todos fueron varias veces reeditados pero uno de ellos, con su título en portugués *Introdução a Psicopatologia Psicoanalítica*, alcanzó 10 ediciones. El último de esa serie, también editado en Porto Alegre, Brasil, titulado *Adolescência e Saúde Mental* se agotó rápidamente.

Luego llegó una larga serie de libros de sexología que se inician con *El hombre sexualmente feliz. Del mito a la verdad científica* (1987) que logró tres ediciones, mientras que la versión portuguesa de 1988 tuvo cuatro. Fue reeditada en 2003.

Otras obras de Kusnetzoff fueron:

- *La mujer sexualmente feliz. Del mito a la verdad científica* (1988) (tres ediciones). Su versión en portugués fue reeditada tres veces y lo fue nuevamente en español en 2003.
- *Estrés y sexualidad* (1990).
- *Sexuario de preguntas y respuestas* (1993), Río de Janeiro.
- *Psicoterapia Breve na Adolescência* (1993), Porto Alegre.
- *Andropausia* (1996), Sao Paulo, Brasil.
- *El gran dilema del sexo* (2002).
- *Andropausia. Renacer a los 50* (2001).
- *Toco y me voy. Cuando la velocidad no es una ventaja. Eyaculación precoz* (2004).
- *El Dr. K responde. Lo que los chicos quieren y deben saber sobre sexo. Guía para padres y docentes* (2006).
- *Diez cuentos eróticos y una patriada* (2007).
- *Estrés y sexualidad —relájate y goza* (2008).

Además del gran número de títulos sexológicos, Kusnetzoff es un médico práctico que con sus conocimientos del tema como de su primitiva especialidad psiquiátrica se dedica activamente a la atención de enfermos con problemas sexuales.

En un trabajo en colaboración con León Báez Romano sobre “Las parejas no consumadas”³ describen tres tipos de mujeres, según Friedman, pero ellos agregan una cuarta, según sospechamos,

que consideramos interesante repetir por la patología diferente que representan para su negativa para el coito:

- <La bella durmiente del bosque>: mujer infantil que sigue viviendo con su marido una relación fraterna. Son parejas dependientes de los padres y, a menudo, eternos estudiantes. Estos son los más frecuentes.
- <Brunilda>: la relación sexual se vive como una batalla entre sexos, con la angustia de que la feminidad sea un índice de debilidad y de paz.
- <La abeja reina>: estas mujeres quieren que el hombre les dé un hijo, pero rechazan la sexualidad. El acto sexual es sucio, humillante, no es más que una penosa necesidad para quedar embarazada.
- Nadine Grafeille, describe las personalidades de los maridos de las mujeres con vaginismo como sexualmente inhibidos (impotentes o eyaculadores precoces), con intenso horror a la castración, homosexualidad latente, y una moral de tipo masoquista como consecuencia de una crianza represiva y de rasgos de carácter de tipo obsesivo. Otros los describen como monogámicos, fieles y protectores, que representarían el rol de madre frente a sus esposas”.

Lógicamente, este último caso no es de la autoría o de los autores mencionados pero completa perfectamente el cuadro.

Indudable resulta suponer que la dupla psiquiatra/sexólogo es la que mejor se acomoda en estos casos para analizar los problemas sexuales de ambos sexos, tal como en el caso de las mujeres que ponen trabas tanto para la relación íntima como para la persistencia de la felicidad de la pareja.

Juan Carlos Kusnetzoff nació en Buenos Aires, más exactamente en el barrio de Almagro, el 16 de enero de 1937. Egresó con su título de médico en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires en diciembre de 1960 y, en 1967, se le otorgó el Diploma de Honor por sus altas calificaciones durante su carrera.

Como ya hemos dicho en 1966 recibió su título de especialista en Psiquiatría, mientras que la Federación Latinoamericana de Sociedades de Sexología y Educación Sexual le otorgó el de Sexólogo Especialista.

Médico de planta Honorario del Hospital de Clínicas “José de San Martín”, en 2004 se aprobó su propuesta del Curso de Postgrado titulado “Sexología clínica”.

Dirige y ha dirigido cursos libres, virtuales y para profesionales en la Facultad de Medicina (UBA) e incluso de postgrado en la Fundación Dr. René Favaloro.

Bibliografía

1. Pérgola F y Pérgola L, *Historia de la medicina del siglo XX, el del asombro*, Buenos Aires, Eudeba, 2016.
2. Hunt M, *Conducta sexual en la década del 70*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974.
3. Gindin LR, Kusnetzoff JC y Báez Romano, “Las parejas no consumadas”, en *Medicina sexual humana*, Buenos Aires, Dunken, 2015.

CAPÍTULO XXIV

Oswaldo Néstor Mazza

A través de la historia, tal como la del hombre mismo, la sexualidad pasó por circunstancias que motivaron cambios, algunos transitorios y otros que llegaron para quedarse. Tal vez uno de los primeros haya sido el condón, a los que seguirán el pesario, el DIU, la sífilis y la penicilina, la gonorrea y los antibióticos, el sida y los antirretrovirales, el cambio de sexo por medio de la cirugía, el sildenafil, en fin, sin nombrarlos a todos. Pero antes de este último, en el tratamiento de la impotencia en el hombre surgieron una serie de sustancias que se inyectaron en los cuerpos cavernosos del pene.

En 1997, Mazza y Zeller publican *Tratamiento farmacológico de la disfunción eréctil*¹ que, si bien no fue un hallazgo argentino, nos está dando la pauta del trabajo de uno de ellos, el urólogo Oswaldo Néstor Mazza. Los enormes cambios que experimentó la medicina influyeron para que también incidiera en algunos aspectos de la sexualidad humana que estaba empleando en casos desafortunados la ayuda de médicos especialistas.

El prólogo esta obra estuvo a cargo del médico uroandrólogo M. Rosselló Barbará, de Palma de Mallorca, Baleares, quien así dijo: “A lo largo de 17 capítulos, el libro recorre los mecanismos neurofisiológicos que regulan la erección y las más modernas técnicas de diagnóstico para que nos ayuden en nuestra práctica diaria, estudia y compara las diferentes drogas que se han venido utilizando y que se utilizan en la actualidad, solas o combinadas, tanto para el diagnóstico de la disfunción eréctil como para los tratamientos a seguir con dichas drogas después de un correcto

diagnóstico. Nos da a conocer la biología celular del músculo liso cavernoso y su respuesta a las drogas vasoactivas y en los capítulos 13 y 14 expone los tratamientos más actuales, con las diferentes sustancias vasoactivas, de las disfunciones eréctiles psicógenas y orgánicas principalmente, haciendo hincapié, en el capítulo 16, en la patología que presentan los pacientes con enfermedades tan frecuentes y actuales como la diabetes, las enfermedades vasculares, el tabaquismo y otras.

Son de resaltar el capítulo 15 dedicado a las complicaciones de la inyección intravenosa y también el 17, referido al tratamiento de la eyaculación precoz”.

Federico L. Zeller se ocupó de la anatomía funcional del pene, del tratamiento hormonal y de la eyaculación precoz; tres fueron conjuntos y uno de Mazza con Jorge E. Tobeli y los 12 restantes del mismo Mazza.

El cambio que sufrió la medicina se puede notar también en las apreciaciones de los médicos sexólogos, como vemos en el capítulo 3, sobre la etiología de la disfunción eréctil donde Mazza expresa: “La impotencia sexual se ajusta perfectamente dentro de los alcances de la definición universalmente aceptada, como la *difficultad para lograr o mantener una erección adecuada que permita una penetración satisfactoria para ambos miembros de la pareja*. Esta definición marca algunos puntos cruciales en el interrogatorio sexológico del paciente que consulta por una presunta impotencia. El primer aspecto para evaluar es si la queja corresponde a una verdadera disfunción erectiva, o es una sub-valoración de la performance sexual del varón o una inadecuación con su pareja.

La realización de un episodio coital, con una penetración adecuada a los parámetros que hemos definido, indica normalidad, mientras que la repetición posterior de este acto hace a la performance de cada individuo. Luego de la eyaculación sobreviene la detumescencia del pene y con ella la necesidad de un período de reposo psicofísico, placentero y necesario en el varón, llamado

período refractario en el cual no es posible alcanzar una nueva erección (menos aún si el hombre es sobreestimulado por una pareja sexual que continúa en período de meseta excitatoria irresuelta, por no haber logrado oportunamente su orgasmo). Este *período refractario* varía en cada hombre, dependiendo de la edad, de su estado de relajación y de la intensidad del estímulo sexual que despierta en él su pareja. De esta forma, en los gerontes un período refractario aun mayor de 24 horas puede ser normal; otro tanto puede suceder en las parejas donde la rutina y la habitualidad hacen menguar el estímulo sexual. Esta restricción puede ser considerada por el paciente como una verdadera DSE, por falta de educación sexual o por tomar como pautas de normalidad desempeños sexuales reales o ficticios de terceros.

En ocasiones, una mujer frígida o anorgásmica puede desacreditar la erección lograda por su compañero, responsabilizándolo de su incapacidad de gozar. Esto se ve agravado en los jóvenes que se inician sexualmente con mujeres experimentadas o con prostitutas y reciben algún comentario, a veces, no exento de sarcasmo o malicia, con respecto a su desempeño o a las características de sus genitales. Este desafortunado hecho puede ser chocante para la autoestima y desencadenar una verdadera impotencia eréctil de causa psicógena”.

Esta breve transcripción avala la diferencia, la nueva diferencia, de los estudios de la sexualidad humana a inicios del siglo XX, en su mayor parte investigada por los psiquiatras y este caso prácticamente en el siglo XXI.

Otra contundente comparación se encuentra a cargo del mismo Mazza quien nos facilitó su escrito de quien fuera colaborador en el curso de sexología durante los últimos quince años de su actividad hasta su fallecimiento: el sexólogo Dr. Héctor Segú. Otro hecho curioso fue que lo hizo desde un punto de vista religioso, tan criticado por muchos de los sexólogos que mencionamos en este trabajo.

Mazza nos ofrece estas palabras sobre su personalidad: “El profesor Héctor Segú fue un estudioso de la sexología desde un enfoque ortodoxo y cristiano. A diferencia de sus colegas siempre evitó la publicidad fácil y la divulgación desenfadada que siempre hace atractiva la comunicación sexológica. Fue un sexólogo con rigor y con escuela por sobre todo maestro dirigiendo su actividad docente en dos sentidos: primero la educación sexual desarrollando decenas de cursos tanto en la ciudad de Buenos Aires (dictado en el aula del Hospital de Clínicas) como en la provincia de Buenos Aires. Estos cursos de educación sexual estaban dirigidos fundamentalmente a maestros, educadores, psicólogos y médicos interesados en los principios de la sexología clínica. Una segunda línea de cursos eran los de formación de profesionales sexólogos en donde además de sólidos conceptos teóricos se impartían talleres y se empleaba cámara Gessel. El Dr. Segú inicialmente ginecólogo y luego psiquiatra y psicoanalista tenía dotes perceptivos particulares y una exquisita habilidad para la hipnosis, herramienta terapéutica que empleaba con mucho éxito. Al enterarse que padecía de una enfermedad neoplásica incurable decidió su muerte y naturalmente así fue.

El fallecimiento del doctor Héctor F. Segú, acaecido en esta ciudad, causó gran pesar, no solo por la dedicación de gran parte de su vida a la investigación de la sexología y su entrega docente de generoso maestro, sino también por los dones de excelente ser humano que lo caracterizaban en todos los aspectos de su vida.

En 1968 ingresó en la vieja Sociedad de Sexología, encabezando el denominado Grupo del Alvear, juntos con otros médicos que aunaban su formación ginecológica en el Hospital T. de Alvear con las corrientes psicodinámicas de Enrique Pichón Rivière.

En 1970, siendo presidente de la Sociedad de Sexología, realizó el Primer Congreso Argentino de Sexología y fundó la escuela argentina de esa especialidad donde, desde entonces, formó a un sinnúmero de educadores y terapeutas sexuales.

Fue sobre todo un humanista en la concepción más amplia y más encantadora. En todas sus reflexiones rescató la palabra ‘amor’ y fue profético al integrar, desde un principio, el amor con el placer, uniendo simbólicamente a Sigmund Freud con Viktor Frankl, el inspirador de la logoterapia, la escuela centrada en la búsqueda de sentido.

Era Doctor en Medicina, ginecólogo y psicoanalista, y como todo hombre comprometido con la rigurosidad científica tardó muchos años en plasmar en libros la madura reflexión que sintetizó su experiencia e investigación.

En un lenguaje claro y sencillo publicó *Educación sexual en la familia y en la escuela* (Planeta), *Hacia una sexología humanizada* (Sites/Lumen) y *Conductas sexuales inadecuadas*.

Fue miembro de múltiples asociaciones médicas del país y del extranjero, y era considerado una de las máximas autoridades del continente en su especialidad”.

En 2015, la Sociedad Argentina de Urología publica la 2da. edición del libro *Medicina sexual humana. Un enfoque integrador*², donde colaboran urólogos y sexólogos de todo el país (la mayor parte de la ciudad de Buenos Aires y algunos del exterior). Mazza escribe el prólogo donde reafirma los conceptos iniciales referidos al cambio del saber sexológico y dice: “El estudio de la sexualidad humana puede ser abordado desde múltiples facetas: la psiquiatría y la psicología jugaron un papel destacado desde los primeros años del siglo XX. Primero Sigmund Freud con la escuela psicoanalítica, y luego con las corrientes sexológicas desde el informe de Alfred C Kinsey, las experiencias del ginecólogo William Masters y la sexóloga Virginia Johnson en sus estudios sobre la conducta sexual humana para finalizar con la psicóloga vienesa Helen Singer Kaplan con la *Nueva Terapia Sexual* y ya en los 80, una nueva conceptualización de la circularidad de la respuesta sexual femenina desarrollada por la Dra. Rosemary Basson. Al finalizar el siglo, el aporte de las ciencias básicas fue revolucionario en lo

que respecta a descubrimientos sobre fisiología, biología molecular y farmacología, los que dieron un impulso transformador a la sexualidad del siglo XXI.

La propuesta de este nuevo libro no solo pretende una visión sobre los aspectos formales de la Medicina Sexual, sino explorar las facetas menos tradicionales como las antropológicas, sociales y culturales; realizando una mirada que contemple desde las raíces de la humanidad, la solución de sus aptitudes sexuales, su variabilidad, su problemática y su patología en un contexto histórico y cultural”.

En la obra, Mazza escribe “La evolución sexual de la especie humana”, donde hace un relato desde nuestros ancestros primates con las posiciones de la cópula y de la ovulación y su cambio a través del tiempo.

Luego coordina el título “Feromonas y conducta sexual humana”, donde también escriben Gustavo Rodríguez Baigorri y Eduardo Gabriel Rege, donde describen el órgano vomeronasal y los informes experimentales (electrovomerografía) que sugieren la importancia —en el acercamiento sexual del macho y la hembra— a través de las feromonas humanas.

“Los recién nacidos también rigen sus conductas para la lactancia, por estímulos feromónicos”, que son específicos para su madre. El capítulo finaliza con la siguiente oración remarcada en negrita: “Una madre preocupada por el aspecto poco agraciado de la pareja de su hijo le comenta a una amiga: —¿Qué le vio mi hijo a esa mujer? A lo que la amiga, de profesión bióloga, le responde: ¿Verle?; ¡Nada!... La olió”.

Insistimos que el cambio en el sentido de la sexualidad humana llegó, si bien tuvo un bache sostenido en el tiempo que transcurrió la Edad Media, en la actualidad —en el siglo XXI— vemos que hasta las feromonas que acercan a los machos con las hembras son motivo de estudio. Esperemos que no afecten el afecto, el amor, de las parejas.

Oswaldo Néstor Mazza, hijo de Jenaro Mazza y Hortensia D. Socio, una pareja argentina, nació el 6 de octubre de 1948 en Buenos Aires. En 1965 ingresó en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires, de donde egresó —con su diploma de médico— en diciembre de 1971. Completó su residencia médica en urología e inició su Carrera Docente en 1977. En 1994, fue designado por concurso de oposición profesor Regular Adjunto de Urología y, en abril de 1999 se lo nombró Titular de la misma materia.

En la actualidad Mazza es consejero por el claustro de Profesores de su facultad.

Bibliografía

1. Mazza-Zeller, *Tratamiento farmacológico de la disfunción eréctil*, Buenos Aires, Panamericana, 1997.
2. *Medicina sexual humana* (2da. edición) (varios autores), Sociedad Argentina de Urología, Buenos Aires, Dunken, 2015.

CAPÍTULO XXV

Estela V. Welldon

Con un título provocador, que suponemos que más de una mujer habría tenido reparos al solicitarlo en las librerías, Estela V. Welldon, una mendocina afincada en Londres, Gran Bretaña, distinguida médica psicoanalista, estudia las perversiones femeninas como reza el subtítulo de su libro *Madre, virgen, puta*¹. Mientras que la tapa de la obra se lee *Edición definitiva*, porque en realidad es mucho lo que ha investigado y trabajado la autora y lo justifica ampliamente el retiro de contratapa, donde todavía se dice más, que viene a dar pábulo hasta donde llega el minucioso estudio de la autora. Expresa así: “Al mismo tiempo que sacude la teoría psicoanalítica clásica en torno a la conceptualización de la perversión, *Madre, virgen, puta* demuele el idealizado mito de que la maternidad es ‘sagrada’. Contraria a las perspectivas teóricas que solo victimizan a las mujeres, Welldon demuestra que el haber sido objeto de abuso cuando niñas permite posteriormente reproducir dichas acciones, convirtiéndose así en madres perversas”. La hipótesis está formulada, el libro la deberá demostrar.

La obra, con un prólogo de R. Horacio Etchegoyen, consta de 10 capítulos y un epílogo.

Los capítulos son los siguientes: 1) “La perversión sexual femenina”; 2) “La sexualidad y el cuerpo femenino”; 3) “El poder del útero”; 4) “La maternidad como perversión”; 5) “Las madres que cometen incesto. La situación del hijo”; 6) “La madre simbólica en el papel de puta. ¿Quién tiene el control?” 7) “La maternidad sustitutiva; La puta como sobreviviendo al incesto: ¿Quién es responsable?”; 8) “Riesgos que se corren al evaluar las capacidades maternales”; 9) “El extraordinario caso de la señora H” y 10) “Bailar con la muerte”.

Todos los capítulos están justificados en sus aseveraciones sobre las perversiones sexuales femeninas por historias clínicas —no olvidemos que Welldon es médica psicoanalista— de las protagonistas de esos hechos.

En el capítulo cuarto, la autora, brevemente, nos da los motivos de su hipótesis, desde ya con punto de vista psicoanalista y así nos dice: “Mi hipótesis es que la perversión de la maternidad se da como ruptura de las estructuras mentales internas, por lo que la madre no solo se siente paralizada emocionalmente a la hora de tratar enormes demandas psicológicas y físicas del bebé, sino que además se siente impotente e incapaz de obtener satisfacción de otras fuentes. Ella siente al mundo que la rodea como inexistente y que ninguna ayuda vendrá de él. Es en ese momento cuando recae en un comportamiento inapropiado y perverso; ello, a su vez, hace que se sienta impotente. Simultánea y paradójicamente experimenta su comportamiento perverso como el único poder a su alcance, expresado en su exclusiva autoridad emocional y física sobre el bebé. Así, la maternidad perversa debe entenderse como producto de una inestabilidad emocional y una individuación inadecuada, provocada por un proceso que abarca por lo menos tres generaciones. No obstante, parte del problema proviene de la sociedad.

Toda nuestra cultura respalda la idea de que las madres tienen un completo dominio sobre sus bebés; de esta manera fomentamos las mismas ideas que, a su vez, explota la madre perversa. Al alabar tan ciegamente la maternidad, el hecho de que algunas madres puedan actuar de forma perversa queda excluido, y así no ayudamos ni a la madre, ni a los hijos, ni a la sociedad en general”.

El incesto materno, tanto con hijos varones o hijas mujeres (lógicamente mayor en el primero de los casos), otro tema que Welldon esquematiza con sus casos clínicos y relaciona con el poder del hombre que, sostiene, domina a su pareja. Así expresa: “Considero que muchas teorías del desarrollo sexual femenino están erróneamente fundadas, en parte por estar basadas en la existencia nece-

saría de una siempre presente ‘madre-tierra’, una mujer tan idealizada, o incluso idolatrada hasta tal punto, que sus errores pasan por alto. Se la retrata como carente de poder ante el dilema de la envidia del pene o, según las nuevas feministas, la víctima de las actitudes sociales, quizá incluso como alguien despreciable si aparenta ser menos importante que el hombre”.

Algunas confesiones de madres incestuosas provocaron inquietud en Welldon. En uno de ellas, de una prolongada relación incestuosa de madre e hijo, le hizo pensar a Welldon: “Me costó un buen rato recobrar una situación mental, tal era la mezcla de sentimientos fuertes y confusos que me había provocado el relato de esta mujer”. Es indudable que la autoría destapa crudamente una instancia que se considera imposible pero que si se indaga en el tiempo ha sido frecuente.

Se sostiene que una de las causas de la aparición de las grandes religiones fue el de la necesidad de luchar contra el incesto. Hoy, en el siglo XXI, revelaciones de este tipo, como se leen en *Madre, virgen, puta* hacen sospechar que esa aseveración es real.

En otros de los capítulos, ya referido al incesto paterno con la hija, la autora expresa: “Los sobrevivientes del incesto, de cualquiera de los dos sexos, tropiezan con enormes dificultades a la hora de establecer relaciones. Ello es coherente con el estado de confusión producido por las experiencias tempranas, traumáticas, marcadas por el abuso. Por otra parte, se sienten explotados, denigrados, tratados como objetos-parte, sexualizados por completo; por otro lado se sienten superiores, omnipotentes, precoces y preciosos”.

El libro de esta argentina distante de su país, es realmente único en su crudeza sexológica al resaltar aspectos que pocos de los que se ocuparon del tema abordaron. Es comprensible que, al analizarlo desde el punto de vista de la psiquiatría, elude conceptos tan remanidos como son el orgasmo o la masturbación, por poner un ejemplo, y se canaliza más por la senda de los sentimientos.

Las apreciaciones y las ideas de esta afamada psicoanalista forense, en especial referidas a la relación madre e hijo, son innovadoras y, por otras consideraciones más extremas, provocativas. Pero el éxito que acompañó a sus investigaciones psicoanalíticas está demostrado por una circunstancia precisa: su obra *Madre, virgen, puta*, además de haber aparecido en inglés y en castellano —ambas lenguas de la autora— fue traducida al italiano, el alemán, el griego y al turco, ignorando si en la actualidad puede haber ocurrido con otro idioma.

Un ejemplo de esa posición tan particular de esta médica argentina lo dan dos escuetas respuestas de una entrevista mucho más extensa que le realizó el 26 de junio de 2010, Gianmarco Farfán Cardán en Lima, Perú (la nota dice que fue publicada en la revista digital *Sociedad Latina* en octubre de 2008).

Ante sendas preguntas del citado periodista, respondió: 1. “El grueso de las mujeres está todavía en el poder doméstico y en la responsabilidad de criar hijos, especialmente a las hijas. Hay más alarma, mucha más indignación y sorpresa cuando las niñas en su rebelión usan también la cosa sexual, la promiscuidad, para alarmar a sus padres. Esa es una medida que toman porque saben que siempre va a tener resultados positivos, en el sentido de que los padres se van a enojar”.

Sobre este primer comentario no nos quedan dudas que un antropólogo sostendrá que esa misma actitud se puede tomar por el despertar del instinto sexual.

2. “Las madres casi exhiben a sus hijas como trofeos... Otro problema que está apareciendo también: que las mujeres ahora sienten casi el deber de tener hijos para cumplir con todo lo que se espera de ellas, y que van a tener hijos que sean inteligentes, lindos. Entonces, se ve la anorexia en niñas muy jóvenes, muy chicas —siete u ocho años—, y las madres que ya están comenzando a procesar cómo ellas se representan en el cuerpo de sus hijas”.

Como ya hemos dicho, Estela V. Welldon nació en Mendoza,

en 1939, estudió medicina en la Universidad Nacional de Cuyo y luego —como tantos otros argentinos— emigró y se instaló en Londres, especializándose en psicoterapia forense. Desde 1997 fue la editora principal de *A Practical Guide to Forensic Psychotherapy* (*Guía práctica para la psicoterapia forense*).

En 1991 fue una de las fundadoras de la Asociación Internacional de Psicoterapia Forense, siendo en la actualidad presidenta honoraria vitalicia. Además es consultora Honoraria en psiquiatría y psicoterapia forense en la Travistock & Portman NHS Trust de Londres.

En 1997, se le otorgó el Doctorado Honorario en Ciencias por parte de la Oxford Brookes University.

Con respecto a su labor literaria debemos decir que, en las ediciones de *Madre, virgen, puta* de los años 1991 y 2001, se presentaba como: “La idealización y la denigración de la maternidad”.

En el orden sexológico en 2002 publicó en inglés la obra *Sadomasochism*.

El resto de sus libros están dirigidos a la vertiente del psicoanálisis forense o al psicoanálisis, tal como ocurrió con el que compartió en autoría con Horacio R. Etchegoyen titulado *Jugar con dinamita*, cuyo subtítulo dice “Una comprensión psicoanalítica de las perversiones, la violencia y la criminalidad”.

Welldon ha sido una médica argentina exitosa, recibida en una época en que las mujeres universitarias que estudiaban medicina eran, muchas veces, resistidas por sus propios compañeros².

Bibliografía

1. Welldon EV, *Madre, virgen, puta*, (1era. edición), Buenos Aires, Temas de hoy, 2008.
2. Sánchez NI, Provenzano S y Pégola F, *Las primeras mujeres de la medicina universitaria argentina*, Buenos Aires, EAB, 2015.

Comentario final

Acerca del libro *La jungla del sexo* de Vance Packard

Así como este libro comenzó con la sexualidad del hombre prehistórico, con gran cantidad de supuestos y de enigmas que probablemente hayan creado confusión al lector, finaliza no con un clásico epílogo sino con una breve referencia al libro de Vance Oakley Packard, más conocido sin su segundo nombre que, en 1968, publicó *La jungla del sexo*¹ (*The Sexual Wilderness*). Entonces, se hace necesaria una aclaración.

Hemos tomado referencias sexológicas de médicos y psicólogos, los primeros con experiencia en psiquiatría, psicoanálisis y urología. Veamos ahora la idea, o mejor dicho el comportamiento de esas ideas innovadoras, muchas de ellas, en el hombre común, aunque no se trate Vance Packard de un hombre tan común porque se lo describió como economista, observador de los problemas del sexo y escritor. Sus ideas conmovieron y aún lo siguen haciendo a la sociedad de consumo y a las autoridades encargadas de controlar nuestras vidas.

Muchos fueron los libros con que este autor sacudió a la sociedad y pocos eran los que lo hacían en esa época. Además del mencionado, en 1957 lo hizo con *Las formas ocultas de la propaganda* (*The Hidden Persuaders*), texto donde destaca minuciosamente las formas subliminales y otras no tanto que emplean para disuadir —especialmente al comprador— sobre tal o cual artículo que debe adquirir. Aún hoy persisten las críticas a quien se atrevió a desnudar tal escándalo.

En 1964, lo hizo con *The Naked Society*, una crítica a la intromisión de los servicios de investigación y la policía a la vida privada de

los ciudadanos. Una especie de Gran Hermano de George Orwel metido en nuestras entrañas. No olvidemos que Packard, que había nacido el 22 de mayo de 1914 en Granville Summit, Pensilvania, Estados Unidos, era ciudadano de este país, allí había estudiado y sus críticas periodísticas se dirigían a él.

En 1962, dos años antes de este último, apuntó sus cañones hacia *Los trepadores de la pirámide* (*The Pyramid Climbers*) cuyo título, como resulta obvio, también creó inquietud en ciertas clases sociales.

Volviendo a *La jungla del sexo*, Packard proyectó sus experiencias periodísticas, con una recolección de datos y estadísticas que confesó que duraron cuatro años (el libro tiene poco menos de 650 páginas), hacia mediados del siglo XX, es decir que se anticipó 40 años al actual. Siglo al que no vio porque murió el 12 de diciembre de 1996 en Martha's Vineyard, Massachusetts, Estados Unidos.

Ese relacionado capítulo 27, que denomina “Una ojeada al siglo XXI”, describe ocho tipos de matrimonio o “cuasi-matrimonio”, como dice, que nos limitaremos a mencionarlos porque su metodología la podría suponer el lector:

1. Apareamiento seriado.
2. La cohabitación informal
3. La poligamia mutua
4. Matrimonios premeditados de progenitor único
5. Especialistas en paternidad
6. Vida comunitaria
7. La poligamia legalizada para ciudadanos maduros
8. El funcionamiento simultáneo en la sociedad de varios sistemas de relación distintos.

Tal vez sea el N° 5, el que menos pueda comprender quien lea esta lista. Dice Packard al respecto: “La antropóloga Margaret Mead, sugiere que es posible que dentro de algunas décadas la necesidad de reducir la tasa de natalidad engendre un estilo social

‘en el cual la paternidad estaría circunscripta a un pequeño número de familias cuya principal función consistiría en criar niños; los restantes miembros de la población gozarían de libertad para funcionar, por primera vez en la historia, como individuos’.²

No obstante, para Packard no está todo perdido porque en el capítulo final expresa: “Es imposible evaluar plenamente unos pocos de estos siete factores hasta después que los cónyuges han tenido los pies durante algún tiempo en las brasas del matrimonio. Pero en la mayoría de los casos se trata de rasgos que cualquier chica o muchacho perspicaz puede medir, por lo menos aproximadamente, en su futuro consorte después de un noviazgo activo de varios meses; Helos aquí”:

1. “Una gran capacidad afectiva
2. La madurez emocional
3. La capacidad para comunicar eficaz y convincentemente los respectivos pensamientos y sentimientos
4. El entusiasmo por la vida
5. La capacidad de encarar las tensiones en forma constructiva
6. Un enfoque alegre del sexo
7. La capacidad de aceptar plenamente a la otra persona con un cabal conocimiento de sus defectos”.

Como buen periodista que era, Packard sistematiza sus conclusiones, hace una exhaustiva referencia a diversos autores, muchos de los cuales, mencionamos en esta obra, y hace una pequeña vista de lo que ocurre en países europeos. En otra parte del texto se ocupa también de la Unión Soviética y de lo *kibuts* israelíes.

Divide *La jungla del sexo* en dos partes principales (*cambios y nuevos problemas y evaluaciones y nuevas orientaciones*) que a su vez, representan sus 28 capítulos.

Atribuye los cambios de la sexualidad en el último tiempo a “seis fuerzas que operan en el trasfondo”:

1. “Los cambios producidos por las ciencias que modifican la vida.

2. Los cambios sociales producidos por las innovaciones técnicas.
3. Los cambios en la distribución generacional de la población.
4. Los cambios registrados en los ideales, las creencias y el espíritu nacional.
5. Los cambios que las guerras y tensiones internacionales han producido en la vida individual.
6. Los cambios creados por la expansión de la educación superior”.

Este último punto no tenía tal situación en la lista de Packard pero, observando las actitudes diferentes, sobre todo en la mujer, con respecto a la sexualidad cuando han llegado a nivel terciario de educación es probable que sea una de las causas mayores del cambio.

Vance Packard no era sexólogo pero creo que no nos hemos equivocado en la elección.

Bibliografía

1. Packard V, *La jungla del sexo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969.
2. Mead M, “The Life Cycle and Its Variantshe division of Roles”, *Daedalus*, verano de 1967.

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Introducción	9

PRIMERA PARTE

Los inicios

I. La prehistoria	17
-------------------	----

SEGUNDA PARTE

Unos antecedentes inevitables

II. Paolo Mantegazza	25
III. Samuel-Auguste André David Tissot	37

TERCERA PARTE

Los tres últimos siglos

IV. Richard Freiherr von Krafft-Ebing	45
V. Max Hühner	53
VI. Albert Eulenberg	57
VII. Sigmund Freud	59
VIII. Wilhelm Stekel	73
IX. Magnus Hirschfeld	83
X. Iwan Bloch	91
XI. Max Marcuse	95
XII. Wilhelm Reich	99
XIII. Otto Weininger	109
XIV. Havelock Ellis	123
XV. Gregorio Marañón	141

XVI. Alfred Charles Kinsey	155
XVII. Masters y Johnson	169
XVIII. Helen Singer Kaplan	189
XIX. Shere Hite	195
XX. Regina Navarro Lins	203

CUARTA PARTE

Sexólogos argentinos

XXI. Jorge Alberto Franco	211
XXII. León Gindin	219
XXIII. Juan Carlos Kusnetzoff	225
XXIV. Osvaldo Mazza	231
XXV. Estela Welldon	239

Comentario final

Sobre el libro <i>La jungla del sexo</i> de Vance Packard	245
---	-----

Se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 2016
en los talleres de Bibliografika
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Argentina.



Federico Pégola

La modelo

Profesor Consulto Adjunto de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Miembro de Número de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires.

Publicó más de 70 libros de medicina, historia de la medicina y antropología médica y más de 700 trabajos en revistas especializadas. Entre otros premios recibió los siguientes: Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores ENSAYO 1986 por el libro *Brujos y cuasi médicos en los inicios argentinos*. Premio Hipócrates de la Academia Nacional de Medicina (2003). Maestro de la Medicina de la Academia Nacional de Medicina (2011). Reconocimiento a la trayectoria de la Universidad de Buenos Aires en su 90° Aniversario (2011).

